

BOOKISS



Laque
al *Lord*

Carol S. Brown

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, ----- 2019

© 2019 ----

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

A Lena, que no dejó que me marchitara.

A Desi, que tiene grabada esta historia en la piel.

Y a Lara, que quiere a mis personajes incluso más que yo.

La joven se echó a reír, pero acercó el ajedrez y empezó el juego. Y Scharkán, cada vez que le tocaba jugar, en vez de atender al juego miraba a la joven y jugaba de cualquier modo, poniendo el caballo en lugar del elefante y el elefante en lugar del caballo.

Y ella, riendo, le dijo:

—¡Por el Mesías! ¡Cuán profundo es tu juego!

Pero él contestó:

—¡Esta es la primera partida! Ya sabes que no representa nada.

Las mil y una noches

Capítulo 1

No sé ustedes, pero yo estoy convencida de que el inicio de una nueva temporada no es un hecho tan malo para los hombres como para las damas. Así pues, ha sido un placer confeccionar este listado de lords que nos alegra que sigan solteros, porque es justo que ellos también pasen apuros.

Para empezar, no podía faltar aquí uno de los marqueses de moda: lord Satherton. Desde el momento en el que el antiguo Gabriel Daventry ascendió como cabeza de familia, se convirtió en uno de los blancos predilectos de todas las madres con hijas casaderas. He podido observar todos los desmayos que causan a su paso esos grandes ojos grises. Sí, señoras. ¡Se puede decir que el marqués es un partidazo!

No olvidemos al resto de la familia D. Aunque no es el heredero, Michael Daventry también suscita mucha popularidad entre las damas. Y como soy tan observadora, estoy segura de que Simon, ahora que ha vuelto, provocará más de un suspiro entre la población femenina. Lástima que no podamos decir lo mismo de la mayor de las hermanas, Sophie, que ya va por su tercera temporada sin ninguna proposición a la vista. ¿Será que el éxito de los Daventry se reserva solo para la línea masculina? Tendremos que esperar al debut de la joven Gwendolyn para descubrirlo.

**De la columna «The Golden Swan».
12 de abril de 1854**

White's hervía de actividad a aquellas horas de la tarde, lleno de bullicio y humo de tabaco. Los hombres descansaban en su refugio masculino antes de ir a prepararse para los compromisos de la noche, que siempre solían ser muy numerosos, sobre todo ahora que empezaba la temporada. Michael y Simon Daventry se encontraban en un rincón de la sala principal del club de caballeros, esperando a su hermano mayor, que, estaban seguros, acabaría pasándose por allí. Por suerte, en aquel lugar los cotilleos no afectaban tanto como en la calle o en los salones de fiestas, pero, aun así, los hermanos notaban de vez en cuando alguna curiosa mirada dirigida a ellos.

—Ahí viene Gabriel, trata de no reírte mucho —le dijo Michael a su hermano pequeño, mirándolo de forma amenazadora.

—Me pides demasiado, hermano —respondió Simon con una sonrisita, dándole una vuelta a su copa de brandi y observando cómo el líquido golpeaba contra el combado cristal.

Michael suspiró frustrado en el momento en el que Gabriel se dejaba caer, con expresión derrotada, en una de las sillas. Parecía realmente agobiado, algo totalmente comprensible. Cuando *The Golden Swan* tenía a alguien en el punto de mira, esa persona acababa siendo la comidilla de la aristocracia. Aquella semana les había tocado a los hermanos Daventry y Gabriel era uno de los mayores afectados por la pluma de aquella mujer anónima, la más leída de Londres.

Toda la sociedad, ávida de los últimos cotilleos, esperaba con ansia el siguiente número de la revista *Pennie's*, que albergaba aquella columna de la discordia. Aunque por lo general en esa clase de publicaciones solo nombraban a la gente por las iniciales, en «*The Golden Swan*» daban nombres y apellidos completos, haciendo que todo fuera mucho más difícil de ignorar.

Pero ni la mejor columna de cotilleos era rival frente a los hermanos pequeños.

—¿Qué tal señor Partidazo? —La burla de Simon no se había hecho esperar. Había tardado menos aún de lo que Michael había pensado.

La mirada que le lanzó Gabriel podría haber convocado un rayo que habría partido la mesa de madera de un golpe. A los Daventry no les importaban los cotilleos en demasía, pero para Gabriel, el sexto marqués de Satherton, era una forma de aumentar la presión que lo asolaba, porque acababan de marcarlo como si fuese una res por la que pujar en una subasta. Aunque, en opinión de sus hermanos, *The Golden Swan* se quedaba en un segundo plano al lado de su madre, la marquesa.

—Púdrete —le espetó Gabriel, provocando que este ensanchara su sonrisita burlona.

Michael puso los ojos en blanco al ver que se acercaba un nuevo asalto.

—Qué irascible estás, Gabriel —respondió el pequeño de los tres hermanos repantigándose en la silla; sus ojos, azul grisáceo, reflejaban

diversión—. Como seas así también en las reuniones sociales, no podrás desmayar a nadie con tus grandes ojos grises.

En ese momento, Michael tuvo que sujetar a Gabriel para que no se abalanzara sobre Simon. Al final, iban a echarlos del local a patadas. Por fortuna, Gabriel se detuvo y se contentó con gruñirle mientras se pedía una copa también para él.

—Cálmate —le dijo Michael, antes de dirigirse a Simon—. Y tú, cállate de una maldita vez. Acabas de llegar y ya tengo ganas de que vuelvas a irte.

El aludido sonrió como si le hubiesen lanzado un cumplido, orgulloso de sí mismo. Simon había regresado tres semanas atrás de un viaje por Europa, justo a tiempo para el comienzo de la temporada londinense, y planeaba quedarse permanentemente en Londres. Al menos, de momento. Nada más volver, los Daventry se dieron cuenta de que seguía siendo el muchacho extravertido y alocado que se marchó, como corresponde a un joven que acababa de cumplir veintitrés. Todos ellos adoraban a Simon, pero usaba la ironía con demasiada maestría y era difícil que a veces no sacase de quicio al más pintado. Tenían la esperanza de que el viaje lo hubiese calmado un poco, pero de ilusiones también se vive.

—Tú siempre tan adorable, Mike —respondió sin inmutarse lo más mínimo—. Solo quería tomarle el pelo a nuestro hermano mayor.

—Tu hermano mayor va a usar tu camisa para fregar el suelo —le respondió Gabriel tras tomar un trago de *whiskey*—. Contigo dentro.

Hubo un momento de tensión en el que el silencio se hizo dueño de la situación, hasta que los tres estallaron en carcajadas al mismo tiempo. Así eran las cosas entre ellos. Podían pelear hasta llegar a las manos y un segundo después estar riendo juntos, como si no hubiese pasado nada.

—¿Te han perseguido hasta aquí? —le preguntó Michael al marqués.

—Por suerte, no —respondió Gabriel, algo más animado. Allí, en el club de caballeros, con sus hermanos, se sentía mucho mejor—. Pero esas mujeres son incansables.

Los otros dos se estremecieron ante las palabras de su hermano y le dieron la razón. Era bien sabido que uno de los mayores peligros de las temporadas londinenses eran las madres con hijas solteras; eran como monstruos devoradores de hombres. Y cuando esas madres leían la columna

de cotilleos más famosa de todo Londres y la tomaban como una oración inequívoca e irrefutable, aquello acababa convirtiéndose en una verdadera batalla campal. Los hombres solteros como ellos acababan teniendo que soportar a un montón de mujeres que trataban de casar a sus hijas con alguno de ellos. Algunas eran realmente perseverantes... como lo era su propia madre.

—Como si no tuviésemos ya suficiente con mamá —intervino Simon con una mueca de horror, haciéndose eco de los pensamientos de sus hermanos—. Yo me escapo porque acabo de llegar y está demasiado ocupada contigo y con Sophie, pero estoy seguro de que pronto caeré en sus redes.

Gabriel y Michael asintieron, expresando su conformidad. *Lady Olivia Satherton*, la actual marquesa, era una mujer muy tenaz y una madre maravillosa. Había criado a sus cinco hijos sola desde la muerte de su marido y había hecho un gran trabajo con todos. Pero también quería verlos pasar por la vicaría lo antes posible. Gwen, a sus diecisiete años, aún no tenía que sufrir aquello, pero todos los demás ya sabían de qué pie cojeaba su madre, que no perdía oportunidad para hablarles de alguna joven dama que le parecía adecuada para ellos. O de algún caballero, en el caso de Sophie. A ella y a Gabriel los llevaba particularmente de cabeza, porque ambos estaban en edad de casarse ya. Aunque *lady Olivia* siempre decía que no quería meterse en sus elecciones, no podía evitar darles más de un empujón.

—Mamá no parará hasta tenernos a todos casados, y lo sabéis —intervino Michael como si estuviese anunciando un asesinato, con la gravedad ensombreciendo sus rasgos—. Sophie lo tiene particularmente difícil.

Intercambiaron miradas de entendimiento y compasión por la joven. La mayor de las dos hijas Daventry iba por su tercera temporada y todavía no había recibido una proposición de matrimonio. Ellos sabían que quería casarse, pero no con cualquiera. Sus hermanos estaban de acuerdo con ella y, aunque sabían que cada vez era más difícil, tampoco querían ver a su hermana casada con un vividor de poca monta que solo la querría por su dote. Michael estaba seguro de que muchos de los solteros de Londres se lo pensaban mucho antes de cortejar a Sophie, porque ellos dos, ahora tres, eran como unos rabiosos y amenazadores perros guardianes. Tenían el acuerdo no

tácito de que, si cualquier hombre que se acercase a ella se amedrentaba al verlos, no merecía la mano de su hermana.

—Tampoco tiene que casarse con el primero que pase —la defendió Simon, enderezándose en su asiento—. Sophie tiene que elegir a alguien que al menos le guste.

—En eso estamos todos de acuerdo —intervino Michael dándole un trago a su bebida—. Incluso mamá lo ha dicho siempre. Pero por cosas como lo de The Golden Swan, se le reducen las opciones.

—¡Esa maldita mujer! —exclamó Gabriel con rabia, dando un puñetazo en la mesa que hizo que varios hombres se girasen sorprendidos en sus asientos—. Me gustaría saber quién es para decirle cuatro cosas.

—Seguro que el director de la revista lo sabe —sugirió Simon con una ceja arqueada—, pero no dirá nada. La mujer que se esconde tras el dorado pseudónimo le da muchos beneficios.

Era cierto. Desde que había aparecido en la última página de *Pennie's*, un año atrás, la columna había hecho aumentar las ventas considerablemente. Todo el mundo era consciente de que solo compraban la revista por aquella morbosa sección, pero les daba exactamente igual. The Golden Swan, Dios sabía cómo, se enteraba de todo lo que acontecía entre la aristocracia y aquello era un cebo demasiado jugoso como para ignorarlo. Jules Mathew, el creador y director de la revista, decía que ni siquiera él sabía quién se escondía tras el pseudónimo del cisne dorado; aunque, claro, tampoco lo diría si lo supiese.

—Sé de gente que lo ha intentado, pero no ha habido manera —intervino Mike con el ceño fruncido—. Ese hombre parece insobornable.

—De todas formas, eso no es lo importante —dijo Gabriel haciendo una mueca—. Se ha metido con los Daventry y tendrá consecuencias.

—Para nosotros, dirás.

Gabriel miró a sus hermanos pequeños con afecto. Los quería con locura, al igual que a sus hermanas. Cuando su padre falleció, tuvo que encargarse de ellos y gracias a Dios que contaba con la ayuda de su madre. Hubo momentos en los que se sentía sobrepasado por todas sus nuevas responsabilidades como marqués, además de ser el cabeza de familia. Pero jamás los cambiaría por nada; su familia era lo más sagrado que tenía y la

protegería de todo y todos.

Como *lord* Satherton, sabía que tarde o temprano tendría que casarse y concebir un heredero para perpetuar el título, pero siempre había pensado que aquello sería más tarde que pronto. Durante seis años, cada temporada había logrado esquivar a las damas casaderas con un éxito del que se sentía orgulloso, aunque ahora, con veintiocho años recién cumplidos, sabía que su matrimonio era algo inminente. Pero él no quería casarse con cualquiera.

Cuando se había crecido en una familia como la suya, donde los cinco hermanos eran fruto de un matrimonio por amor, resultaba complicado conformarse con una boda concertada, aunque no tenía más expectativa que esa. Enamorarse en aquella sociedad se convertía en una meta realmente difícil, pero esperaba al menos sentir afecto por su esposa. Quería una mujer con la que pudiese hablar sin tapujos, alguien que pudiese ser también compañera y amiga, con la que se entendiese bien en la cama; sin embargo, todavía no había conocido a ninguna dama que cumpliera aquellos requisitos. Tampoco estaba buscando con demasiado ahínco, a decir verdad. Desde que salió de Oxford, se había limitado a disfrutar de la vida, pero ahora, cerca de la treintena, quizá era el momento de cambiar de perspectiva.

Que *The Golden Swan* hubiese conseguido que las madres y sus hijas lo tuviesen en el punto de mira podría tener un lado bueno. Gabriel quería pensar que alguna de aquellas damitas era lo que estaba buscando. No sabía cuándo había decidido aquello, pero lo tenía claro.

Durante esa temporada encontraría una esposa.

—Para mí, de momento —respondió el marqués al final—. Mientras yo esté buscando esposa, la escritora cotilla y nuestra madre os dejarán en paz.

Michael y Simon lo miraron como si de repente le hubiesen crecido cuernos. Una vez superada la conmoción inicial, ambos hablaron a la vez.

—¿Buscando esposa?

—¿Qué has dicho?

Gabriel se habría reído si la decisión que acababa de tomar no lo aterrara tanto; al fin y al cabo, no todos los días decidía uno casarse en pocos meses. Aquello cambiaría por completo su vida y era algo complicado de asumir. ¿Y si elegía mal? *Lady Olivia* se quedó destrozada cuando su marido murió y solo Dios sabe cómo pudo salir adelante ella sola. Sin duda, era una mujer

fuerte y extraordinaria. El amor también conllevaba dolor, y era esa parte negativa lo que le provocaba ansiedad. Pero como era bastante improbable, por no decir imposible, que se enamorase como sus padres, procuró no pensar en ello.

—Así es —les aseguró al fin a sus hermanos, que esperaban respuesta como agua de mayo—. ¿Quién creéis que podrá ser la nueva marquesa de Satherton?



—¡Ay!

Isabelle Walls, hija mayor del vizconde de Clayton, levantó la vista del libro que estaba leyendo para observar cómo su hermana pequeña, Mary, se chupaba el dedo pulgar que se había pinchado con la aguja de bordar. A sus dieciséis años, Mary poseía una mente aguda y una falta de decoro que sacaban de quicio a su madre, la vizcondesa. No obstante, en lo que se refería a bordar, tarea más propia de señoritas a ojos de la sociedad, la joven no poseía ningún tipo de talento.

Aun así, Isabelle debía admitir que su tenacidad era admirable.

—¿Estás bien? —le preguntó con media sonrisa.

Mary la fulminó con la mirada antes de asentir.

—No es algo que no me haya pasado antes —respondió con estoicismo, como si estuviese superando una herida de bala con la única fuerza de su voluntad. Isabelle soltó una risita al ver su cómica expresión, y los ojos castaños de Mary, muy parecidos a los suyos, brillaron de diversión—. ¿Qué lees?

Todo el mundo en Clayton House sabía que si Isabelle no respondía a alguna llamada u olvidaba una cita era porque estaba leyendo, inmersa en alguna nueva lectura descubierta en la enorme biblioteca de la casa. Aquello no era un comportamiento que le hiciera ganar puntos frente a los caballeros que quisieran casarse con ella, pero no podía ni quería evitarlo. No conseguía imaginar vivir sin leer, era superior a sus fuerzas. Si el que fuese su futuro marido, si es que acababa habiendo alguno, no aceptaba eso, pues no se casaría. Prefería quedarse solterona a que le prohibiesen leer, aunque la joven

procuraba que su madre no se enterase de sus pensamientos o a la vizcondesa le daría un ataque.

Levantó la cubierta del libro para que Mary pudiese leerla.

—¿*Lord Byron*? —preguntó arrugando la nariz en un gracioso mohín—. Demasiado empalagoso.

Su hermana rio.

—No todo es leer «*The Golden Swan*» —replicó divertida.

Mary reprimió una sonrisa.

—Pues a mí me parece muy interesante —respondió alcanzando el ejemplar de *Pennie's* de aquella semana, recién adquirido por la mañana—. Esta semana ha hablado de los Daventry.

—Dios los asista —respondió Isabelle con una falsa mueca de horror que hizo que su hermana se carcajeara. Los Daventry eran una de las familias numerosas más conocidas de Londres, sobre todo porque los padres de los cinco hermanos habían sido protagonistas de un matrimonio por amor. Había conversado con *lady* Olivia Satherton en alguna ocasión y le parecía una dama encantadora y muy inteligente.

—No seas mala, Belle —la reprendió la pequeña de los Walls—. Tampoco es que se porte muy mal con ellos, al menos con los hombres, aunque a *lady* Sophie la ha tachado de casi solterona.

—¿De verdad? —preguntó Isabelle arrugando el ceño. Ella no era de las que esperaban aquella columna con ansia, pero admitía que la leía también, como todos. Sin embargo, no le daba el crédito que le otorgaban otros; al fin y al cabo, solo era una mera opinión que se escondía tras un nombre falso—. Entonces yo también lo soy.

Mary advirtió el tono irónico con el que su hermana habló y soltó una risita. Isabelle Walls y Sophie Daventry habían debutado juntas, por lo que ambas se conocían bastante bien y solían hablar amigablemente cada vez que se veían. De vez en cuando incluso se reunían para tomar el té, dar un paseo por Hyde Park o ir de compras. Sophie era una joven muy amable y simpática, con la que era fácil hablar, y una compañía inteligente, cosa difícil de encontrar entre las damas de la aristocracia, al menos en su opinión.

Belle le quitó la revista a su hermana y leyó la columna rápidamente, derrotada por la curiosidad. Dividida entre la incredulidad y la diversión, le

devolvió la publicación a Mary.

—¡Vaya con *lord* Satherton! —exclamó con ironía, incapaz de contenerse—. Esos ojos grises deben de ser toda un arma de guerra. Deberían llevarlo al frente en la próxima batalla; seguro que ganan en pocos minutos.

—Pobre hombre —respondió Mary con pena, como si hubiese encontrado a un conejo atrapado en un cepo de caza—. Ahora no lo dejarán en paz.

—Ya no lo dejaban en paz antes —replicó su hermana pasando una hoja del libro de Byron—. Sophie me ha dicho alguna vez que sus hermanos siempre están muy solicitados.

—¿Nunca los has visto?

Mary sentía mucha curiosidad por la sociedad londinense y siempre preguntaba sobre cada detalle que se le ocurriese; Belle era de la opinión de que se le pasaría el entusiasmo en cuanto debutase. Pasaba siempre.

—De lejos, pero no nos han presentado. —Cerrando el libro, miró a Mary simulando reflexionar profundamente—. Es extraño que mamá no haya intentado emparejarme con alguno de ellos.

—No lo digas muy alto —respondió la otra fingiendo horrorizarse. Ambas rieron.

—¿Qué no tienes que decir, Mary? —preguntó su madre, irrumpiendo en el salón con la elegancia que la caracterizaba. Belle, que había estado durante ese tiempo con las piernas por encima de un brazo del sillón, se enderezó con rapidez para sentarse como dictaban las reglas. Por desgracia, no fue lo suficientemente rauda—. Isabelle Walls, ¿cuántas veces te he dicho que no te sientes así?

—Unas ochocientas —intervino una más que dispuesta Mary.

—Lo siento, madre —se disculpó antes de fulminar a su hermana con la mirada.

Al menos su madre había olvidado su primera pregunta. Mejor no recordarle que su hija estaba fracasando socialmente o la presión a favor del matrimonio empeoraría para ella.

Cuando ambas hermanas se volvieron de nuevo hacia la vizcondesa, vieron que esta intentaba contener una sonrisa. En el fondo, su madre era menos estricta de lo que quería hacer ver; sin embargo, Belle también sabía

que aquello no la pararía para conseguirle un buen marido. Durante la primera temporada, la vizcondesa estaba convencida de que su hija mayor encontraría enseguida alguien con quién casarse, pero recibió solo dos propuestas y Belle convenció a su padre para que las rechazase, un hecho que la vizcondesa había observado con irritación, pero hasta *lady* Jane Clayton debía admitir que aquellos dos hombres no eran un buen partido.

—Venía a hablar con vosotras —anunció la vizcondesa arreglando distraídamente un rubio mechón del elaborado recogido de Isabelle—. Voy a dar un baile la semana que viene.

Belle contuvo un gemido. Estaba segura de que si echaba un vistazo a la lista de invitados, la mitad serían hombres solteros que pudiesen ser un buen esposo para ella. Aquel baile iba a ser una tortura ya que, si la temporada anterior no había encontrado a nadie que le interesara —y para quien ella también fuera de interés—, ¿por qué iba a ser diferente ahora? A aquellas alturas ya tenía a toda la sociedad más que vista. Bueno, no a toda, pero casi. No obstante, no quería disgustar a su madre, así que no dijo nada.

—¿Se me permitirá asistir? —preguntó Mary esperanzada.

Cuando su madre asintió, la joven se puso a dar saltitos nada propios de una dama. Isabelle no pudo evitar soltar una carcajada y hasta la vizcondesa sonrió. A Mary todavía le quedaban dos años para su presentación en sociedad, así que poder asistir a aquel baile era todo un acontecimiento.

—Pero no te separarás de mí —le dijo su madre cuando hubo dejado de saltar.

Tras jurar y perjurar que sería su sombra, Mary se dirigió a su hermana con la alegría pintada en el rostro. Parecía que acabasen de comunicarle que no tendría que bordar nunca más.

—¿Creéis que *The Golden Swan* dirá algo sobre el baile? —preguntó con aspecto de creer que aparecer en aquella columna era el culmen de la buena suerte y ellas las grandiosas afortunadas.

—Seguro, dado su interés en informar de todo y todos. —Fiel a la costumbre de la sociedad, la vizcondesa también leía la columna cada semana. En ese aspecto, todos eran como borregos.

—Oh, estoy deseando leerlo —intervino Belle con ironía, imaginando ya la columna de la semana siguiente—. Me pregunto cómo se entera de todo

tan rápido.

Aquella era una cuestión que rondaba la mente de todos los lectores de la columna. La cantidad de detalles que daba sobre ciertos bailes o reuniones solo podían sugerir una cosa.

—¡Es una aristócrata! —exclamó Mary, haciéndose eco de los pensamientos de su hermana—. ¿Cómo si no?

Las otras dos mujeres no replicaron, pues era la única explicación posible, y aquella certeza hacía todavía más interesante tratar de saber su verdadera identidad. Era el secreto mejor guardado de toda Inglaterra.

En ese momento, Mary soltó una exclamación ahogada que llamó la atención de su hermana y su madre, que la miraron intrigadas. Acercándose a Isabelle con rapidez, le cogió las manos y las sacudió con energía.

—¡Tenemos que comprar vestidos! —exclamó, sin duda dispuesta a marchar en aquel mismo momento hacia la tienda más cercana y saquearla sin piedad alguna. Parecía que había olvidado todo asunto referente a la columna de cotilleos en un abrir y cerrar de ojos.

Ante la cara de horror de Belle, la vizcondesa rio.

—Lo siento, cariño, pero deberás ir de compras —dijo su madre abrazándolas a las dos. La vizcondesa sabía lo poco que le gustaba a su hija ir a la modista, hecho que había heredado de ella—. Que tu hermana no haya sido presentada no significa que deba ir al baile mal vestida.

Mientras Mary la miraba con ojos suplicantes, Isabelle se separó de ellas unos pasos y las observó en silencio. Se puso una mano en el corazón y, con gran teatralidad, se dispuso a hablar como si de un juramento previo a la batalla se tratase.

—Está bien —anunció con voz potente y levantó el mentón con fingida dignidad—. Me sacrificaré por el bien común.

Las carcajadas de las tres mujeres llegaron hasta el vestíbulo de la casa.

Capítulo 2

Tras haber relatado los acontecimientos de la pasada semana —algo aburrida, en mi opinión—, las miras de la sociedad están puestas en el fabuloso baile que se organiza el próximo sábado en Clayton House. No dudo que la vizcondesa habrá invitado a buena parte de los hombres solteros de Londres, empeñada como está en casar a su hija mayor, Isabelle. ¿Debería unir fuerzas con la marquesa de Satherton? Serían todo un fenómeno de la naturaleza, estoy convencida.

Por cierto, ha llegado a mis oídos que los hijos Daventry están invitados, incluido el solicitado marqués, por supuesto. Como siempre, me enorgullezco de mi buena voluntad y aconsejo a los tres hermanos que busquen posibles escapatorias ante la avalancha de madres que querrán presentarles a sus hijas. Ya saben: hombre prevenido vale por dos.

**De la columna «The Golden Swan».
19 de abril de 1854**

Su madre había tirado la casa por la ventana. Las hermanas Walls estaban en lo alto de la escalinata que conectaba con el amplio salón de baile de Clayton House, mirando boquiabiertas hacia abajo. Desde su posición privilegiada, Isabelle y Mary podían observar sin ser vistas a los miembros de la sociedad londinense que se desplegaban a sus pies, con los vestidos de colores de las damas, a juego con las joyas, y los trajes oscuros de los caballeros. Belle observó a su madre, en la entrada, junto a su padre, ejerciendo de anfitriona con una amplia sonrisa en la cara. Aquella marea de invitados parecía no tener fin.

—¿Cuánta gente crees que hay? —le preguntó a Mary.

Su hermana fingió reflexionar.

—¿Dos millones? —respondió con una mueca horrorizada, y ambas rieron. Aunque se la veía algo nerviosa, Mary también estaba muy emocionada porque se le permitiera ir por fin a un baile formal, aunque fuera un rato—. Impone, ¿verdad?

No tenía idea de cuánto.

—No te preocupes —le susurró en cambio—. Estás guapísima.

No mentía. Mary llevaba un precioso vestido rosa pálido que le quedaba estupendamente. June, la doncella de ambas, le había peinado el largo pelo rubio, algo más oscuro que el de Belle, en un peinado sencillo pero elegante. Era la imagen perfecta de una jovencita a la que le quedaba poco para debutar.

Ella, por su parte, llevaba un vestido verde claro de escote cuadrado y un corte muy a la moda. June también le había recogido el cabello con gusto exquisito, enmarcándole el rostro con algunos mechones sueltos. La verdad era que estaba contenta con su aspecto aquella noche, aunque tampoco es que esperara impresionar a nadie. Si no lo había hecho ya, no iba a hacerlo en las próximas horas.

Cuando el último invitado hubo cruzado las puertas del salón, Isabelle supo que ya no podía retrasar más su entrada. Mary se había quedado a hacerle compañía, aunque se moría por explorar el salón desde cerca; sin embargo, tenía que mantener la promesa hecha a su madre y no separarse de ninguna de las dos.

Su madre, por cierto, las miraba con impaciencia desde el pie de la escalinata.

Respirando hondo, Isabelle se dispuso a bajar, seguida de Mary. Era consciente de las miradas que le lanzaba la gente, evaluando su aspecto y su postura. Se sentía como un mono de feria, pero mantuvo la vista fija en su madre hasta que llegó, por fin, a su lado. Debería estar más que acostumbrada a aquello, pero aún se ponía nerviosa al ser el centro de atención.

—¡Es todo tan bonito! —Mary casi botaba de felicidad a su lado y Belle tuvo que contener una risita, con la que se habría ganado una mirada de reproche de su madre—. ¿Podemos dar una vuelta, mamá?

La vizcondesa asintió y las tres se pusieron en marcha a paso tranquilo. De vez en cuando, su madre abordaba a algún hombre, soltero suponía Isabelle, para presentarla. Así pues, muchas veces los hombres intentaban huir y al final optaban por invitarla a bailar para acabar con el acecho de la vizcondesa. Belle no sabía si reír al verlos tan apurados o llorar por saber que la razón por la que la sacaban a bailar no era otra que la presión.

No es que fuese fea, aunque tampoco se la había nombrado nunca la

incomparable de la temporada, pero era algo alta más alta de lo que se consideraba correcto y estaba muy delgada, demasiado, por lo que no tenía mucho pecho y contaba con escasas curvas. Sin embargo, lo que creía que acababa con las motivaciones de los hombres era su conversación. A veces se le olvidaba que había cosas de las que una dama no hablaba en público y Belle acababa diciendo alguna cosa incorrecta, aunque a ella no se le pareciese. Era injusto no poder decir lo que pensaba en cada momento; odiaba tener que medir sus palabras a cada instante.

Tras despedirse con una reverencia del conde de Havers, que se marchó rápido en dirección contraria, Belle suspiró derrotada. Cansada de conversaciones insustanciales, decidió que necesitaba un descanso lejos del bullicio del baile. Así, explicándole a quien le preguntase que necesitaba ir al salón de las damas, salió de allí sin que su madre, entretenida con Mary y otras de las invitadas que pululaban por allí, se diese cuenta. Sin embargo, no se dirigió al salón de las damas, sino a su refugio particular: la biblioteca. Allí, entre libros, se sentía verdaderamente a gusto y estaba segura de que nadie inoportuno la encontraría en aquel lugar.

Recorrió la sala despacio, aspirando el calmante olor a papel que inundaba el espacio. Las estanterías estaban abarrotadas de volúmenes divididos por temas. Su padre adoraba el orden y no podía haber ningún libro fuera de su lugar, manía que ella había heredado y seguido a rajatabla. Se sentó en su sillón favorito y apoyó la cabeza, cerrando los cansados ojos. La noche anterior le había costado mucho conciliar el sueño y estaba agotada.

Reposaría unos minutos para recuperar fuerzas y luego volvería antes de que su madre se percatara de su ausencia.



Había pensado que sería fácil; al fin y al cabo, no podía ser tan complicado encontrar una esposa. Sin embargo, tras una hora en el baile de los Clayton conociendo damas y obligándose a sacarlas a bailar para averiguar si podía congeniar con ellas, estaba deseando huir de allí lo antes posible. La determinación que lo había inundado la semana pasada, cuando decidió que por fin se casaría, estaba evaporándose a marchas forzadas.

Aquel era el primer baile al que acudía desde su revelación y comenzaba a arrepentirse enormemente de haber ido.

Tras despedirse educadamente de la bella *lady* Eleanor Reeds, que por lo visto solo sabía hablar del tiempo que hacía en la ciudad, decidió que necesitaba dejar de bailar por un rato. Para siempre, quizá. Resuelto, se acercó a sus hermanos, que se encontraban en un rincón, sin duda tratando de pasar inadvertidos, una ardua tarea que requería la máxima concentración.

—Aquí está nuestro pobre hermano —anunció Simon nada más verlo, con cierto dramatismo en la voz, como si Gabriel hubiese escapado por los pelos de una muerte segura—. Ya creía que te habíamos perdido.

—Todavía sobrevivo —replicó él con media sonrisa—, aunque no sé por cuánto tiempo.

Los tres rieron, llamando la atención de la gente que estaba a su alrededor. Gabriel vio por encima del hombro de Michael que su madre estaba hablando animadamente con la marquesa de Blackmore, que conversaba colgada del brazo de su hija, *lady* Rosalie Ridgeway. Aquella pobre chica iba por su cuarta temporada sin pretendientes a la vista y él no entendía por qué. Parecía simpática y, aunque no había nada en ella que llamase la atención *a priori*, no entendía aquella falta de éxito. Quizá era demasiado tímida, pensó observando cómo la joven miraba al suelo, como si quisiera evaporarse en el aire, deseo que ambos compartían, sin duda.

—No mires fijamente a ninguna dama o mamá pensará que puede emparejarte con ella —susurró una voz femenina a su lado.

Al girarse, Gabriel vio a su hermana Sophie acercándose a ellos. Llevaba un vestido color marfil y el pelo castaño, que compartían todos los Daventry excepto Gwendolyn, recogido en un moño del que se soltaban algunos mechones. Además del pelo, los Daventry coincidían con el color de ojos. Unos más grises, como los de Gabriel, y otros más azules, como los de Michael.

—¡Soph! ¿Qué haces por aquí? —la saludó Simon con su habitual entusiasmo.

Ella miró hacia la derecha para localizar a su madre, que seguía entretenida, y se relajó un poco al ver que había dejado de vigilarla durante un rato. Gabriel sintió pena por Sophie. Su hermana, sin duda, tenía una

situación mucho peor que la suya. A él nadie más lo presionaba para casarse lo antes posible, pero Sophie también sentía la presión de la sociedad, aunque no dijese nada a la cara.

—Huir, por supuesto —respondió Sophie poniendo los ojos en blanco—. Como vosotros.

Sus hermanos asintieron a la vez. Todavía había damas que los miraban de reojo esperando la oportunidad para abordarlos, pero ellos procuraban hacer como que no se daban cuenta.

—Somos una pandilla de cobardes —intervino Michael con una sonrisa irónica, pero sin ninguna intención de cambiar la situación.

—Yo diría más bien que apreciamos nuestra vida. Se llama sentido de la supervivencia —intervino Simon con pragmatismo. Miró a Gabriel con regocijo y este se encogió inconscientemente, aguardando—. ¿A quién decías que miraba nuestro hermano, Soph?

La joven lo miró divertida y Gabriel maldijo para sus adentros. Su hermano pequeño se daba cuenta de todo.

—A Rosalie Ridgeway.

—Solo me preguntaba por qué seguía soltera —se defendió el marqués antes de que sus hermanos sacasen conclusiones erróneas—. Parece buena chica.

—Lo es —intervino Simon con el ceño ligeramente fruncido. Había perdido su jovialidad de un plumazo—. Recuerda que la conozco desde que éramos niños.

Era cierto. Ambos eran amigos desde pequeños, ya que las casas de ambas familias estaban ubicadas una al lado de la otra. Gabriel guardó silencio y decidió no hacerle ver a su hermano que estaba observando a *lady* Rosalie con mucha intensidad; ya se daría cuenta él solo. Si se lo comentaba, quizá acabaría recibiendo un puñetazo y no le apetecía salir de allí con un ojo morado.

—¡Aquí estáis todos! —exclamó una voz conocida que los sobresaltó. Podían huir, pero no esconderse.

Lady Olivia Satherton se acercó a ellos a paso vivo, seguida de la marquesa de Blackmore y la mentada Rosalie. Olivia parecía muy resuelta mientras avanzaba a la cabeza de la comitiva, mientras los cuatro hermanos

Daventry la miraban con ojos de súplica. Cuando se lo proponía, aquella mujer era todo un terremoto. Al llegar a su altura, los atravesó a todos con sus ojos azules. Era pelirroja, como Gwen. Todos los demás habían sacado el color de cabello del antiguo marqués. Cuando nació la última Daventry, su madre dijo en tono de broma que ya era hora de que alguien se pareciese a ella también, ya que era la que pasaba los dolores del parto.

Deseando escapar de aquel escrutinio, supuso Gabriel, Simon se acercó rápidamente a Rosalie y le pidió con una sonrisa que bailara con él. Ella aceptó de inmediato y ambos se marcharon bajo la satisfecha mirada de su madre. Si no la conociese, Gabriel supondría que había planeado aquello desde el principio.

Claro que lo había planeado.

—Michael...

—Yo ya me iba, madre —se apresuró a decir el hermano mediano—. Tengo que hablar de unos asuntos urgentes con... Havers.

Antes de que nadie pudiese mover un dedo, Mike ya había desaparecido entre la multitud como todo un maestro del escapismo, buscando supuestamente al conde de Havers. *Lady* Satherton, dividida entre la diversión y la exasperación, se quedó mirando la espalda de su segundo hijo. Murmuró para sí algo parecido a «mis hijos se creen que soy tonta», o eso le pareció a Gabriel.

—Vamos, Sophie —le dijo a su hija cogiéndola del brazo—. Quiero presentarte a algunas personas.

Su hija gimió, pues sabía que *algunas personas* significaba en realidad *caballeros solteros*. Sin embargo, también sabía que era inútil discutir con su madre y ambas se encaminaron hacia el otro rincón del salón, dejando a Gabriel solo con la marquesa de Blackmore, que se fue a vigilar a su hija desde el borde de la pista de baile, como un halcón al acecho.

Cuando ya pensaba que se libraba de la vigilancia de su madre, esta se giró para mirarlo.

—Gabriel, no te quedes ahí como una estatua y saca a bailar a alguna joven dama.

Dios santo, era incansable.

Decidido a no dejar que Michael fuese el único que huyese como un

cobarde, se encaminó en dirección contraria a la de su madre, tratando de poner la mayor distancia posible. Sin darse cuenta, llegó a una de las salidas laterales del salón, que daba al interior de Clayton House. Dudó unos segundos, pero, al girarse, vio que su madre estaba buscando algo insistentemente y decidió salir de su campo visual lo más rápido que pudo. Solo descansaría un momento y después volvería para afrontar el resto de la velada; ojalá no fuera demasiado pronto para irse sin herir el decoro. Gabriel caminó por el pasillo apenas iluminado, sabiendo que aquello no era del todo correcto. Pero qué más daba, estaba cansado. Había una puerta entreabierta por la que salía algo de luz. Cuando la abrió un poco más, resultó ser la biblioteca, un buen sitio como cualquier otro para esconderse. Al fin y al cabo, ¿quién iba a encontrarlo allí?

Admiró la gran colección de libros del vizconde, observó con interés las estanterías repletas de gruesos tomos. A Gabriel le gustaba leer, pero no podía hacerlo a menudo a causa de sus responsabilidades como marqués; no obstante, tenía que admitir que su biblioteca no era tan bella como esa. Sin duda, era digna de todo un amante de los libros y Clayton tenía fama de serlo.

Cuando llegó al centro de la sala, se fijó en que uno de los sillones estaba ocupado. Una joven rubia dormía profundamente recostada en el asiento. Llevaba un vestido verde claro que se desplegaba a su alrededor, dando la impresión de que estaba rodeada por hojas, como un capullo de flor todavía cerrado. Al verla dormir tan plácidamente, ajena a su presencia, algo se sacudió en su pecho; no supo decir qué, pero fue intenso.

Contra su buen juicio, comenzó a preguntarse quién sería aquella bella durmiente. No le sonaba su cara, pero debía de haberla conocido en algún momento. Su madre se encargaba de que conociese a todo el mundo.

Se sentó en el sillón que estaba colocado frente a ella, con la cabeza entre las manos, mirando al suelo, totalmente exhausto. Estaba seguro de que sería fácil, de que podría seguirle el ritmo a su madre, afrontar sus responsabilidades como marqués y empezar sus acciones para perpetuar el título, pero cambiar de un día para otro era más difícil de lo que parecía en un principio, por no decir imposible.

Él no había pedido ser el marqués, no había pedido heredar todo aquello, pero era el mayor y no tenía elección. Su padre había muerto siete años atrás

y todavía no podía creerlo del todo. Sin embargo, aquella era la realidad. Joseph Satherton no volvería y Gabriel era el marqués, con todo lo que ello conllevaba. Cargarse a la espalda la pesada carga de cuatro hermanos no era algo sencillo de asumir, gracias a Dios que tenía a su madre para ayudarlo. Y no es que los considerase un lastre, pues adoraba a sus hermanos con locura y no los cambiaría por nada del mundo, pero su vida se transformó en el momento en el que se convirtió en el cabeza de familia. Debía cuidar de ellos y era su responsabilidad procurar que fuesen felices. A veces pensaba que no hacía suficiente para lograrlo.

Encima tenía que asumir su otra responsabilidad, esa que tan magistralmente había eludido durante todos esos años: encontrar esposa.

Cerró los ojos. Estaba dejándose llevar por sus sombríos pensamientos de nuevo. En la sala solo se oía la respiración de la muchacha y se concentró en ella, acompasando la suya hasta que fueron a la par. Inspira, espira... Milagrosamente, lo ayudó a serenarse. Aquella joven consiguió calmar sus nervios, le transmitió paz.

Levantó la cabeza y la observó con detenimiento. Tenía el ceño algo fruncido, pero seguía profundamente dormida. Las espesas pestañas creaban leves sombras en sus sonrosadas mejillas. Fijó la vista en sus labios y sacudió la cabeza.

Debería marcharse, pensó. Debería salir en silencio y dejarla en paz. Pero no podía moverse, estaba clavado en el asiento. Por alguna razón que no supo explicarse, quería quedarse allí y verla dormir.

Como un maldito acosador.

Reprendiéndose mentalmente por su estupidez, decidió irse de inmediato. Sin embargo, cuando ya se había levantado y se encaminaba hacia la salida, ella se movió en el asiento lentamente y abrió los ojos. Primero, despacio; después, de golpe.

Y gritó.

No fue un chillido fuerte, más bien ahogado. Como si hubiese querido gritar, pero se hubiese contenido en el último momento. La joven tenía una extraña expresión en el rostro, entre asustada y sorprendida, pero eso cambió rápidamente y la irritación sustituyó al asombro.

—¿Quién es usted?

Intentó sonar hostil, pero la voz le salía pastosa por el sueño. Tenía unos increíbles ojos castaños, que ahora reflejaban enfado y, creyó ver Gabriel, algo de vergüenza por la situación. Algunos mechones rubios se le habían soltado del recogido pegándosele a la cara. Ella se los apartó con impaciencia y Gabriel trató de reprimir una sonrisa, porque aquella lucha contra su cabello le daba un aspecto muy cómico.

Adorable.

Sin saber de dónde demonios había salido esa palabra, el marqués supo que era momento de intervenir y explicarse; no quería que la joven pensara que estaba espiándola o algo parecido.

Ah, pero ¿no era eso lo que hacía?

Maldita conciencia.

—Le ruego que me disculpe, señorita —comenzó haciéndole una reverencia cortés—. Dormía tan plácidamente que no he querido molestarla.

—¿Y eso le da derecho a espiarme? —preguntó ella levantándose del diván y cruzándose de brazos. Parecía más enfadada que antes.

Bien jugado, Satherton; así lo has arreglado.

—Perdóneme. —Gabriel volvió a disculparse—. Debo admitir que estaba huyendo del baile y esta ha sido la primera sala que he encontrado abierta. Si hubiera sabido que usted estaba aquí, no habría entrado.

Aquello pareció suavizar la mirada de la joven, que arqueó levemente la ceja derecha, un gesto que a él le pareció cautivador.

—¿Y por qué no se marchó de inmediato al verme?

Maldición. Barajó sus opciones. ¿Decir la verdad? Ni siquiera él sabía sus razones. Decidió omitir ciertos detalles o ella pensaría que estaba loco. Con que lo pensase él ya era suficiente.

—Ya me iba cuando usted se ha despertado.

Bueno, técnicamente era verdad.

Se miraron a los ojos unos instantes, hasta que ella bajó la vista para arreglarse los pliegues del vestido. Cuando levantó la cabeza de nuevo, parecía más serena. Sus ojos ya no lanzaban chispas. No supo si alegrarse o decepcionarse, lo cual era una soberana tontería.

—Le creo —aseguró al fin. Gabriel trató de no parecer demasiado aliviado, mientras ella lo atravesaba con la mirada—. Pero no coja por

costumbre entrar en habitaciones ajenas, señor...

—Cierto, no me he presentado —intervino él volviendo a inclinarse—. Gabriel Satherton.

La joven lo miró con cierta sorpresa y él se preguntó por qué.

—El marqués de la familia Daventry —pareció arrepentirse nada más decirlo, como si ella no debiera saber esa información.

—El mismo —respondió con una sonrisa—. Veo que ha oído hablar de mí.

¿Fueron imaginaciones suyas o ella acababa de ruborizarse?

—Más bien, he *leído* hablar de usted.

Gabriel frunció el ceño, desconcertado. La mirada compungida que le lanzó la joven, como si se disculpase por algo, lo ayudó a caer en la cuenta de a qué se refería. Cerró los ojos y contuvo una maldición.

—La columna de cotilleos —espetó, como si fuese una abominación.

Ella asintió y él pensó que quería esconderse en una cueva y desaparecer. Aquella condenada mujer había conseguido que todo Londres lo conociese por «el marqués de los ojos grises provoca-desmayos». Desde que había salido aquella publicación sobre sus hermanos y él, las mujeres lo miraban diferente, como si de un momento a otro fuese a utilizar el inexistente poder de su mirada. Los hombres se burlaban de ello con ganas cada vez que lo veían. The Golden Swan lo había convertido en un chiste.

Y ahora la joven que tenía delante también se lo recordaba. Por alguna razón, le pareció mil veces peor viniendo de ella.

—Tampoco es para tanto. —Ella estaba hablando de nuevo. Cuando él levantó la vista, vio a la muchacha encogerse de hombros. Parecía que estaba tratando de consolarlo—. Solo es la opinión de una persona cuyo nombre real ni siquiera conocemos. ¿Qué crédito puede tener?

Gabriel reflexionó sobre sus palabras y concluyó que ella tenía razón; sin embargo, no era tan sencillo.

—El que le da la gente que la lee —respondió él—. Que es mucho.

La joven entrecerró los ojos.

—Yo no soy la gente —replicó molesta—. Y le aseguro que me da lo mismo si sus ojos provocan desmayos. Como si quiere ser tuerto.

Se miraron unos instantes en silencio hasta que, a su pesar, el marqués

soltó una carcajada. Ella curvó levemente la comisura de los labios, ya pasado su enfado. Le gustaba aquella joven. Era directa y sincera en sus declaraciones y demostraba gran inteligencia. Parecía alguien con la que podía llevarse bien.

—Todavía no me ha dicho su nombre —insistió.

—Señorita Isabelle Walls.

—La hija de Clayton —musitó él, reconociéndola por fin. Eso explicaba que estuviese durmiendo en la biblioteca.

Tenía que admitir que jamás la había mirado dos veces seguidas y no porque no fuese bella, que lo era. Observándola con atención, se fijó en que tenía el cabello rubio brillante y los ojos muy grandes y expresivos. También debía aceptar que había notado lo bien que le sentaba aquel vestido. Solo conocía a su padre, el vizconde, de vista y estuvo seguro de que nunca había hablado con la señorita Walls hasta aquel momento. Aquello lo alegró. En los últimos meses no había conocido a una dama sin que su madre interviniese.

Le agradaba el cambio más de lo que hubiese pensado.

—Sí, y mi madre va a matarme como no vuelva al baile —le explicó ella, acercándose a un espejo de pared y arreglándose el recogido sorprendentemente rápido—. Ya debe de haber notado mi ausencia.

Parecía tan compungida que la curiosidad se impuso.

—¿Usted también huía del baile?

Isabelle se giró, completamente compuesta y arreglada. Parecía que nunca se hubiese quedado dormida en el diván. Sonrió débilmente.

—Podría decirse que sí.

En sus ojos vio lo mismo que lo asolaba a él: presión por el matrimonio. Su madre quizá era de las que estaban dispuestas a vender su alma por ver casados a sus hijos. No era algo poco común entre la aristocracia. Se fijó en que ella también lo observaba como si supiese exactamente lo que estaba pensando. Sintió una nueva conexión con Isabelle Walls: comprensión mutua.

Aquello lo dejó paralizado.

—Debería volver. —La joven rompió el silencio.

Tras una breve vacilación, Gabriel asintió. Sabía que era peligroso estar a solas con ella. Si alguien los encontraba, la reputación de la señorita Walls

se vería comprometida, pero no pudo evitar el deseo de retenerla con él. Le gustaba su compañía.

Ahogó esos pensamientos y fue a abrirle la puerta.

—Yo iré unos minutos después —le dijo Gabriel—. Es mejor que nadie nos vea salir juntos.

Isabelle asintió, dándole la razón. Salió al pasillo en medio de un frufrú de faldas. Cuando pasó por su lado, Gabriel percibió su olor: a sándalo y jabón. Algo se sacudió de nuevo en su pecho y esta vez también en sus pantalones.

Mientras él intentaba no perder la compostura, la señorita Walls se giró para encararlo.

—Ha sido un placer conocerlo, *lord* Satherton. —Antes de que él pudiera responder algo parecido, sonrió con picardía—. Y que sepa que sus ojos no son para tanto.

Dicho esto, se marchó con la barbilla en alto, dejando a Gabriel sonriendo a su espalda.

Capítulo 3

El baile de los Clayton fue todo un éxito. Se vio a *lady* Rosalie Ridgeway bailando muy animada con Simon Daventry, lo cual no es nada extraño. Todo el mundo sabe que son amigos de la infancia. Por otro lado, *lady* Eleanor Reeds también estuvo muy contenta conversando con el conde de Havers, que parecía realmente entusiasmado con su compañía. ¿Tendremos boda a la vista? Si es así, espero que el vestido de novia sea más bonito que el que llevaba *lady* Eleanor en el baile. Siento decir que el naranja no es su color.

También se vio a *lady* Sophie Daventry huyendo de su madre con muy poca maestría, en mi opinión, aunque Dios sabe que ni Scotland Yard podría esquivarla. Y hablando de los Daventry, se rumorea que el marqués de Satherton estaba inusualmente contento durante el baile. ¿Habrás conocido a alguna dama especial? Por desgracia, no puedo confirmarles esta hipótesis. Todavía.

Por supuesto, conmigo siempre es cuestión de tiempo.

**De la columna «The Golden Swan».
26 de abril de 1854**

Belle cogió de la estantería un pesado volumen sobre mitología griega y se dispuso a hojearlo para ver si le interesaba adquirirlo. Su hermana estaba a su espalda, mirando los libros disponibles del otro rincón. De todas las tiendas que solía visitar, aquella librería era, sin duda, su favorita, y, cada vez que pasaba por allí, no podía resistir el impulso de entrar y añadir un nuevo ejemplar a la biblioteca de Clayton House. Si algún día se casaba, no sabía qué iba a hacer sin su preciado refugio.

Aunque quizá nunca se vería en esa tesitura.

Unos brillantes ojos grises acudieron a su mente y sacudió la cabeza, irritada consigo misma.

—Creo que voy a llevarme este —afirmó Mary, enseñándole el libro que había elegido. La portaba rezaba «*Jane Eyre: una autobiografía*, por Curren Bell».

—Es una primera edición, está firmado con el pseudónimo —dijo Belle,

mirando el libro con curiosidad. Aunque Mary no leía tanto como ella, sí disfrutaba mucho de la lectura. Era normal, porque el vizconde se había encargado de inculcarles sus aficiones—. En realidad es de Charlotte Brontë, ¿recuerdas el escándalo? Cuando lo termines, me lo prestas.

Aquella escritora había decidido sacar a la luz su verdadero nombre tan solo un año después de haber publicado su libro bajo pseudónimo. Sacó una segunda edición con su nombre real y revolucionó a todo el país. Sin embargo, Belle consideraba que era una valiente por dar la cara de aquella forma.

—¿Tú qué vas a llevarte? —le preguntó Mary.

Iba a responder cuando una voz las interrumpió.

—¡Belle!

Ambas hermanas se giraron y vieron a *lady* Sophie Daventry, que las miraba con alegría desde la puerta de la librería. Iba acompañada de una joven pelirroja, su hermana Gwendolyn. Isabelle recordó que tenía la edad de Mary, aunque las jóvenes nunca habían sido presentadas. Las hermanas Walls se acercaron a las recién llegadas.

Tras los saludos corteses, Mary y Gwendolyn se pusieron a charlar como si se conociesen de toda la vida. Isabelle pensó que podía ser bueno que su hermana tuviese una compañera debutante y no se le ocurría nadie mejor que ella.

—No te encontré durante el baile en Clayton House —le dijo Sophie atravesándola con su mirada azul claro, casi gris. Le reprochaba que no estuviese disponible en un baile organizado en su propia casa, algo totalmente razonable—. Tenía la esperanza de verte.

—Me sentí mal y tuve que retirarme antes —se excusó la joven como pudo.

La verdad era que, después de su encuentro en la biblioteca con Satheron, no había vuelto al baile, sino que había alegado sentirse enferma y se había retirado a su habitación. Su madre estaba enfadada por la huida que había protagonizado en su propia casa y, sin duda, no se creyó una sola palabra de su supuesto malestar. No obstante, Isabelle prefería que pensase que solo quería librarse del baile y no que había estado a solas con un hombre soltero y atractivo en la biblioteca. Aquello habría sido el colmo y su

reputación habría acabado por el fango, por supuesto.

Frunció el ceño. ¿Atractivo? Sí, el marqués era un hombre bien parecido, pero no creía que aquella descripción fuera correcta. Ni siquiera en su fuero interno. Ella no era su esposa ni iba a serlo nunca. Al principio se había sentido violenta al verlo frente a ella al despertar. ¿Quién sabía cuánto tiempo había pasado allí? Él le había dicho que acababa de llegar, pero no estaba segura de creerlo. Sin embargo, una vez pasada la vergüenza inicial, Belle se encontró pensando que se había sentido extrañamente complacida de que él hubiese estado nervioso ante su enfado. Se sentía culpable por haberla molestado, pero también percibió algo más en aquella mirada gris: interés. Jamás la habían mirado de ese modo, como si quisieran desentrañar un acertijo muy complicado, y se sorprendió al comprobar que le gustaba la sensación.

Y en aquel momento, dos días después de aquel encuentro, todavía no sabía qué se había apoderado de ella para decirle que no le impresionaban tanto sus ojos. Quizá quería demostrarle que no era como las demás que leían la columna de cotilleos, que no tenía que darle ninguna importancia a aquella mujer. Lo había visto tan agobiado por aquello, además de presionado por tener que casarse, que había querido ayudarlo de alguna forma. No había podido evitar sentirse comprendida por él. Aunque los hombres no sufrían la misma presión social que las mujeres por contraer matrimonio, él tenía que hacerlo sí o sí para concebir un heredero.

No era lo mismo, sin duda, pero en aquella biblioteca se sintió conectada a aquel hombre que acababa de conocer.

Y era lo más extraño del mundo.

Ella nunca había mostrado interés en el matrimonio, porque en su interior sabía que nunca tendría una boda por amor. Sus padres no la tuvieron y, aunque se apreciaban, su matrimonio había sido de conveniencia, como la mayoría de las uniones aristocráticas. Había muy pocas excepciones, como los Daventry. ¿Qué posibilidades tenía de que aquello le pasase también a ella? Casi inexistentes. Acabaría casada con un hombre con el que apenas habría hablado hasta la fecha y tendría que pasar toda su vida con él. Sin duda, era un futuro poco atractivo.

Antes de debutar, tuvo la pequeña esperanza de encontrar a alguien que

podiera ser una buena compañía durante el resto de su vida. No obstante, aquella esperanza se evaporó tras la temporada anterior, cuando vio que nadie conseguía llamar su atención ni lo más mínimo. A partir de ese momento, se dio cuenta de que, si era totalmente sincera consigo misma, prefería quedarse para vestir santos que casarse por conveniencia, algo que no podía decir en voz alta o su madre se moriría del disgusto.

Y ahora pasaba el tiempo pensando en un hombre de ojos grises al que había conocido durante apenas diez minutos. Pero, por una vez, la miraban con interés, el mismo que ella sentía por el marqués.

Sin embargo, ¿por qué iba a fijarse Gabriel Satherton en ella? Sin duda tendría un millón de opciones mejores. Era joven, guapo, rico y tenía un título. Todas las jóvenes irían tras él como abejas a la miel.

Aquel pensamiento la deprimió.

—He invitado a Mary a tomar el té en Satherton House esta tarde. — Gwen Daventry la sacó de un plumazo de sus sombríos pensamientos. Volvió a la realidad para darse cuenta de que su hermana y la pequeña Daventry habían hecho buenas migas—. ¿Por qué no viene usted también, señorita Walls?

Sophie le lanzó una mirada alentadora y supo que no podía negarse a aquella invitación. Además, le apetecía pasar una tarde hablando con amigas. Una parte de su mente le recordó que Gabriel Satherton era el dueño de aquella casa, pero rechazó de inmediato aquella idea. No iba a encontrarse con él. Los hombres no solían pasar mucho tiempo en casa.

No sabría decir si se sintió aliviada o decepcionada.



—El baile del sábado fue precioso, señorita Walls —*lady* Olivia Satherton la miró por encima de su taza de té—. ¿Se lo diré a su madre de mi parte?

Isabelle sonrió.

—Por supuesto, *lady* Satherton. Eso la hará muy feliz —le respondió—. Y, por favor, llámeme Belle.

Estaban en la salita de la primera planta de Satherton House. Que

estuvieran allí y no en la de abajo, más formal, daba a entender que las Daventry consideraban a sus invitadas amigas cercanas. Aquello la alegró mucho y se sintió mucho más cómoda.

Se encontraban allí las tres Daventry, las dos Walls y Rosalie Ridgeway, que también era buena amiga de la familia y, sobre todo, de Sophie y Simon. Tras superar su timidez inicial, la joven resultó una compañía excelente y una gran conversadora. A Isabelle le había caído bien en el acto. Las seis damas estaban pasando una bonita tarde, hablando y tomando té con pastas.

Al principio, nada más llegar, la joven había estado en tensión, a la espera de que el marqués apareciese en cualquier momento. Les había oído comentar a sus hermanas que él tenía una casa de soltero y que no dormía en Satherton House, pero eso no significaba que no pasase algún tiempo en la casa familiar. Eso cambiaría cuando se casase, claro, y se mudase allí. Sin embargo, pasado un rato, Gabriel no había dado señales de vida e Isabelle se había relajado, convencida de que no lo vería aquel día.

No sabía por qué, pero le resultaba extraña la idea de verlo de nuevo, sobre todo, porque se suponía que no debía haberlo visto.

—Pronto haremos un baile aquí, en Satherton House —dijo la marquesa cogiendo otra pastita— y me encargaré de que vuestros hermanos acudan, aunque tenga que atarlos a una mesa y dejarlos allí el resto de la noche.

Isabelle se imaginó a tres hombres atados al suelo y sacudió la cabeza levemente ante la extraña imagen.

—Gabriel tiene que acudir sí o sí —intervino Sophie sirviéndose otra taza de té—. Es el marqués.

—Seguro que The Golden Swan está deseando hablar de tu baile, madre —agregó Gwendolyn con un ademán de la mano—. Creo que los Daventry somos de sus temas favoritos.

En aquella casa también eran fieles lectoras de la cronista, como pudo comprobar la joven de inmediato. Por lo que sabía, *lady* Satherton no estaba nada contenta con la escritora anónima, ya que había tachado a su hija mayor de ser casi una solterona. Sin embargo, Belle tenía la sensación de que Sophie no estaba ni mínimamente preocupada por ello.

—Quizá sea vecina vuestra —intervino Mary con aire misterioso—. Os observa desde detrás del seto de su jardín.

Todas rieron ante su ocurrencia.

—Sin duda, tiene que acudir con regularidad a las reuniones sociales o no sabría todo lo que sabe —argumentó Rosalie, recolocándose un mechón de cabello cobrizo tras la oreja—. Estuvo en el baile de Clayton House porque sabía lo de mi baile con Simon, lo de *lady* Eleanor y todo lo demás.

Hubo un breve silencio.

—¿Habría alguna posibilidad de revisar la lista de invitados? —les preguntó Gwen a las hermanas Walls, mostrando sumo interés.

—¡Gwendolyn! —exclamó *lady* Olivia ante la falta de educación de su hija.

Hija que la ignoró olímpicamente.

—Había más de quinientas personas en ese baile —respondió Belle riendo—. Buena suerte.

—Podríamos hacer una criba —intervino Mary, que parecía tan entusiasmada como su nueva amiga.

—Scotland Yard ganaría mucho si os tuviera en sus filas —rio Sophie.

De inmediato, las dos muchachas se pusieron a debatir cómo podrían averiguar la identidad de *The Golden Swan* y dejaron de participar en la conversación de las demás, que las miraban con resignada paciencia.

Cinco minutos después, la puerta de la salita se abrió, interrumpiendo las tertulias, y dejó pasar a Simon Daventry, que se quedó parado al ver que su madre y hermanas tenían visitantes. Con rapidez, compuso una atractiva sonrisa y se inclinó cortésmente.

—Saludos, encantadoras damas —lo dijo de tal forma que Isabelle tuvo que luchar por contener la risa. Por la manera en la que lo miraban sus hermanas, con resignada diversión, Simon debía de comportarse así de continuo—. Venía huyendo de una deshonrosa derrota ante mi hermano mayor y me he encontrado con ustedes.

Tras las presentaciones, en las que las hermanas Walls conocieron formalmente al tercer hermano Daventry, la conversación volvió a la aparente falta de habilidad de Simon para alcanzar la victoria.

—Deberías dejar de intentarlo. —Gwen lo miró con seriedad tras su taza de té—. Te lo digo con todo el cariño: eres un desastre jugando al ajedrez.

—Totalmente de acuerdo —intervino Sophie con una sonrisa indulgente

—. La próxima vez que te desafíe, deberías buscarte un paladín que te represente.

Lady Satherton las miró con reprobación mientras Simon fingía que encajaba un golpe en el corazón. Todas rieron e incluso la marquesa esbozó una sonrisa.

—Ten hermanas para esto. —Simon miró a Isabelle, sin duda buscando su complicidad como hermana mayor—. ¿Qué culpa tendré yo de que a Gabriel le encante humillarme?

Ante la mención de *lord Satherton*, Isabelle por poco tira la taza de té que tenía en la mano. Hasta ese momento no estaba segura de a cuál de los dos hermanos *Daventry* se referían y había tenido la esperanza de que fuese el segundo, Michael.

Claro, eso habría sido demasiado conveniente.

—Ninguna, *milord* —respondió al fin, tras recuperarse de la impresión de que Gabriel estuviese en la casa. Compuso su mejor cara de seriedad—. Alguien debería darle una lección.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo el otro, como si estuviesen conspirando contra la mismísima reina—, pero mi hermano es demasiado bueno.

—Belle seguro que le ganaría —intervino Mary. Su hermana le dirigió una mirada de advertencia para que callase, pero ella hizo caso omiso. Dios la librara de las hermanas pequeñas—. Es muy buena ajedrecista.

Los ojos de Simon *Daventry* relampaguearon ante la sorprendente revelación. Isabelle vio que los engranajes de su cerebro se ponían a trabajar a la vez, echando más humo que una chimenea, y supo lo que diría antes de que abriese la boca.

Maldición.

—¡Debe usted ser mi paladín, señorita Walls! —dijo recogiendo como suyas las palabras de su hermana—. ¡Tiene que bajarle los humos a mi hermano!

Isabelle miró con horror a Simon y después sus ojos recorrieron despacio la sala. Mary estaba contentísima por aquel giro de los acontecimientos de la tarde, *lady Satherton* parecía no saber si desaprobar aquello o apoyarlo, y Rosalie no la miraba a ella, sino a Simon. Tenía una

extraña expresión en la cara que, en ese momento, con el foco de atención puesto en ella, la joven no pudo interpretar.

Por su parte, las hermanas Daventry tenían sendas expresiones calculadoras dibujadas en el rostro, como si planeasen robar las joyas de la corona y fugarse con ellas a algún lugar de América. No le gustó nada todo aquello. Ojalá su hermana se hubiera callado.

—¿De verdad es tan buena? —le preguntó Gwen a Mary. Cuando esta asintió con convencimiento, los ojos de la joven Daventry brillaron de diversión—. Oh, por fin ha llegado el declive de Gabriel.

Parecía estar a punto de ponerse a bailar por la sala y Belle no sabía si reír o llorar. Todo era demasiado serio para tratarse solo de un juego.

—Gabriel siempre nos ha ganado a todos al ajedrez —le explicó Sophie a Isabelle, interpretando correctamente su confusión—. Es una de las aficiones de la familia Daventry y todos somos muy competitivos. Debe comprender nuestra frustración.

Las dos hermanas la miraron con ojos de súplica, como Simon. Isabelle comprendió que Gabriel debía de haberse jactado de ser el campeón del ajedrez Daventry durante toda la vida y sus hermanos estaban cansados de aquello. Querían que alguien lo venciera y, a su pesar, el espíritu competitivo que albergaba en su interior despertó su curiosidad por saber si el marqués era tan buen ajedrecista como todos parecían creer. Mary tenía razón; ella también era buena. Su padre le había enseñado desde bien pequeña y ambos solían jugar al menos una vez a la semana, como una tradición de los Walls. Era uno de los momentos favoritos de la semana para la joven. Su padre y ella conversaban mucho durante esas partidas, algo que Isabelle apreciaba.

Sin embargo, aquello no era lo mismo. ¿Jugar contra Satherton? Se suponía que ni siquiera se conocían. No obstante, si se negaba podría parecer que tenía alguna razón personal para no querer enfrentarse al marqués y aquello podía despertar preguntas incómodas. Ella no quería tener problemas con los Daventry, le gustaban mucho. Nadie debía saber que se habían visto a solas, por la reputación de la joven. Tendría que fingir que no lo conocía de nada.

También había otra razón para aceptar el desafío, pero Belle se negaba a ahondar demasiado en ella: tenía muchas ganas de volver a verlo.

Así pues, estaba decidido.

—Está bien —aceptó con una sonrisa, dirigiéndose a Simon—. Seré su paladín.

Este sonrió encantado mientras Gwen y Sophie palmoteaban con diversión. Hasta *lady* Satherton parecía curiosa por este repentino duelo que se había organizado en su propia casa.

—Creo que será digno de ver —aseguró.

—Sígame, señorita Walls —le dijo Simon, ofreciéndole su brazo.

Así pues, Isabelle y Simon abrieron la comitiva mientras Mary, Rosalie y las Daventry seguían a la pareja sin ninguna intención de perderse el espectáculo. Al parecer, todas tenían muchas ganas de ver caer a Gabriel.

Esperaba no decepcionar a nadie.

«No», se dijo poniéndose derecha como una vara. Ella sabía jugar muy bien y no pensaba perder. Debía admitir que era muy competitiva y, si no le gustaba que la venciera su padre, no iba a permitir que le ganase un desconocido.

Bueno, casi desconocido.

Simon parecía haberse percatado de su inquietud, pues colocó la mano libre sobre la de ella, para calmarla.

—No se preocupe si no gana; seguro que pasaremos un buen rato —dijo en un susurro. Sus ojos brillaban con simpatía—. Pero si vence, me encantará ver cómo golpea su ego.

Puso tal sonrisa de felicidad al imaginarse aquella hipotética situación que Isabelle tuvo que soltar una risita.

—Intentaré hacer que sufra, no se preocupe.

Ambos se sonrieron con complicidad antes de que Simon abriese una puerta de la planta baja, que resultó ser la de la biblioteca. La ironía no conocía límites.

El olor a libro la golpeó y enseguida despertó su curiosidad. La biblioteca no era tan grande como la de Clayton House, pero sin duda era notable, y ella adoraba cualquier sala que contuviese libros; cuantos más, mejor. Las paredes estaban ocupadas por enormes estanterías de madera oscura y todas ellas estaban repletas de preciosos volúmenes. Los mullidos sillones parecían invitar a ser ocupados durante varias horas seguidas.

No veía mejor escenario para una partida de ajedrez. Su padre y ella también jugaban en la biblioteca Clayton. Aquello le confirió seguridad.

En un rincón, junto a un enorme ventanal, una mesa de caoba estaba ocupada por un enorme tablero de exactamente sesenta y cuatro casillas, alternando blancas y negras. Las piezas estaban colocadas en su sitio, preparadas para que las movieran contra sus contrincantes de distinto color. Y allí, de espaldas a ellos, mirando hacia la calle, estaba Gabriel.

Se fijó en su pelo revuelto y en sus hombros tensos, como si estuviese pensando en algo desagradable. Con sorpresa, se dio cuenta de que no llevaba chaqueta e iba en mangas de camisa, cuya tela blanca bajo el chaleco se pegaba extraordinariamente bien a su pecho y a sus poderosos brazos. Su indumentaria iba contra el protocolo, pero Isabelle se dio cuenta de que no le importaba lo más mínimo, como si no quería volver a ponerse una chaqueta jamás.

Al oírlos entrar, no se giró de inmediato.

—¿Vienes a por otra, Simon? —Se dio la vuelta con una sonrisa, que se congeló al ver a toda aquella gente allí reunida. De repente, sus miradas se encontraron e Isabelle estuvo segura de que había sorpresa en sus ojos grises antes de que adoptase una expresión neutra. Admiró su temple, porque ella se sentía como un flan—. ¿Qué hacéis todos aquí?

—Ver tu caída —respondió Gwen con gran dramatismo, poniéndose la mano en el corazón como si estuviese preparada para cantar el himno nacional. Todos rieron menos a Gabriel, que la miró confuso. Sophie, más seria, se apresuró a explicarse—. Simon pide la revancha.

La confusión dio paso a la arrogancia cuando el marqués sonrió a su hermano con sorna. Belle se dio cuenta de que estaba muy seguro de sus aptitudes como ajedrecista. Su pose estirada y su actitud suficiente indicaban que estaba muy seguro de sí mismo.

Bien, ya se encargaría ella de borrar esa sonrisa de un plumazo.

—Veo que no te cansas de perder, hermanito —dijo el marqués con burla—. Y yo no me canso de ganarte.

El aludido sonrió con suficiencia.

—Sin embargo, esta vez he traído un paladín para que me represente. — Al ver que Gabriel fruncía el ceño, Simon señaló a Isabelle con un gesto

galante de la mano—. Permíteme presentarte a la señorita Isabelle Walls.

—Ya... —Gabriel se interrumpió antes de acabar la frase. Se giró hacia ella e hizo una reverencia—. Encantado de conocerla, señorita Walls, aunque no sepa de qué habla mi encantador hermano pequeño.

Aquello último lo dijo con sarcasmo, pero Simon solo ensanchó su blanca sonrisa. Belle creía saber qué iba a decir Gabriel antes de interrumpirse, pues era un eco de sus propios pensamientos.

«Ya nos conocemos».

Sin embargo, eso no podía saberlo nadie más que ellos e Isabelle también debía interpretar bien su papel.

—Igualmente, *lord* Satherton —respondió con una reverencia perfecta—. Y, al parecer, soy su próxima oponente.

Ante la mirada interrogativa de Gabriel, Gwen se dispuso a explicarle a su hermano mayor las nuevas circunstancias del ajedrez Daventry. El marqués arqueó las cejas, pero no interrumpió a su hermana en ningún momento. Al parecer, lo de inventarse reglas de la nada no era nada extraño en aquella familia.

Poco convencional, pero increíble familia.

—¿De dónde ha salido esa nueva norma? —preguntó el marqués.

—Nos la acabamos de inventar —dijeron Sophie, Gwen y Simon a la vez sin ningún asomo de vergüenza. Parecía un argumento suficientemente válido como para aceptarla.

Lo dicho.

—Así pues, te escondes tras un representante —alegó Gabriel mirando a su hermano con ironía—. Cobarde.

—Yo lo llamaría más bien ser estratega —replicó el otro encogiéndose de hombros con despreocupación.

Isabelle decidió echarle una mano para cambiar el rumbo de la conversación a su favor. Estaba deseando a ponerse a jugar.

—¿Tiene miedo de perder, *milord*?

Gabriel respondió a su mirada desafiante con otra similar. Cuando aquellos ojos grises conectaron con los suyos, Isabelle sintió el cosquilleo de la competitividad recorriendo sus venas. Supo que el marqués estaba pensando lo mismo que ella.

Iba a ganar.

—En absoluto, señorita Walls —le dijo él con una sonrisa ladeada—. Para que vea que soy todo un caballero, incluso dejaré que juegue con las blancas.

Aquella provocación no dio en la diana. O quizá sí. Pero si Gabriel Satherton quería ser tan altanero, ella se encargaría de que se le quitasen las ganas de volver a presumir.

—No necesito ninguna ventaja —respondió dirigiéndose al asiento que tenía los trebejos negros delante, sentándose sin esperar invitación. Al diablo con las normas de etiqueta, aquello era la guerra. Sonrió con inocencia desde su posición—. Para que vea que soy una dama, permitiré que usted juegue con blancas.

Simon soltó una carcajada ante aquello.

—Me gusta —dijo mirándola con aprobación. Ella le respondió con una inclinación de la cabeza.

El eco de sus propias palabras puso en movimiento a Gabriel, que se situó de inmediato frente a ella. Los demás se diseminaron por la sala, sentándose en los diversos sillones y divanes. Gabriel arqueó las cejas al ver tanto público, pero enseguida volvió a posar su mirada en ella. Aquellos ojos estaban llenos de determinación por ganar.

—Muy bien, señorita Walls. —Gabriel la miró con desafío—. Usted lo ha querido.

Ella no respondió. Se limitó a esperar a que hiciese el primer movimiento, tal y como dictaban las reglas; blancas empiezan. La tensión se reflejaba en la sala. Todo el público estaba pendiente de la partida, pero Isabelle solo era consciente de la mirada de Gabriel sobre ella. Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, la joven sintió otra vez ese cosquilleo, pero aquella vez no tenía nada que ver con el ajedrez. Isabelle trató de ignorar el calor que le subió a las mejillas y se concentró en el juego. No iba a dejar que aquel hombre la desconcentrase, por muy guapo que fuese.

El marqués debió de darse cuenta de su rubor, porque ensanchó la sonrisa antes de mover el peón del rey dos escaques hacia delante.

Idiota.

—Su turno —dijo en voz baja.

La mente de Belle comenzó a trabajar con rapidez. Era hora de ganar una partida.



Estaba asombrado. No porque ella fuese una ajedrecista formidable que le estaba haciendo pasar más de un apuro; ya había visto en su mirada la seguridad que solo otorga saber jugar de forma excelente. No porque aquella joven, que se suponía que no conocía, hubiese resultado ser amiga de su hermana Sophie. No porque llevase dos días pensando en ella sin saber muy bien por qué no podía sacarla de su mente. No porque justo estuviese recordándola cuando había aparecido en la biblioteca del brazo de su hermano, como una preciosa invocación.

Estaba asombrado porque allí, tras media hora de partida de lo más interesante, se había dado cuenta de algo.

La deseaba.

Era la segunda vez que la veía, pero le bastaba. Su presencia era como un imán que lo atraía sin remedio. Allí sentada frente a él, iluminada por la luz que entraba por el ventanal, estaba sencillamente preciosa. Tenía los ojos brillantes y las mejillas arreboladas por la concentración con la que estaba planeando su siguiente movimiento. Se hallaba totalmente centrada en la partida, decidida a ganar. Nunca había conocido a nadie que fuese tan competitivo como él mismo. Tal reconocimiento lo llenaba de energía, dispuesto a derrotarla.

Quería verla enfadada de nuevo, como la otra noche en el baile. Su mirada, brillante de furia, la hacía parecer toda una guerrera, fuerte y adorable al mismo tiempo.

Isabelle Walls hizo su movimiento y adelantó el alfil de la reina cuatro casillas en diagonal para colocarlo en la trayectoria del rey blanco.

—Jaque —dijo con una sonrisa que aparentaba inocencia, pero que encerraba muchas más cosas.

Gabriel observó el tablero y analizó rápidamente sus posibilidades. Sin duda era una contrincante para tener en cuenta. Le devolvió la sonrisa.

—No cante victoria todavía —replicó antes mover su propio alfil,

dejando a su rey fuera del alcance de las piezas negras y al mismo tiempo amenazando a la reina de Isabelle.

—Usted tampoco, *milord* —respondió ella comiéndose el caballo blanco que había quedado desprotegido.

El ajedrez requería sacrificios.

—Parece muy segura.

—Lo estoy.

—No es bueno pecar de soberbia.

—¿Quién es el soberbio aquí?

Con cada ataque verbal, los contrincantes realizaban un nuevo movimiento sobre el tablero. Las piezas iban moviéndose por las casillas hacia delante y hacia atrás o iban desapareciendo si eran comidas por sus contrarias. Gabriel no recordaba una partida en la que se lo hubiese pasado tan bien. Sus hermanos no sabían jugar como ella. Isabelle lo vivía, al igual que él.

Era estimulante.

La partida estaba llegando a su fin, Gabriel lo presentía. Con tan pocas piezas sobre el tablero, el marqués sabía que era cuestión de tiempo que alguno de los dos cometiese un fallo ante los limitados movimientos que quedaban.

La miró de nuevo. Estaba haciéndolo demasiado y lo pagaba en concentración, pero no podía evitarlo. Se decía a sí mismo que era para observar en su rostro cuándo cometía un error, aunque, siendo completamente sincero, esa no era la razón principal. Tenía el ceño levemente fruncido, pensaba en cómo salir airoso del último movimiento de Gabriel.

Al final, movió a un alfil en diagonal y dejó su reina en una posición desprotegida. Gabriel observó cómo apretaba la mandíbula imperceptiblemente y se dio cuenta de que por fin había cometido el error que esperaba.

—Jaque —dijo de forma vacilante. En su voz notó que se arrepentía de haber movido.

Era su oportunidad.

Movió el caballo para comerse a la reina, haciéndole ver que, sin duda,

se había equivocado. Sin embargo, ella lo miró y Gabriel atisbó en su mirada lo último que esperaba ver: triunfo.

Se dio cuenta demasiado tarde de que era él quien había cometido un error. Al mover el caballo, le había dejado vía libre. Su sensación de triunfo se evaporó en el aire.

—Ay, *milord*, no esperaba que cayese en un truco tan viejo. —Como si el tiempo se hubiese detenido, Gabriel vio que Isabelle movía lentamente su torre hasta invadir el espacio vital del rey blanco—. Jaque mate.

El marqués no podía creérselo. ¡Cómo había podido ser tan idiota! Su gesto de arrepentimiento era fingido para que él bajase la guardia e hiciese lo que ella quería: sacrificar a la reina y poder acercarse al rey sin peligro. ¡Estúpido!

Como Isabelle había dicho, era un truco tan viejo que era increíble que hubiese caído en él.

—Me ha engañado —le espetó indignado.

—En el amor, la guerra y el ajedrez todo vale —respondió ella ensanchando la sonrisa.

A pesar de estar enfadado por su propia estupidez, no podía dejar de admirarla por la forma en la que había llevado la partida. Isabelle había demostrado que sabía jugar, haciéndolo disfrutar enormemente todo el tiempo. Había perdido, sí, pero también había ganado una contrincante formidable.

Gabriel le devolvió la sonrisa, comunicándole sin palabras que aceptaba la derrota con todas las de la ley. La sonrisa de ella se ensanchó al captar el mensaje y el marqués se quedó brevemente sin respiración.

—¡No puedo creerlo! —La exclamación de Simon sobresaltó a Gabriel, quien se había olvidado de que tenían público. Por la expresión de la señorita Walls, parecía que le había pasado lo mismo—. ¡Te han vencido!

Gabriel le lanzó una mirada iracunda a su hermano pequeño, que resplandecía de felicidad. Parecía que hubiese jugado él hasta dejarse la piel en el tablero. El marqués se consolaba pensando que no había sido ninguno de sus hermanos quien lo había destronado. Aun así, estaba seguro de que no dejarían que lo olvidase en décadas.

Bueno, merecía la pena por la gran partida que había jugado contra

Isabelle.

—Qué pena que Michael se lo haya perdido —añadió Simon dándole palmaditas en la espalda, como si lo estuviese consolando. Gabriel se contuvo de poner los ojos en blanco—. Señorita Walls, es usted extraordinaria.

—¡Ha sido increíble! —exclamó Gwen en ese momento mientras las damas se acercaban a los dos contendientes. Mary Walls abrazó a su hermana con entusiasmo—. Creo que me he dormido durante un rato, pero el final ha sido maravilloso. ¡Enhorabuena, Belle!

—Gracias. —La señorita Walls parecía encantada. Sin duda, era tan competitiva como él.

Gabriel observó a su madre, que lo miraba con una extraña expresión en el rostro. El marqués se apresuró a desviar la mirada de la joven, como un chiquillo que hubiese sido descubierto robando dulces de la cocina. Lo último que necesitaba era que se diese cuenta de que estaba deseando poder chasquear los dedos y quedarse a solas con Isabelle Walls, y no para jugar al ajedrez precisamente.

—Lo siento, Gabriel —le dijo Gwen en ese momento, distrayéndolo de sus lujuriosos pensamientos—. Estás acabado.

Todos rieron, menos Isabelle, que se giró para encararlo.

—Ha sido una partida estupenda, *lord* Satherton —le dijo con solemnidad—. Es usted un contrincante magnífico.

—Al igual que usted. —Gabriel respondió con una inclinación de la cabeza—. Mis felicitaciones.

A partir de ahí, todos los presentes comenzaron a hablar entre ellos de forma audible, por lo que la biblioteca parecía un gallinero. Gabriel la observaba de reojo, esperando hacer contacto visual, pero ella no lo miró. Las conversaciones acabaron cuando Isabelle anunció que era tarde y que debían marcharse. Cuando Mary y ella ya se iban, escoltadas por su madre y sus hermanas, Gabriel se dio cuenta de que debía asegurarse de volver a verla.

—Señorita Walls —la llamó.

Ella se giró con curiosidad, pero también con desafío, como si supiera perfectamente qué era lo que iba a decirle. Gabriel adoró la determinación que veía en su mirada.

—Exijo la revancha —declaró arqueando una ceja—. Y le aseguro que

la próxima vez no caeré en sus trucos manipuladores.

Los demás los observaban con cierta sorpresa. Aquella acusación podía pasar por una ofensa, pero Isabelle no se lo tomó así, tal y como Gabriel esperaba. Al contrario, se puso derecha y sonrió.

—No esté tan seguro de eso —respondió con altanería—. Me sé muchos trucos.

La miró a los ojos durante unos largos segundos, y ella le sostuvo la mirada sin vacilar un ápice.

Era estupenda.

—Hasta la próxima, pues.

Capítulo 4

Pasando a otros asuntos, ha llegado a mis oídos que ha ocurrido un extraño percance en Hyde Park, concretamente cerca del Serpentine. No se conocen los detalles; tan solo se sabe que estaban involucrados un pequeño perro beagle y un pato de raza desconocida.

**De la columna «The Golden Swan».
2 de mayo de 1854**

A primeras horas de la mañana, Hyde Park solía encontrarse relativamente tranquilo. La actividad aumentaba hacia las cuatro de la tarde. Gente subida en carruajes, montando a caballo o simplemente paseando llenaban los caminos, sobre todo el de Rotten Row, el preferido de los miembros de la aristocracia. Era un lugar para ver y ser visto, saludar y conversar sobre los últimos acontecimientos ocurridos en las reuniones sociales.

Por eso Isabelle y Mary preferían ir temprano, para no encontrarse a tanta gente e ir con calma y tranquilidad. Aun así, unas cuantas personas parecían haber pensado lo mismo que ellas y tenían que pararse a saludar de vez en cuando. Habían elegido ir a pie, vigiladas de cerca por Pepper, el pequeño perro de la familia. Era un beagle color canela y negro, con la barriga y las patas blancas. Isabelle, al mirarlo, siempre tenía la sensación de que el animal estaba enfadado, pero nada más lejos de la realidad. Su rápido movimiento de cola daba a entender que era muy feliz paseando por el parque. Aun así, tras esa apariencia tranquila, Pepper era de lo más travieso. Su padre solía decir que más que un perro de caza, el animal era un dolor de cabeza. Mary lo llevaba sujeto por la correa para que no molestara a todos los que encontrase por el camino, algo de lo que era bien capaz. Una vez se metió bajo las faldas de la condesa de Berkley y casi le da un ataque. A ella y al perro.

Como hacía bastante viento, Belle se apretó las cintas del sombrero mientras escuchaba a su hermana parlotear sin cesar.

—Gwen y yo revisamos detenidamente la lista de invitados —decía en

ese momento—, pero no hemos encontrado nada que nos dé una pista sobre quién es la columnista.

Belle esbozó una sonrisa indulgente. Mary y Gwen se habían convertido en buenas amigas en poco tiempo, además de en detectives a tiempo parcial. Siempre estaban la una en casa de la otra urdiendo planes secretos sabe Dios acerca de qué.

—Si fuese tan fácil descubrirla, ya lo habría hecho alguien antes — afirmó Belle con una lógica irrefutable—. Incluso eliminando a los hombres de la lista, quedarían unos trescientos nombres.

Mary hizo un mohín mientras Pepper se detenía junto a un árbol para marcar su territorio tras haberlo olisqueado con encomiable precisión.

—¡Pues yo quiero saber quién es! —exclamó; en ese momento parecía una niña de cinco años con una rabieta. Isabelle esperó un par de segundos a ver si daba una patada en el suelo como golpe de efecto, pero no tuvo esa suerte.

Lástima, habría sido gracioso.

—Lo siento, hermanita —respondió con una mirada que le decía «mejor resígnate»—. Creo que la única manera de descubrir a esa mujer es que confiese.

Antes de que Mary pudiera decir nada más, Pepper estiró un poco la correa llamando la atención de las dos hermanas. Miraba hacia el césped con la cabeza erguida, como si estuviese esperando algo. Tenía las orejas tias y había dejado de mover la cola, hecho que podía interpretarse como una mala señal. Cuando Isabelle comenzaba a preguntarse qué pasaba, un pato apareció en su campo de visión, bamboleando el cuerpo cubierto de plumas. Era extraño; los patos no solían alejarse mucho del Serpentine.

El pato paró su paseo a un par de metros de ellas y sacudió rápidamente la cabeza, ajeno a la situación. Pepper lo observaba en silencio, completamente quieto y en tensión. Como si supiese que la vigilaban, el ave se giró hacia ellas con lentitud.

El pato miraba.

El perro miraba.

Ellas miraban.

Todos parecían contener la respiración.

De repente, todo estalló cuando el emplumado animal abrió el pico y dejó escapar un sonoro cua.

Belle estaba segura de que los ladridos de Pepper se podían escuchar en cada rincón del parque. Mientras Mary intentaba sujetar a la hiperactiva mascota, que tiraba de la correa con fuerza, el pato salió corriendo por donde había venido.

—Oh... —Belle sabía lo que se avecinaba cuando Mary ya no pudo sujetar más la correa y la soltó de golpe—. No.

—¡Pepper! —exclamaron las dos hermanas.

Pero el maldito perro ignoró a sus dueñas y salió corriendo en pos del pato que había osado decirle cua, que, con toda seguridad, en el idioma animal debía ser todo un insulto.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Belle mientras veía a su hermana salir corriendo tras los dos animales como si la persiguiese el diablo. ¿Decoro? ¿A quién le importaba?—. ¡Mary!

Maldiciendo sonoramente, algo muy impropio de una dama, Belle se recogió las faldas tratando de no enseñar demasiado los tobillos y salió corriendo también. Debían de estar dando el espectáculo ante los transeúntes: un pato, un perro y dos locas corriendo por Hyde Park. Belle estaba convencida de que The Golden Swan admitiría ese titular y se frotaría las manos como un viejo avaro ante la estrambótica noticia.

Por suerte, el pato parecía dirigirse al Serpentine, que estaba casi siempre vacío a aquella hora. De hecho, milagrosamente no parecía haber nadie por allí y Belle dio gracias a Dios de que nadie fuera testigo del espectáculo. El viento la despeinó, llevándose su sombrero, pero la joven ni siquiera se paró a mirar. Tenía que conseguir alcanzarlos. Aún no sabía qué haría después de eso, pero ya se le ocurriría algo.

Avanzó unos metros más hasta que vio a Mary parada, jadeando como si le fuese la vida en ello. Quizá era así, pues había corrido como una posesa y las pesadas faldas no daban para muchas alegrías. También había perdido el sombrero, que se le había caído un poco más allá. Paró a su lado casi sin resuello; aquellos vestidos y todas sus capas no estaban hechos para correr por ahí. Envidió a los hombres y sus pantalones.

No hizo falta que preguntara. Mary señaló sin decir palabra hacia el

camino que llevaba al lago, que ya se veía en la lejanía, y Belle siguió corriendo. Podía ver a los dos animales corriendo sin aparente cansancio. Gracias a Dios, Pepper todavía era pequeño y no corría tan rápido como debería con sus cortas patas, pero si se metía en el agua tras el pato, quizá no podrían sacarlo y se ahogaría. El pánico por la seguridad de su estúpida mascota comenzó a atenazarla.

—¡Espera aquí! —le gritó a su hermana por encima del hombro.

No tenía dudas de que Mary ignoraría la orden y en cuanto tuviese resuello seguiría corriendo, pero no era el momento de encadenarla a un árbol. Belle se prometió que no volvería a llevar a Pepper a Hyde Park en la vida.

Cuando por fin divisó la orilla del lago, vio que el pato y su perro estaban a punto de entrar al agua. Y lo hicieron. Soltando una nueva maldición y al ver que no había nadie cerca, se levantó un poco más las faldas y apretó el paso; era un asunto de vida o muerte, después de todo.

Se paró en la orilla unos segundos, intentando localizar a su mascota. Sin embargo, antes de que pudiese ver nada, oyó un grito que la hizo girarse.

—¡Beeeeeeeeelle! —Mary corría en su dirección y, al llegar a su altura, tropezó con el dobladillo del vestido y se precipitó hacia el lago.

Y ella estaba en mitad de la trayectoria.

—¡No! —gritó aun sabiendo que no podría parar aquello.

Su hermana la embistió sin remedio y las dos cayeron al agua, empapándose de pies a cabeza. Por suerte, aquella parte del lago solo cubría hasta las rodillas; si no, no habrían podido salir. Belle escupió agua y buscó a su hermana, que estaba sentada en medio de las múltiples capas de su vestido. De alguna manera, unas cuantas hojas habían acabado sobre su cabeza, enrolladas entre su recogido y dándole un aspecto cómico. Si no tuviese tanto frío y estuviese tan enfadada, Belle hasta se habría reído de ella.

—¡Estoy empapada! —exclamó Mary, resaltando lo evidente. Aquello no podía estar pasando. Dios mío, que no las viese nadie.

Mientras trataba de ponerse en pie, porque las faldas pesaban más que nunca, Isabelle giró la cabeza hacia el lago cuando sintió un movimiento a la derecha. Pepper venía nadando como todo un sabueso, sacando la cabeza con dificultad para mantener las vías respiratorias a salvo del agua. Al parecer, el

pato había acabado demasiado lejos para él. Belle lo miró y le dio la impresión de que se carcajeaba de ellos, desplegando sus emplumadas alas. Como lo cogiese, iba a mandarlo a la cazuela de una patada. La joven cogió a su mascota, salvándola de su extraño estilo de natación, y la llevó con ella hasta la orilla, mirándola con el ceño fruncido. El animal parecía triste, como si supiera que había hecho mal y estuviese arrepentido.

Pero Belle no iba a dejarse ablandar.

—Como vuelvas a perseguir algo, aunque sea una simple hoja de árbol, me haré contigo una alfombra. —No lo decía en serio, claro, pero estaba enfadada con él por ser tan travieso.

Sabía que se le pasaría pronto, así que tenía que aprovechar para reñirlo mientras le durase. Lo dejó en tierra firme, donde el animal se sacudió y la mojó aún más antes de quedarse quieto, esperando a que sus dueñas saliesen del agua. Todavía arrastraba con él la correa. Belle suspiró, mirándose las ropas empapadas. Debía de parecer un gato mojado. La joven pensó que ya no podía ir nada a peor cuando dos caballos se pararon cerca de ellas. Belle contuvo un gemido de horror al reconocer a uno de los jinetes.

Era Gabriel Satherton.



Aquel día, las cosas no podrían haber empezado tan normales y haber acabado tan extrañas. Gabriel estaba seguro de ello.

Michael lo había invitado a ir con él a pasear a caballo por Hyde Park y el marqués había aceptado enseguida, porque le encantaba pasar tiempo con el segundo hermano, el más calmado de todos los Daventry, incluyéndolo a él. Michael inspiraba tranquilidad, todo lo contrario a Simon, al que quería ponerle un bozal la mayor parte del tiempo.

Sin embargo, en ese momento también estaba tentado de hacerlo con Michael.

—Sigo sin poder creer que hayas perdido al ajedrez y yo no haya estado para verlo. —Parecía totalmente contrariado, como si acabase de enterarse de que se había producido un tiroteo en mitad de Mayfair—. Quiero conocer a la señorita Isabelle Walls y agradecerle el bien que le ha hecho a la familia.

Gabriel gruñó. Sus hermanos llevaban tres días recordándole a todas horas su derrota contra la señorita Walls. Aunque sabía que en cierto modo lo merecía por haberse burlado de ellos durante años, llegaba un punto en que comenzaba a enfadarse. Por lo menos había perdido frente a una persona ajena a la familia. Si fuera alguno de sus hermanos, tendría que haberse ido a vivir a una cueva dejada de la mano de Dios.

Prefería mil veces haber perdido contra ella, aunque pensaba vengarse por ello en cuanto pudiese. Había tenido la oportunidad de descubrir lo estimulante que era como contrincante. Bueno, no solo como contrincante.

—Juega muy bien —dijo respondiendo por fin a su hermano—. Al contrario que vosotros.

Mike le lanzó una mirada iracunda y el marqués sonrió, satisfecho de haberse apuntado aquel tanto.

Giraron un recodo del camino, en el que no había nadie a aquellas horas de la mañana. Estaban cerca del Serpentine, se dio cuenta Gabriel al mirar a su alrededor, y le gustó la tranquilidad que reinaba por allí, pues la gente prefería pasear por Rotten Row y aquella zona estaba siempre poco transitada. Pero la tranquilidad se esfumó tan pronto como comenzaron los sucesos extraños.

Primero vino el pato, corriendo tanto como le permitían sus cortas y planas patas, seguido de lo que parecía un pequeño beagle con correa, que ladraba como si le fuese la vida en ello. Perseguía al ave con tanta tenacidad que Gabriel se sorprendió y esperó a que lo atrapase.

—¿Has visto...? —intervino Michael, que parecía tan estupefacto como él.

Pero ahí no acababa todo. Persiguiendo a los dos animales apareció una dama que, levantándose la falda más de lo permitido, corría como alma que lleva al diablo. Gabriel la reconoció de inmediato: era Mary Walls. Como si el instinto le gritase que mirase a la derecha, giró la cabeza y la vio. Sujetándose la falda de forma mucho más recatada, Isabelle Walls corría en pos de su hermana con una mirada que auguraba muerte. Gabriel vio que el sombrero que llevaba en la cabeza se desprendía y volaba impulsado por el viento en dirección a ellos, y le daba a Michael en plena cara.

—¿Pero qué...? —exclamó su hermano cogiendo el accesorio femenino

con la confusión pintada en el rostro.

—Creo que nuestro paseo acaba de animarse —dijo Gabriel con entusiasmo—. No podemos perdernos el desenlace de los acontecimientos.

Azuzaron los caballos y fueron detrás de aquel extraño grupo. Los dos animales ya habían llegado al lago e Isabelle había adelantado a su hermana, algo rezagada mientras recuperaba el aliento. Se pararon para observar sin ser vistos. Isabelle paró en la orilla del lago y Gabriel vio con una mezcla de estupor e incredulidad cómo Mary tropezaba y empujaba a su hermana en la caída.

¡Chof!

Cuando ambas hermanas comenzaron a escupir agua, Gabriel no pudo evitar reírse. Su hermano tenía la misma mirada cómica, pero intentaba contenerse como un caballero. Gabriel sabía que debía hacer lo mismo, pero se le hacía muy difícil al ver la divertida escena, con ambas damas empapadas.

—Vamos a ayudarlas —dijo y Michael asintió.

Cuando llegaron hasta ellas, Isabelle trataba de ponerse en pie y miraba al perro como si quisiera estrangularlo. El animal estaba sentado en la orilla, con una expresión de lo más inocente, incapaz de haber roto un plato en su corta vida. Gabriel se preguntó brevemente qué habría sido del pato, porque sería un gran ejemplo de justicia poética si el perro hubiera logrado atraparlo.

Mientras Michael se apresuraba a ayudar a Mary, Gabriel se acercó a Belle y la ayudó a salir del lago. Estaba empapada de pies a cabeza y el vestido se pegaba a su cuerpo de una forma demasiado sensual. Paró el rumbo de sus pensamientos antes de que él también tuviera que tirarse al lago.

Subió la mirada hasta su cara, enmarcada por el pelo mojado que se le había soltado del ya no tan perfecto recogido. Sus ojos relucían de enfado, aunque no sabía si era por haberse caído al lago o porque ellos estuvieran allí para verlo.

—¿Se encuentra bien, señorita Walls? —preguntó el marqués manteniendo a duras penas una expresión neutral, porque tenía ganas de reír de nuevo—. Las hemos visto correr hasta aquí y estábamos preocupados.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Por supuesto que estamos bien —respondió sarcásticamente—. ¿No ve que nos apetecía darnos un baño?

Esta vez Gabriel no pudo evitar una sonrisa ante su ácida respuesta. Estaba demasiado hermosa allí, con aspecto de gato mojado. El marqués se preguntó si tendría el pelo de la nuca erizado.

—La próxima vez pruebe en un día que haga menos frío. —Antes de que pudiese insultarlo o, peor, tirarle algo a la cabeza, se quitó la chaqueta y se la puso a la joven por encima de los hombros. Isabelle lo miró con cierta sorpresa—. No podría perdonarme que se resfriara.

Ella lo observó inquisitivamente, como si estuviese valorando si bromeaba o no. Al final, Gabriel supuso que había decidido lo segundo.

—Gracias —respondió mirándolo a los ojos con sinceridad. Gabriel tuvo que evitar tragar saliva.

—Menos mal que no las ha visto nadie- —Mike rompió el momento trayendo con él a una empapada Mary, a quien también le había dejado la chaqueta—. Excepto nosotros, claro.

Antes de que Mary y Mike llegasen a la orilla, el beagle decidió que ya había estado demasiado tiempo quieto y se lanzó en pos de su ama más joven. Pero entre ambos se encontraba Michael, que se echó hacia atrás en un acto reflejo cuando la bola peluda se lanzó sobre él con la fuerza de un cañón, resbaló en el suelo embarrado y acabó también dentro del agua.

—¡Pepper! —le chillaron las dos damas al desobediente animal. El perro las miró con cierta vergüenza, o eso parecía, para después ladrar contento por lo que él creía que era una gran hazaña.

Mary cogió al perro en brazos para que no lanzase a nadie más al lago mientras Michael se levantaba con cierta dificultad. Había acabado empapado también y Gabriel no pudo evitar una enorme carcajada.

—Me encanta tu aspecto, Mike —se burló el marqués—. Ya necesitabas un baño.

Su hermano lo fulminó con la mirada y, antes de que el marqués se diese cuenta de lo que pasaba, lo cogió por el cuello sin previo aviso. Como era algo más corpulento que él, Michael tenía una ligera ventaja y ambos forcejearon antes de acabar de nuevo dentro del lago, con Gabriel detrás. El marqués escupió agua y, por el rabillo del ojo, vio que ambas damas los

miraban boquiabiertas. Genial. Si no fuera porque estaban en presencia de las dos mujeres y tenía que dar ejemplo de hermano mayor con conocimiento, la pelea habría seguido hasta que Mike hubiera besado el fondo del lago por haberlo puesto en una situación tan vergonzosa.

Hacer el ridículo no entraba en sus planes de aquel día.

—Vaya, Gabriel —intervino Michael burlón—. Ya necesitabas un baño.

—Maldición —masculló en voz baja para que las damas no lo oyesen. Miró a su hermano, enfadado, que ya estaba levantándose de nuevo. Él hizo otro tanto—. Ni una palabra a los demás o nos lo recordarán toda la vida —añadió refiriéndose a sus hermanos.

Mike asintió, expresando su total acuerdo. Gabriel no quería pensar qué diría Simon si se enterase de que ambos habían acabado de cabeza en el lago por culpa de un perro del tamaño de su puño. Además, estaban las hermanas Walls, que también estarían interesadas en mantener todo aquello en secreto para guardar su reputación.

Eso si no las había visto ya medio Londres corriendo por el parque. Gracias a Dios, no había nadie cerca del Serpentine a aquellas horas o todos acabarían en la columna de aquella odiosa mujer.

Miró a Isabelle, que los había oído, y la joven asintió con la cabeza, expresando su conformidad de guardar silencio. Le brillaban los ojos por la diversión contenida y Gabriel supuso que también tendría un aspecto ridículo, todo empapado.

—Vayámonos antes de que cojamos una pulmonía.

En ese momento, una calesa se detuvo cerca de ellos y la mirada sorprendida de Rosalie Ridgeway los enfrentó. Su padre, el marqués de Blackmore, parecía igual de estupefacto que ella.

—¿Necesitan ayuda?



Belle no sabía cómo demonios cuatro personas empapadas, dos caballos y un perro revoltoso salieron del parque más famoso y concurrido de Londres sin ser vistos. Gracias a Dios, Rosalie y su padre los ayudaron a conseguirlo. El marqués tuvo a bien rodear la zona para evitar Rotten Row mientras los

Daventry los seguían a caballo y, por primera vez en el día, la suerte estuvo de su parte. Dios sabría lo que la gente habría pensado de la estampa que presentaban todos ellos. Los sombreros secos y la capa que Rosalie les prestó los ayudaron a guardar las apariencias.

Belle se deshizo en disculpas con Rosalie y su padre, que acabaron muertos de risa cuando les contaron lo que había pasado con el dichoso pato. Por suerte, Belle pudo respirar aliviada por no haber visto comprometidas sus reputaciones y por la comprensión del marqués, que las dejó en casa sanas y salvas.

Poco después, las hermanas Walls estaban secándose delante de la chimenea de la habitación de Belle mientras su desconcertada doncella las ayudaba a cambiarse. La joven agradeció que no hiciese preguntas; prefería olvidar las últimas horas.

De todas las personas que habitaban la ciudad, tenían que verlas Gabriel Satherton y su hermano Michael. Bien visto, podría haber sido mucho peor y haberse topado de esa guisa con alguna de esas nobles cotillas a las que tanto odiaba su madre. Sin duda, lo habría sabido todo Londres antes de una hora. Pero, maldita sea, mantener la compostura delante del marqués tras caer al lago persiguiendo un perro era muy difícil. Al menos, ellos también habían acabado en la misma situación. Era un pobre consuelo.

Belle sonrió, pues era la primera vez que se alegraba de las travesuras de Pepper. Ver a aquellos dos hombretones tirados en el suelo, llenos de agua y barro, había sido muy divertido. Y jamás lo admitiría, pero no había podido evitar fijarse en la forma que adquiría el cuerpo de Gabriel bajo la ropa mojada. Sentía muchísima curiosidad por lo que habría debajo de ella, porque jamás había visto a un hombre desnudo, obviamente. Aunque ambos hermanos eran corpulentos, Gabriel poseía una gracia natural incluso empapado de pies a cabeza, y eso la había atraído mucho y había hecho que se descubriera deseando saber más. Algo, por supuesto, totalmente indecoroso.

—¿En qué piensas, Belle? —preguntó Mary en ese momento, cortando el hilo de sus pensamientos—. Te has puesto muy roja.

Eso provocó, naturalmente, que se ruborizara aún más. Sacudió la cabeza; no debería estar pensando en esas cosas, por Dios. Esbozó una

sonrisa distraída para que su hermana no siguiera indagando.

—En nada, pero sigo teniendo frío —dijo con todo el disimulo del que fue capaz—. Espero no haberme resfriado.

Mary la miró con el ceño levemente fruncido, pero al final pareció aceptar su explicación. Belle exhaló un leve suspiro de alivio. Solía contárselo todo a su hermana, pero si supiese que pensaba en Gabriel Satherton más de lo debido, lo sacaría todo de quicio. Además, no debía olvidar que era buena amiga de la hermana pequeña del susodicho.

Era mejor no decir nada.

—Yo espero que nuestros salvadores no enfermen por nuestra culpa —dijo Mary estirándose en la cama de su hermana.

Isabelle se giró con una ceja alzada.

—¿Te refieres a los mismos salvadores a los que ha vencido un perro de dos kilos? —Sonrió irónica y su hermana soltó una risita—. Aunque yo tampoco quiero que enfermen.

Les habían devuelto las chaquetas antes de subir a la calesa y separarse, que eran las únicas prendas relativamente secas que tenían ambos hombres. Belle esperaba que los ayudara tenerlas hasta que llegasen a su casa. Además, no podían presentarse en casa ni ir por la calle con dos chaquetas de hombre. A ver cómo explicaban eso.

—Es que Pepper es de armas tomar —replicó Mary mirando de soslayo al animal, que estaba cómodamente estirado frente al fuego. Parecía la viva imagen de la inocencia, aunque nada más lejos de la realidad—. Y recuerda que a nosotras también nos ha vencido.

Belle se echó en la cama junto a su hermana, realmente cansada por la carrera y todo lo demás.

—Técnicamente, a nosotros tres nos ha derrotado un pato. —Ambas se miraron unos segundos y, acto seguido, soltaron una carcajada.

—¡Ha sido ridículo! —exclamó Mary sin poder parar de reír.

—Tendrías que haberte visto correr —respondió Belle encogida en la cama por la risa—. Parecía que te persiguiera el mismísimo diablo.

—¡Al menos yo no era una tortuga!

—¡Una de las dos tenía que mantener las faldas en su sitio!

—¡Pues de poco te ha servido!

Ambas volvieron a reír hasta que les dolió el estómago. Belle miró a su hermana y sonrió. Estaba medio loca, pero la adoraba.

En ese momento entró su madre, que las miraba como si hubiesen perdido el juicio por completo.

—¿Se puede saber qué es este escándalo?

Las hermanas volvieron a reír sin remedio.

—Madre, si te lo contáramos —consiguió decir al fin Belle, secándose una lágrima—, no lo creerías.

Capítulo 5

La semana ha sido bastante tranquila, aunque hay ciertas noticias de relativo interés. Por ejemplo, Michael Daventry ha dejado de asistir a eventos durante esta semana a causa de un catarro terrible. Sin duda, eso ha sido una decepción para muchas damas solteras y desde la revista esperamos que se recupere pronto antes de que dichas mujeres acaben inconsolables. Por otro lado, se ha visto al marqués de Harbow visitando la casa del conde de Briston. Todo parece apuntar a que *lady* Cecily Andrews era el blanco de esa visita. ¿Habrá un cortejo en marcha? A decir verdad, no se me ocurre otra explicación. Todo el mundo sabe que los hombres no visitan casas ajenas a esas horas por casualidad.

Y para que dejen de preguntarle a la revista... No, no sabemos qué fue del pato y el perro. A pesar de lo que puedan creer, queridos lectores, no soy ni omnipotente ni omnipresente.

**De la columna «The Golden Swan».
9 de mayo de 1854**

Isabelle estaba desayunando cuando recibió una nota de mano del mayordomo de la familia. Cuando vio el escudo Satherton en el sobre, casi se atragantó con el té. Dio gracias de estar sola en ese momento, ya que Mary había salido temprano con su madre para ir de compras. Si hubiesen estado presentes, Belle no se habría librado de las incesantes preguntas de su hermana y de la mirada inquisitiva de su madre. Tembló solo de pensarlo.

Después de comprobar que no se había ensuciado el vestido con el té, rompió el lacre atropelladamente, cada vez más nerviosa.

Buenos días, señorita Walls:

Espero que se encuentre bien tras el percance en el Serpentine. Me debe una partida de ajedrez y creo que ya es hora de cobrármela. Voy a dejar que usted ponga el día, el lugar y la hora. No puede decir que no soy cortés, cuando es mi honor el que está en juego.

Afectuosamente,

Lord Satherton

Tenía una letra muy bonita, pulcra y estilizada. Belle no pudo evitar sonreír. Había creído que era por decir cuando le dijo todo aquello sobre la revancha, pero, al parecer, se había equivocado. Bien mirado, parecía muy resuelto el día de la primera partida, tras perder contra ella. Sin duda, el marqués era un hombre que odiaba las derrotas. Bueno, con ella debería acostumbrarse, porque tenía la intención de ganarle de nuevo como fuese. Pero, antes, pensaba hacerse de rogar un poco. No era cuestión de aceptar a la primera de cambio.

Cogió pluma y papel y se dispuso a escribir.

Buenos días, lord Satherton:

No es que le deba una partida, es que usted no sabe perder. Sin embargo, me siento generosa y se la concederé. El día, el lugar y la hora... Tendrá que ganárselos.

Afectuosamente,

Señorita Isabelle Walls

Vaciló unos segundos, nerviosa por si se había extralimitado y parecía demasiado descarada, pero sacudió la cabeza para eliminar la inseguridad. Sin perder más tiempo, antes de que se arrepintiera y escribiese algo más anodino, envió la nota con un lacayo y la respuesta no se hizo esperar, porque volvió rápidamente con dicho lacayo. Acababa de terminar de desayunar y se disponía a irse a leer, por lo que no podían haber pasado más de veinte minutos.

Señorita Isabelle Walls:

Es cierto que no sé perder; es una de mis múltiples virtudes.

¿Y cómo exactamente debo ganármelos?

Gabriel Satherton.

La carta había perdido los formalismos, pero Isabelle sabía que lo hacía para tantear el terreno, como cuando en ajedrez el jugador que trata de dominar el tablero hace un movimiento arriesgado para observar la reacción de su contrincante. Mientras sujetaba la nota con fuerza, notó que el corazón le latía desbocado, deseando atravesar sus costillas.

Se dispuso a escribir una segunda respuesta con mano temblorosa.

Respiró hondo para controlar su pulso y no emborronar todo el papel con la tinta. Sin embargo, también se sentía osada y sorprendentemente feliz por aquel intercambio de misivas. El pobre lacayo tendría que volver a salir, hecho que no parecía gustarle mucho, porque la observaba con una expresión bastante molesta, como si deseara haber sido designado a cualquier otro cometido que no fuese ese.

Gabriel Satherton:

Lo sabrá cuando le vuelva a ver.

Belle.

Su plan era ganar algo de tiempo para que no pensase que ella estaba disponible en cuanto chasquease los dedos. Bueno, también debía admitir que siempre quería tener la última palabra. O la última carta, en este caso. Sin embargo, a la vuelta del lacayo, que huyó rápidamente por si volvían a mandarlo fuera, Belle vio que el marqués era de la misma opinión. Esa vez la nota solo contenía una frase e hizo que se sonrojara por alguna razón desconocida.

Lo espero con ansia.



No sabía cuándo volvería a ver a Gabriel, pero la respuesta se presentó al día siguiente, a la hora de la cena, y gracias a su madre. O gracias a la madre del marqués, en realidad.

Estaban los cuatro Walls reunidos alrededor de la mesa del comedor de Clayton House. Su padre, el vizconde, llevaba todo el día fuera y ahora intentaba leer un libro por debajo de la mesa sin que su esposa se diese cuenta. Evidentemente, la vizcondesa hacía como que no se percataba de nada, pero de vez en cuando le lanzaba a su marido una mirada de resignada exasperación que él ignoraba olímpicamente. Era siempre así, ambos ya tenían ese acuerdo tácito. Su padre era lector compulsivo igual que ella, pero si Belle hubiera intentado leer en la cena, Jane Clayton no habría sido tan indulgente con su poco educado comportamiento. Mary, por su parte,

parloteaba sobre lo que había hecho aquella tarde con Gwen.

La joven sonrió ante aquella escena tan cotidiana. Sin duda, las cenas en las que solo estaba la familia eran sus favoritas. Tenía que admitir que era demasiado hogareña para que no flaquease su resolución sobre no casarse. ¿Cómo iba a formar su propia familia si no se casaba? Sin embargo, no quería un matrimonio por contrato, no lo soportaría. Sus padres fueron amigos de pequeños y sentían cariño el uno por el otro, pero ella no iba a tener esa, digamos, suerte. Además, el cariño no es amor y, aunque jamás lo admitiría, ella deseaba enamorarse de alguien que le correspondiera, alguien que la adorase por cómo es y no por cómo debería ser, alguien que la escuchara y tuviese en cuenta sus opiniones, alguien que pensase en ella al despertar y al acostarse, y por quien ella sintiera lo mismo. Pero eso era tan difícil como encontrar una aguja en un pajar.

Era estúpido desear aquello, pero no podía evitarlo.

Una imagen de Gabriel llegó a su mente y sacudió la cabeza para eliminarla antes de que echase raíces. Le parecía injusto pensar en él mientras deliberaba sobre sus deseos matrimoniales. El marqués era una persona de la que podría enamorarse, estaba segura. Era inteligente, divertido, tenía un carácter a la altura del suyo y era muy atractivo; sin embargo, no podía permitirse enamorarse de él. Aunque pareciese que estaba interesado en ella, lo único que quería era medirse con un contrincante a su altura, y el ajedrez no era la excusa más romántica para cortejar a alguien. De hecho, no era una excusa en absoluto. No obstante, Belle anhelaba verlo de nuevo.

Y eso la asustaba mucho.

—Tenemos que hacer el equipaje —decía su madre en ese momento, dándole a Belle un motivo para distraerse de sus pesimistas reflexiones—. Nos vamos en pocos días a Lily Manor.

La joven abrió mucho los ojos, sorprendida al escuchar el nombre de la propiedad de los Daventry en Bedfordshire. ¿Iban a ir la casa de campo de la familia Daventry? ¿Por qué? Miró a Mary, que no parecía nada sorprendida. Sonreía de una forma que, por alguna razón, no le gustó nada.

—*Lady Satherton* ha cambiado la ubicación de su baile anual a su casa de campo —explicó su madre. Le brillaban los ojos con entusiasmo y aquello era realmente extraño. La vizcondesa nunca había sido amiga de los bailes—.

Y estamos invitados.

—Algo he oído —intervino el vizconde, dejando el libro a un lado, otro extraño suceso—. *Lady Olivia Satherton* siempre ha celebrado su multitudinario baile en Satherton House y el cambio supone todo un acontecimiento.

—Exacto, Percy. La gente no deja de hablar de ello —respondió la vizcondesa, sonriéndole a su marido—. Ya estoy viendo la columna de «The Golden Swan».

Sin duda, la columnista estaría carcajeándose en donde quiera que estuviese en ese momento. Tanta gente reunida durante varios días en un mismo sitio siempre da pie a algún que otro cotilleo. Si el Cisne Dorado estaba invitado, se lo iba a pasar francamente bien.

—Asistirá medio Londres —intervino Mary asintiendo con la cabeza para dar su aprobación. Sin duda, debía de haberse enterado de todo por Gwen—. Tengo muchas ganas de conocer Lily Manor.

La propiedad campestre de los Daventry era conocida por su gran belleza, pero, sobre todo, por la majestuosidad de sus jardines. Todo el mundo deseaba que lo invitaran alguna vez en la vida.

Belle suspiró. Parecía ser la única que no se enteraba de nada en aquella familia, aunque no es que estuviese atenta a lo que pasaba a su alrededor. La mayor parte del tiempo estaba en otro mundo. En algunas ocasiones, como aquella, deseaba ser algo más entusiasta y extravertida, al igual que Mary.

Reflexionó sobre las implicaciones de las nuevas noticias. *Lady Satherton* jamás había cambiado su baile en la ciudad por una estancia de varios días en el campo, y tendría que haber trabajado mucho para organizar las habitaciones de los huéspedes en tan poco tiempo. Le parecía muy extraño, porque todo indicaba que había sido una decisión repentina y, por lo que parecía, su madre y su hermana sabían a qué se debía aquel cambio de planes. Rezó para que sus ilógicas sospechas fuesen infundadas y aquello no tuviese que ver con ella.

Su mente voló de nuevo hacia Gabriel. Al final iba a verlo antes de lo que ella pensaba y durante varios días seguidos. Intentó no pensar demasiado en la emoción que amenazaba con embargarla. De repente, se le ocurrió algo y se le paró el corazón. ¿No habría sido capaz de...? No, no podía ser. Solo

era un cambio de ubicación, por el amor de Dios. Debía dejar de ser tan paranoica.

Sonrió a su familia como si no pasase nada; todos parecían estar esperando a que dijese algo.

—A Lily Manor, pues —dijo y su hermana aplaudió encantada.

Su madre comenzó a hablar de los preparativos para el viaje, pero ella ya no escuchaba. Miró a su padre, que la observaba con curiosidad. Si alguien era capaz de leer en ella con facilidad, ese era él. Se asustó al comprender que el vizconde podía ver lo que escondía con tanto ahínco, pero le sostuvo la mirada con firmeza. Entonces, sin previo aviso, su padre le guiñó un ojo y Belle sonrió.

Su secreto estaba a salvo.



El club estaba a rebosar y los tres hermanos Daventry ocupaban su salón habitual. Estaban solos y Gabriel estaba esperando a que alguno de los dos le preguntase lo que les rondaba por la cabeza desde hacía días. Podía entender que Michael callase, pero no se explicaba tal alarde de contención por parte de Simon.

El susodicho se retrepó en el sillón, incómodo, antes de darle un trago a su copa.

Ah, ya empezaba.

—¿Se puede saber por qué le has dicho a madre que trasladase el baile a Lily Manor? —Simon lo miraba como si el que estaba delante de él no fuese su hermano mayor.

Entendía su confusión. Los tres siempre se habían enorgullecido de lograr huir de las reuniones sociales a las que su madre quería arrastrarlos. Siempre habían evitado la mayor parte de los bailes en los que debían encontrar esposa y los cambiaban por otras actividades más placenteras para ellos, y cuando Simon se marchó de viaje un año, Michael y él continuaron con la misma rutina de escape y fuga. Así que, para sus hermanos, cambiar el baile a una estancia de varios días era como encerrarlos en una ratonera, porque, evidentemente, su madre los quería allí a los tres, aunque fuese

atados a las vigas del techo.

Sinceramente, no sabía qué se había apoderado de él en ese momento para proponerle a su madre que valía la pena abrir antes de tiempo las cortinas de Lily Manor. Al principio, la mujer lo había mirado como si de repente le hubiese salido otra cabeza, pero al final había claudicado, probablemente viendo la ventaja de tener a sus cinco hijos bajo el mismo techo durante varios días, compartiendo el mismo espacio con caballeros y damas solteras. Gabriel sabía que no la había engañado diciéndole que tenía ganas de volver allí, donde había pasado parte de la infancia, puesto que podía ir cuando quisiera sin tener que montar aquella reunión social, pero ella no había insistido en averiguar sus razones. Tampoco él las tenía muy claras, a decir verdad.

Más tarde, reflexionando, se dio cuenta de que era por Isabelle. El marqués siempre se había enorgullecido de ser alguien muy paciente, hasta que conoció a aquella joven impetuosa. Ella le había dicho que le daría las señas de su próxima partida cuando volvieran a verse, y Gabriel simplemente no podía dejar que el destino decidiese el encuentro, así que pensó en amañar un poco las circunstancias y conseguir volver a verla en su territorio y bajo sus condiciones. Así, la joven no tendría más remedio que volver a jugar contra él.

Y esta vez se aseguraría de que estuviesen a solas.

No quería pararse a analizar el hecho de que deseaba volver a verla con demasiado ímpetu. Por Dios santo, ¡acababa de conocerla! Se habían visto tres veces, una de ellas con demasiada agua de por medio. ¿Qué era aquello que lo empujaba a estar cerca de Isabelle Walls de nuevo? Intentó convencerse de que solamente quería jugar al ajedrez con alguien a su altura, pero la realidad era otra y Gabriel era demasiado práctico como para engañarse a sí mismo. Ya lo había sentido durante la partida de ajedrez, pero ahora la determinación se había apoderado de él.

La deseaba y tenía que ponerle remedio a aquello.

Su intención no era comprometerla, por supuesto, pero sí había tomado una decisión: la cortejaría. Tenía que casarse, como se esperaba de él, y la señorita Walls era la única dama que había despertado su interés, así que ella era la elegida para ser la nueva marquesa. Si ella aceptaba, claro. No estaba

seguro de si Isabelle sentía el mismo interés por él o solo trataba de ser amable. Las notas que habían intercambiado parecían decirle que ella estaba por la labor de volver a verlo, pero no pudo dejar de preguntarse si solo estaba dándole largas porque no quería jugar con él.

No era momento de darle vueltas. Lo mejor era preguntárselo a ella directamente, ya se las ingeniaría para ello.

—Como ya le dije a madre —le respondió al fin a su hermano—, me apetecía volver a la casa de campo.

Michael bufó y dijo claramente que no creía una sola palabra. Las cejas arqueadas de Simon le mostraron que él era de la misma opinión. Malditos hermanos que lo conocían demasiado bien.

—Supongamos que me lo creo —siguió diciendo el pequeño con claro sarcasmo—, ¿tenías que arrastrarnos a nosotros a la tortura?

Gabriel sonrió, los ojos le brillaban con la calma que precede a la tormenta.

—No puedo ser el único que sufra.

Ambos hermanos lo fulminaron con la mirada y estaba seguro de que si Sophie estuviese allí, también lo atravesaría con los ojos brillantes por el enfado. Ella también era una perjudicada, pero se libraría de sus miradas furiosas durante dos días. Su madre y las dos hermanas Daventry se habían adelantado a Bedfordshire para adecantar el lugar y organizarlo todo; ellos se irían al día siguiente, para llegar antes de que los primeros invitados comenzasen a aparecer. Gabriel quería estar allí para recibirla cuando Belle llegase.

—Nos las pagarás —dijo Simon.

—Sin duda —intervino Mike, apoyando a su hermano pequeño en total conspiración.

Tampoco podía culparlos por querer pedir su cabeza; él lo haría si estuviese en su lugar. Mike aprovechó ese momento para estornudar a causa de los últimos vestigios del catarro que lo había asaltado los últimos días. Recordó la escena de Hyde Park y a Isabelle empapada de pies a cabeza, con la ropa pegada a sus deliciosas curvas.

Era hora de dejar de recordar.

—Más vale que conquistes a esa dama o habremos pasado el maldito

infierno para nada.

Las palabras de Simon lo dejaron momentáneamente congelado, tanto que se le olvidó que estaba pensando en Isabelle. ¿Cómo demonios lo había averiguado? ¿Habría dicho algo en voz alta sin darse cuenta, como un auténtico idiota? Intentó mantener una expresión neutral, pero ya era demasiado tarde para eso. Se había condenado a sí mismo al quedarse rígido como una tabla. Mike y Simon lo miraban de hito en hito.

—Así que... —dijo el mediano.

—Es por eso —acabó el pequeño.

Dios Santo, se completaban las frases. Qué pesadilla.

Gabriel cerró los ojos un momento al verse acorralado. Tampoco quería que sus hermanos se enterasen de que iba detrás de una mujer como si fuese un perro, pero ya no había nada que hacer. El marqués fulminó a Simon con la mirada.

—¿Cómo lo has sabido?

El aludido esbozó una sonrisa ladina.

—No tenía ni idea, solo he probado para ver si acertaba. —Parecía muy satisfecho consigo mismo mientras chocaba el puño con Mike.

Gabriel gimió. Lo había descubierto con el truco más viejo del mundo, lo había confesado todo de la forma más absurda posible. Últimamente le tomaban el pelo con mucha facilidad y era de lo más vergonzoso. Observó con atención a sus dos compañeros de mesa, que parecían de mejor humor.

Dios lo librase de los hermanos pequeños.

Capítulo 6

La estancia en el campo que han preparado los Daventry se ha convertido en uno de los acontecimientos más esperados de la temporada. Cambiar el baile anual en Satherton House por, según se dice, la maravillosa Lily Manor ha suscitado mucho interés entre la aristocracia. ¿Será una nueva estrategia de *lady* Olivia Satherton para casar a sus hijos? No me extrañaría lo más mínimo.

Aunque no estoy invitada, no dejaré de darles algún consejo: cuidado con lo que hacen. No olviden que cuando tanta gente se reúne en un mismo sitio durante varios días, acaba sucediendo algún que otro escándalo que llega a los oídos de todo Londres. Y, queridos lectores, saben que yo seré la primera en saberlo.

**De la columna «The Golden Swan».
16 de mayo de 1854**

Era mediodía cuando llegaron a Lily Manor. Belle observó con curiosidad la enorme casa que constituía la residencia campestre de la familia Daventry en Bedfordshire. La inmensa fachada era blanca, con amplios ventanales que iluminaban cada uno de los tres pisos. Se dividía en dos alas, como la mayoría de las casas de ese tipo, pero no se fijó mucho en la arquitectura. Lo más hermoso de todo, lo que llamaba verdaderamente la atención por encima del edificio, eran los jardines que rodeaban la propiedad. Extensos, llenos de flores de colores y fuertes árboles, Belle los encontró absolutamente preciosos. Sin duda, era la mejor época del año para visitar Lily Manor, pues la flora se mostraba en todo su esplendor. Se enamoró de inmediato de aquella casa tan bonita e imponente, todo al mismo tiempo.

Aunque no era muy propensa a pasar tiempo al aire libre, aquellos jardines atraían la atención de cualquiera, incluso de ella.

—¡Es preciosa! —Mary ya se había bajado del coche para observar de cerca todo lo que la rodeaba. Ni siquiera se había esperado a que su padre la ayudara a bajar del vehículo; estaba demasiado emocionada para eso—. Tal y como Gwen me la describió.

Sacudiendo la cabeza, divertida ante la falta de decoro de su hermana, Belle salió del coche tras su madre, apoyándose en el brazo del vizconde, quien también miraba la casa con visible aprobación.

Después de que el servicio se hiciese cargo de su equipaje, los cuatro entraron rápidamente en el vestíbulo de la casa, donde las doncellas se llevaron sus sombreros y guantes. *Lady* Olivia Satherton también estaba esperándolos para recibirlos con una amplia sonrisa. Esa mujer era pura vitalidad y alegría, solo verla levantaba el ánimo.

—¡Bienvenidos! —exclamó saludándolos con efusividad. Sonrió con especial cariño a Belle y Mary, que le correspondieron de la misma forma—. Sentíos como en casa.

—Gracias por invitarnos, *milady*. —El vizconde hizo una reverencia para acompañar sus palabras y las mujeres hicieron lo mismo. La marquesa hizo un ademán con la mano para restarle importancia.

—No me lo agradezcan, es un placer —respondió. Parecía realmente contenta por tener la casa llena hasta los topes durante cinco días. Belle supuso que le encantaba organizar reuniones de ese tipo siempre que podía—. Espero que disfruten de su estancia en Lily Manor.

Tras los intercambios de palabras corteses, *lady* Satherton siguió encargándose de recibir a sus invitados, que no dejaban de llegar en tromba, mientras conducían la familia Walls a los dormitorios asignados para ellos. Mary y Belle compartían una habitación cercana a la de sus padres, y ambas hermanas se sentaron para descansar un poco después del largo viaje. Isabelle odiaba ir en carruaje y más si era durante tanto tiempo. Acababa con tentadores deseos de lanzarse por la ventana y acabar con aquel traqueteo infernal.

Cuando se hubo repuesto un poco, miró a su alrededor con curiosidad. La estancia era amplia y luminosa, con muebles claros y cortinas verdes. Era muy acogedora y supo que *lady* Satherton se había esmerado para que sus invitados se sintiesen a gusto.

—¡Quiero explorar el jardín! —exclamó de repente Mary, sobresaltándola. Parecía imposible que siguiera teniendo tanta energía, pero era inagotable—. ¡Vamos!

Se había levantado de la cama con rapidez y ya estaba poniéndose el

sombrero, anudándose las cintas con esmero. Belle estaba muy cansada y no tenía ningunas ganas de salir a caminar bajo el implacable sol que había salido a saludar aquel día.

—Hay mucho tiempo para eso —dijo cerrando los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, Mary la miraba haciendo un mohín.

—Aguafiestas.

Belle sonrió.

—Es uno de mis encantos. —Su hermana puso los ojos en blanco y ella rio—. Díselo a madre, seguro que te acompaña.

A la vizcondesa le encantaba pasar el tiempo al aire libre. El campo era uno de sus lugares favoritos y Mary lo había heredado de ella. A Belle no le extrañaría que un día dijese que se marchaba de Clayton House y se iba a vivir al campo para siempre. Seguramente lo hiciese cuando las casase a las dos, para lo que seguía muy decidida. Su padre, en cambio, era igual que ella y prefería mantenerse cerca de la sombra.

Cuando Mary se marchó en busca de alguien que la acompañase al jardín, Belle cerró de nuevo los ojos, decidida a descansar un rato. Sin embargo, aunque el silencio era casi sepulcral, interrumpido de vez en cuando por pasos que pasaban cerca de su puerta —más invitados o el personal del servicio, sin duda—, la joven se encontró abriendo los ojos como platos, desvelada.

Sin posibilidad alguna de dormir, Belle suspiró resignada y se levantó dispuesta a hacer algo para matar el tiempo. No le apetecía ir a buscar a Mary, así que se puso en marcha para averiguar la ubicación de la biblioteca de Lily Manor y hacerse con un amigo de papel para pasar el rato.

No tardó mucho en hallar el lugar y se alegró de no encontrarse con nadie por el camino. Mucha gente estaría descansando en sus habitaciones o paseando por el jardín como Mary. Así que, por suerte, la biblioteca estaba desierta y Belle lo agradeció. Ella no era tan extravertida como su hermana pequeña y prefería la soledad a las multitudes. Pensó en Gabriel, tal y como había hecho demasiado a menudo durante los últimos días, y se encontró sintiéndose decepcionada por no haberlo visto todavía. Quizá no había llegado aún. Tampoco es que él estuviese esperándola ni nada, era normal que no se hubiesen encontrado durante el poco tiempo que llevaba en la casa.

Sin embargo, no pudo evitar una punzada de desilusión.

La belleza de la biblioteca la distrajo y miró a su alrededor con admiración. Era mucho más grande que la de Satherton House y tenía muchísimos más libros, colocados en estanterías que llegaban hasta el techo. De hecho, era muy parecida en tamaño a la que tenían en Clayton House. Eso le gustó, la hacía sentirse mucho más cómoda.

En una de las mesas había un tablero de ajedrez, y sonrió recordando la partida con Gabriel. Le daría la revancha para vencerlo de nuevo, aunque ni siquiera había pensado en el lugar ni en la hora. Era complicado que una mujer y un hombre solteros se reuniesen muy a menudo si apenas se conocían. La gente pensaría que era un cortejo y Belle no creía en absoluto que Gabriel tuviese aquella intención. Se ruborizó al recordar esos grandes ojos grises, siempre tan fijos en ella. Dios, qué estúpida era. Al final *The Golden Swan* iba a tener razón.

Estuvo un buen rato deambulando por las diferentes estanterías, pero por fin escogió un libro que parecía muy interesante y, con su nuevo compañero en la mano, enseguida se arrellanó en uno de los numerosos y cómodos sillones repartidos por la sala. Abrió el grueso volumen y se dispuso a adentrarse en una nueva historia.

No supo cuánto tiempo estuvo sumergida en la lectura, si fueron horas o minutos, pero, de repente, una voz la sacó de golpe a la superficie de la realidad.

Una voz que conocía muy bien.

—Interesante postura, ¿no cree?

Belle se fijó en que había acabado, sin darse cuenta, con las piernas sobre el respaldo del sillón, postura que le encantaba adoptar en su casa y que su madre censuraba tanto. Se encontraba tan absorta leyendo que ni siquiera se había dado cuenta del cambio de postura, como si fuese algo innato en ella. Con las orejas ardiéndole por la vergüenza, la joven se levantó lo más rápido que pudo para encararse al recién llegado.

Gabriel Satherton.



Al final se había perdido su llegada. Después de tantos esfuerzos por estar allí para recibirla, había llegado tarde a su cita no organizada. Y todo porque sus hermanos y hermanas habían decidido que querían ir de excursión a la laguna que se encontraba cerca de Lily Manor y pasar la mañana en familia. No podía negarse así como así, sobre todo porque no tenía una razón confesable para quedarse en casa. Además, eran sus hermanos y no quería desairarlos. Bastante con que no lo habían matado por mandarlos al matadero que era esa reunión social.

Así que Gabriel se había marchado con los demás a la laguna y, al volver para ayudar a su madre a recibir a los invitados, se había enterado que ella había llegado antes de lo esperado. Cuando su madre los informó a su vuelta de que la familia Walls ya estaba instalada en sus habitaciones, el marqués trató de no mostrar ni un ápice de interés ante la noticia. No era conveniente que su familia supiese que Isabelle era la dama en la que pensaba; no obstante, en cuanto pudo escaparse para ir a buscarla, podría jurar que había sentido en la espalda la sonrisa satisfecha de su madre a la que, estaba seguro, no había engañado en ningún momento.

Era solo una intuición, pero sabía exactamente dónde estaría ella. Comenzaba a ser una costumbre para ambos encontrarse en las bibliotecas, y lo inundó la satisfacción cuando comprobó que había acertado de pleno. Como supuso, Isabelle ya se había adueñado del lugar, aunque el marqués no imaginó en ningún momento la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Al verla estirada en el sillón de una forma tan poco propia para una dama, tuvo que tragar saliva, pues se le había secado la boca. La falda del vestido se había subido lo suficiente como para mostrar parte de sus piernas, enfundadas en finas enaguas. Gabriel tuvo que esforzarse para contener los impulsos que lo llevaban a querer subir todavía más la tela. Dios santo, estaba comportándose como un adolescente incapaz de controlarse.

No pudo evitar hacerla sabedora de su presencia. Estaba tan sumida en la lectura, adorablemente concentrada, que ni siquiera se había dado cuenta de que él estaba allí. Un caballero se habría ido sin decir nada, dejándola tranquila, para que ella nunca supiese que la había visto de aquella manera. Pero Gabriel estaba dándose cuenta de que con la señorita Walls los modales se iban al diablo. ¿Cómo perder la oportunidad de ruborizarla? Era imposible.

—Interesante postura, ¿no cree?

Y cuando lo consiguió, cuando las mejillas de la joven se encendieron de forma notable, tuvo que esbozar una amplia sonrisa de triunfo por haber alcanzado su propósito.

—¿Qué hace aquí? —La pregunta acusatoria resonó en la amplia estancia. Isabelle se había sentado de nuevo convenientemente, privándolo de la hermosa imagen anterior que, estaba seguro, quedaría grabada en su memoria por mucho tiempo—. Parece que le encanta espiarme, ¿no?

Gabriel arqueó las cejas, burlón.

—En esta ocasión estamos en mi casa, así que tengo todo el derecho a estar aquí, ¿no le parece?

Se quedó en silencio, repentinamente abatida por su argumento. Sin embargo, pronto volvió a la carga, tal y como él esperaba que hiciese.

—Pero eso no significa que tenga que estar mirándome en silencio durante Dios sabe cuánto tiempo —respondió acalorada. Todavía tenía las mejillas rojas por la vergüenza de haber sido encontrada en tan poco apropiada situación—. Un caballero se iría sin decir nada.

Dios, siempre tenía que tener la última palabra. Pero él no era distinto en eso, también le gustaba ser el que cerrara la conversación. Le gustaba ser el que pusiera punto final.

—Y una dama no debería sentarse así en casas ajenas.

Lo dijo sonriendo, pero ella se ruborizó aún más si cabe. Al ver que no había réplica y ambos lo sabían, Gabriel ensanchó la sonrisa. Él ganaba por esa vez. Isabelle lo fulminó con la mirada, dándole a entender que no se recreara mucho en su pequeña victoria. Todo su ser expresaba desafío.

De todas formas, el marqués todavía no había acabado con lo que había venido a hacer. Se acercó a ella despacio, con estudiados movimientos, alegrándose de que no hubiese nadie más en la estancia, y admiró ver cómo Isabelle cuadraba los hombros y no retrocedía ni un ápice su posición. Sin embargo, también pudo observar cómo tragaba saliva visiblemente ante su proximidad, y Gabriel mantuvo fija la mirada en aquel elegante cuello más tiempo del admitido, satisfecho por la reacción que provocaba en ella. Cuando volvió en sí, la miró a los ojos con intensidad. Estaban tan cerca que pudo fijarse por primera vez en las motas doradas que decoraban sus iris

castaños. Le encantó descubrirlas, como un explorador que ha encontrado un tesoro.

—Creo que me debe algo —dijo Gabriel en voz baja, casi susurrando.

Ella lo miró, frunciendo levemente el ceño mientras pensaba una respuesta que darle. El marqués supo lo que estaba cavilando, que se le había pasado por la cabeza hacerse la tonta, pero también supo que no iba a hacerlo. Sería un insulto a la inteligencia de ambos.

—Dijo que yo elegiría el lugar —respondió finalmente, en el mismo tono que él, aunque a las claras, tratando de ganar tiempo. El nerviosismo hizo mella en la joven y él se acercó aún más, dejando apenas espacio entre sus cuerpos. Si alguien entraba en ese momento en la biblioteca, sería la ruina de los dos, sobre todo de Isabelle, pero Gabriel había perdido la capacidad de pensar con la cabeza.

Al parecer, ella también.

—Y usted dijo que lo haría cuando volviésemos a vernos, y no parece que lo tenga muy claro —replicó mirándola desde arriba. Señaló la estancia con la mano y ella siguió el movimiento con la mirada—. ¿Y qué tiene de malo este?

Estaba jugando con fuego al presionarla tanto, lo sabía, pero no podía parar. Isabelle levantó hacia él la vista, que hasta hacía un momento había mantenido fija en el nudo de su corbata. Lo atravesó con la mirada; parecía resuelta y algo enfadada.

—Lo ha hecho a propósito.

Gabriel parpadeó, momentáneamente confuso.

—Creo que no sé de qué me habla.

—Traerme aquí, de eso hablo —retrocedió un paso, exasperada, pero sus piernas toparon con el sillón y perdió el equilibrio. En un acto reflejo, Gabriel la cogió del brazo y la atrajo hacia él para que no cayese hacia atrás sobre el asiento. La sujetó por la cintura para afianzarla, el cuerpo de él en contacto con el de ella—. Ha hecho trampa.

Lo último lo dijo con apenas un hilo de voz, ya que parecía demasiado afectada por el hecho de estar entre sus brazos. Desde luego, Gabriel se sentía así, porque no había esperado llegar a aquello, a tenerla tan a su merced. Solo tendría que bajar la cabeza apenas unos centímetros y la besaría, averiguaría

por fin el sabor de sus labios. Inconscientemente, se acercó hasta que sus respiraciones se entremezclaron, pero, en lugar de unir la boca a la de Isabelle, se contuvo y la acercó a la oreja de la joven. Sintió que el cuerpo femenino se estremecía ante aquel leve pero íntimo contacto y casi perdió la escasa fuerza de voluntad que le quedaba para no tumbarla sobre la mesa y hacerle cosas que ella no podía ni imaginar.

—Repito que no sé de qué me habla —le dijo en un susurro, impidiéndose por poco sujetar el carnosos lóbulo con los dientes—. Pero dado que no quiere cumplir con lo pactado, tendré que hacerlo yo por usted.

Gabriel sabía que era una vil encerrona por su parte y estaba seguro de que ella discutiría su posición. Sin embargo, solo oyó su irregular respiración entrecortada y habría jurado que podía escuchar el rápido latido del corazón de la joven golpeando contra las costillas. Aunque no quería propasarse con Isabelle, tampoco era un santo, y su deseo de estar a solas con ella seguía rugiendo en su interior, enfebrecido por el hecho de tenerla tan cerca y la tentación de poder saborear su piel. Pero estar de ese modo en pleno día era demasiado peligroso para la reputación de la dama y él no quería casarse con ella porque los obligara la moral aristocrática. Y tampoco quería ponerla en esa posición.

Aunque eso no significaba que no quisiera amañar un poco más las circunstancias. Era hora de lanzar el guante.

—La espero aquí esta noche, a la una, cuando todos duerman. Si no aparece, asumiré que es una cobarde.

La dejó libre y se marchó de allí antes de terminar con la poca cordura que le quedaba.

Capítulo 7

Otro consejo, queridas lectoras: jamás se dejen engatusar por un hombre para pasar tiempo a solas con él lejos de ojos indiscretos. Sobre todo si el susodicho no es de vuestro interés para casaros con él. No sé qué dirán ustedes, pero estoy segura de que el hombre nunca tiene intenciones honorables al hacer una petición de ese calibre.

**De la columna «The Golden Swan».
16 de mayo de 1854**

No debería ir.

Lo sabía de sobra.

No debería siquiera planteárselo.

Era un error se mirase por donde se mirase. Sin embargo, del mismo modo que sabía que lo correcto era quedarse durmiendo toda la noche en su habitación, también estaba segura de que terminaría bajando a su encuentro.

Se había pasado el resto del día pensando en la conversación con Gabriel, avergonzada del modo en el que la había doblegado, sin apenas esfuerzo. Durante la tarde se había escondido en su habitación a leer, algo que no le había extrañado a nadie, y durante la cena se había sentido tentada de excusarse alegando dolor de cabeza. Pero eso le daría la razón al marqués y Belle no estaba dispuesta a permitir que la llamase cobarde. Isabelle Walls no huía de los desafíos. Gabriel había lanzado el guante y era hora de recogerlo. Él no había vuelto a dirigirle la palabra en todo el día, pero cada vez que lo miraba, Belle notaba sus ojos grises pendientes de cada uno de sus movimientos, evaluándola sin cesar.

Y precisamente por todo eso estaba convencida de que acabaría acudiendo a la cita, aunque la emocionase y aterrara a partes iguales. Esta vez era él quien la había desafiado, lleno de determinación. No estaba dispuesto a esperar más y, aunque había sido un juego rastrero manipularla de aquel modo, probablemente ella habría hecho lo mismo. Gabriel quería vengarse por la derrota al ajedrez y Belle no podía dejar de motivarse ante su espíritu de lucha. Pero también se asustaba al recordar cómo se había sentido al

tenerlo tan cerca, cómo le habían flaqueado las piernas ante su proximidad, cómo había deseado que la besara con la absoluta certeza de que, si lo hubiera hecho, ella no se habría resistido.

Se sentía demasiado vulnerable en su presencia y eso no le gustaba nada.

Tendría que mantener las distancias y evitar que se acercase tanto a ella de nuevo. Era un mal plan, pero el único que tenía. No había otra, porque iba a plantar batalla y dar la cara.

Nunca dejaría que él pensase que era una cobarde.

Así que, cuando tuvo la seguridad de que su hermana dormía y el resto de los invitados ya se habían retirado a sus habitaciones, Belle se puso la bata y salió. No era su intención desvestirse para dormir, pero Mary habría sospechado si no lo hubiera hecho, y debía disimular sus intenciones. Sin tantas capas de ropa se sentía expuesta, pero ya no había remedio. No podía arriesgarse a que su hermana despertarse si se vestía sola, sin ayuda de nadie. Además, si se encontraba a alguien indeseable por el pasillo, un invitado o algún sirviente, podría alegar que había ido a buscar un vaso de agua o que no podía dormir y quería tomar el aire. El camisón y la bata lo harían todo mucho más creíble.

Por suerte, no encontró a nadie de camino a la biblioteca y, cuando llegó a la doble puerta cerrada, respiró hondo unas cuantas veces para serenarse antes de abrir. No podía permitir que él notase sus nervios. Era una regla básica del ajedrez: no mostrarle a tu contrincante cuáles son tus debilidades para que no pueda usarlas contra ti.

La biblioteca parecía distinta de noche. La luna llena, que por suerte ayudaba con la iluminación, bañaba cada rincón con su luz plateada, ahuyentando las sombras. Aunque eso no era todo, ya que Gabriel se había encargado de alumbrar la sala. Había colocado la mesa junto al alféizar de uno de los ventanales, el más alejado de los libros, para que las velas colocadas cerca del tablero de ajedrez no supusieran un peligro para todo ese papel reunido.

Él estaba de espaldas a la puerta, mirando por la ventana, tal y como sucedió aquella primera vez en Satherton House. Cuando se giró hacia ella, sus ojos grises brillaron con algo parecido a la sorpresa, Belle pudo percibirlo incluso con la luz tenue. La joven se preguntó si él esperaba que no

apareciese y eso la enfureció.

—Aquí estoy —dijo levantando la barbilla, orgullosa.

Él sonrió imperceptiblemente.

—No lo había dudado ni por un segundo.

Belle no estaba segura de creerlo, pero no dijo nada. Se acercó a él, pero en el último momento se desvió hacia el lado contrario de la mesa y tomó asiento. Los trebejos ya estaban colocados en su sitio, y Belle se dio cuenta de que le había dado las negras otra vez. Levantó la vista, él estaba mirándola.

—No volveré a cometer el error de intentar darte ventaja, Isabelle —dijo como si le leyese el pensamiento. La forma en la que pronunció su nombre hizo que se ruborizara.

Belle sonrió. Con ese gesto, Gabriel le hacía entender que la consideraba como un contrincante a su altura, alguien a quien valía la pena derrotar. Bien, ella no se lo pondría fácil. Llena de fuerza, sonrió.

—Juega.



Sabía que se presentaría, lo había visto en sus ojos aquella mañana. Si se hubiese equivocado, la decepción habría sido demasiado fuerte, pero ahí estaba, dispuesta a que él mordiese el polvo. La satisfacción lo inundó en cuanto oyó que se abría la puerta de la biblioteca. Llevaba allí una hora, preparándolo todo, y empezaba a impacientarse. Sin embargo, estaba comenzando a ver las desventajas de haberla citado de noche.

Iba en camisón.

Tenía gracia que no hubiese pensado en ello, dado lo mucho que soñaba con ella últimamente. Claro que, en sus fantasías, Isabelle no llevaba más prenda que su sonrisa. Por suerte, la bata era lo suficientemente recatada como para que él no alcanzase a ver nada que no debiese, pues su concentración se habría ido al traste. Aunque sí podía imaginar, y hacerlo era toda una tortura; eso tampoco era nada bueno para su concentración.

Aun así, lo que más le había llamado la atención era el pelo.

Se lo había soltado y caía en una ondulante cascada hasta la mitad de la espalda. Aquella marea dorada, brillante a la luz de las velas, estaba pidiendo

a gritos que la acariciaran, y a él le gustaría ser el realizador de aquella noble misión, enterrar los dedos entre los sedosos mechones. Sacudió la cabeza.

No podía distraerse, tenía que ganar una partida.

—Hagamos un trato.



Levantó la cabeza del tablero cuando lo oyó hablar. La partida estaba ya bastante avanzada, y ambos contendientes habían barrido del mapa varias piezas contrarias. La joven había notado que Gabriel estaba distinto a la última vez, mucho más concentrado y ofensivo, pero sin olvidar la defensa de su rey. Tras un rato alternando movimientos en silencio, las piezas blancas y su cuerpo hablaron por él: estaba totalmente decidido a ganar y nadie iba a quitarle esa idea de la cabeza. Parecía como si Gabriel estuviera jugándose algo de gran valor.

Por eso se sorprendió al oírlo hablar después de tanto tiempo en silencio. Hasta ella había olvidado sus nervios por estar a solas con él en favor de la partida que se estaba disputando frente a ella.

—¿Un trato? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Quieres decir como una apuesta?

Él la miró con seriedad y Belle supo que lo que iba a escuchar lo cambiaría todo. No sabía por qué, pero lo sentía en su interior sin ningún asomo de duda. Contuvo la respiración, esperando.

—Si yo gano esta partida... —comenzó moviendo su alfil dos casillas a la derecha— me concederás tiempo.

Espera, ¿qué?

—¿Tiempo? —Parecía un loro repitiéndolo todo. Miró el tablero. Era su turno, pero no podía pensar su próximo movimiento—. ¿Qué quieres decir?

Concéntrate, Walls.

—Tiempo, para que lo pases conmigo —se explicó el marqués.

Belle se quedó momentáneamente en suspenso con el caballo de la reina en la mano, asimilando lo que quería decir Gabriel con aquello. La figurita le devolvió la mirada y pronto la luz se hizo en su cabeza. La joven sintió una angustiante opresión en el pecho, pero no estaba segura del todo a qué se

debía.

—¿Me estás cortejando?

Él vaciló un segundo, la joven lo percibió con claridad, antes de asentir.

—¿Por qué?

Gabriel abrió los ojos con cierta sorpresa, como si esa pregunta hubiese sido la última que hubiera esperado que saliera de sus labios.

—¿Cómo que por qué? —preguntó con asombro.

—Sí, ¿por qué quieres cortejarme?

Era muy importante para ella escuchar esa respuesta, necesitaba saberlo. Gabriel parecía estar pensándose mucho qué decir a continuación y aquello nunca era buena señal.

—Tengo que casarme para perpetuar el título, es mi obligación —dijo al fin, después de respirar hondo—. Y tú eres la única mujer que ha logrado despertar mi interés.

Había sido brutalmente sincero, pero ella lo prefería así. No tenía ánimos para medias tintas. Sin embargo, oír aquellas palabras había sido como si le clavasen una daga en el estómago: un dolor agudo y sangrante. Al menos, ella creía que debía de ser así.

Para él no era más que una obligación.

¿Qué esperaba? ¿Flores? ¿Una declaración de amor cuando se habían visto apenas cuatro veces? Eso era lo que tenía, una oferta para un matrimonio de conveniencia. Como si fuese una transacción. Él necesitaba una esposa porque estaba obligado a dar un heredero al marquesado. Esa era la palabra clave.

Obligación.

No, no lo haría. Se había negado toda la vida a ello y no cambiaría de opinión ahora. Aunque Gabriel fuese un buen esposo para ella, solo sería un trato, igual que lo que sus padres tenían o incluso peor. Sonaba tan frío y cruel que cada poro de su piel gritó en contra de ello.

Tendría que buscarse a otra.

—Lo siento, pero debo pedirte que no lo hagas —la sonrisa le salió forzada, seguramente solo pudo hacer una mueca—. No quiero que me cortejes.

Si antes parecía sorprendido, ahora parecía entre asombrado,

desilusionado e, incluso, abatido. Se apresuró a explicarse hasta donde podía, para que no pensara que era cosa de él concretamente. Quizá el marqués la entendería si le contaba sus razones, puesto que él y sus hermanos eran fruto de un matrimonio por amor, pero no quería abrirse tanto. Ya se sentía demasiado vulnerable.

—Esto es algo que no le he contado a nadie, pero no tengo intención de casarme —antes de que Gabriel pudiese abrir la boca, ella lo cortó—. No es por ti. Es lo único que debes saber.

Él guardó silencio y Belle le mantuvo la mirada con mucha fuerza de voluntad. Solo quería esconderse hasta hacerse pequeña y desaparecer. Dio gracias a Dios porque no se había sonrojado. Pensó que, ahora que lo había rechazado, él la dejaría tranquila y aquello le produjo una punzada de tristeza.

—Pero el trato puede seguir en pie, si quieres —dijo antes de ser consciente de que estaba hablando—. Con la condición de que el tiempo sea para pasarlo como amigos.

El brillo volvió a los ojos de Gabriel y la punzada que Belle sentía en el pecho desapareció. Sabía que era mala idea, que pasar más tiempo con él sería contraproducente, pero no podía evitarlo. Era una compañía estimulante y divertida, no quería perderlo porque ella no quisiese lo mismo que él. Era sincera cuando decía que podían ser amigos. Esperaba que para él fuese suficiente.

—No sé por qué, no me sorprende que nada haya salido como imaginaba —dijo más para sí que para ella—. Siempre acabas haciendo algo que no espero.

Belle sonrió, sintiendo que la tensión que los envolvía como un manto se disipaba poco a poco.

—Me alegra oírlo.

Gabriel le devolvió la sonrisa.

—Entonces ¿quieres que sigamos con la apuesta?

—Claro, así es más divertido —respondió ella encogiéndose de hombros. Por fin, más tranquila, pudo hacer su movimiento.

El marqués sacudió la cabeza, como si no creyese lo que estaba oyendo, pero antes de que Belle pudiese preguntarle a qué venía esa reacción, él volvió a hablar.

—Sea, pues.

Entonces, los dos se pusieron a detallar los términos del trato. Cada trebejo del tablero valía cierto número de minutos, dependiendo de la pieza y sus movimientos. Cuando un contendiente se comiese una pieza del contrario, acumulaba los minutos que valiera dicha pieza. El jaque mate era el movimiento que más tiempo valía, por supuesto.

—¿Y si tú ganas tiempo conmigo? ¿Yo te hago perderlo? —preguntó Belle mientras, en su mente, comenzaba a contar los minutos de los que ya disponía en ese momento de la partida.

—Exacto —respondió Gabriel a la vez que cogía papel y pluma para apuntar los minutos de ambos—. Cuando acabe la partida, restamos tus minutos a los míos y a ver qué queda.

La partida continuó entonces, cada vez más reñida. Era increíble cómo una apuesta podía cambiar el flujo de los movimientos, aunque fuese un trato inofensivo. Al fin y al cabo, no estaban jugándose casas o dinero; solo tiempo. Cada vez que un trebejo salía del tablero, Gabriel apuntaba los correspondientes minutos para que no se les escapase ninguno. Belle se sumergió por completo en la partida, olvidando que jugaba contra un hombre que la ponía nerviosa, que había querido cortejarla, un hombre con el que le gustaría pasar más tiempo del que querría admitir. Lo olvidó todo. Solo importaba ganar y adquirir minutos.

Pronto la contienda llegó a su punto álgido. Belle parecía controlar el centro del tablero, pero su situación era inestable, porque su rey estaba desprotegido por un flanco. Gabriel parecía mortalmente calmado y miraba concentrado las piezas. Belle se preguntó en qué jugada estaría pensando. De repente, él alzó la vista y sus ojos se encontraron; castaño contra gris. La tensión volvió en oleadas y los capturó a los dos en un remolino del que era difícil escapar. La joven tragó saliva, incapaz de desviar la vista de aquella mirada tormentosa que parecía querer averiguar todos sus secretos. Sin embargo, cuando Belle ya no podía aguantar más la tensión, él habló, rompiendo el momento.

—Deberías mirar el tablero.

Ahora sí se había ruborizado. Bajó la vista rápidamente, concentrándose en su siguiente movimiento, maldiciendo a Gabriel por descentrarla. Tenía

que eliminar a la reina, ya que estaba a un movimiento del jaque, pero no creía poder hacerlo sin dejar al rey solo, y eso no se lo podía permitir. Decidió intentar otra táctica y adelantó el alfil para amenazar a la reina blanca. Si él movía a la reina para salvarla, abriría un hueco en su propia defensa. Sacrificar a la reina en ese momento supondría una clara desventaja para él.

Sin embargo, Gabriel sonrió mostrando sus blancos dientes. Belle supo que había perdido en el momento en el que se dio cuenta de que no había contado con la pieza blanca que estaba algo apartada de las demás.

—Esta vez ha sido más fácil predecir tu táctica —dijo adelantando el único caballo que le quedaba hasta quedar a un movimiento del monarca negro—. Jaque mate.

Moviese donde moviese a su rey, este quedaba amenazado. Estaba muerto.

—Me has desconcentrado —lo acusó y no pudo evitar ver la semejanza con la primera partida—. No es justo.

—En el amor, la guerra y el ajedrez todo vale —dijo encogiéndose de hombros, apuntando sus nuevos minutos.

Le había devuelto sus palabras y Belle lo fulminó con la mirada para darle a entender que no le hacía ni pizca de gracia. Gabriel le sonrió con la más absoluta inocencia y la joven, al final, sacudió la cabeza, resignada.

—Eres terrible.

—Como tú —respondió pasándole la lista—. Gané.

Como era natural, Gabriel había salido victorioso. Aunque ella le había quitado mucho tiempo, el resultado final era de ciento veinte minutos. Ahora, Belle le debía a Gabriel dos horas de su tiempo.

La joven miró un reloj cercano y se sorprendió al ver que llevaban allí casi tres horas. Era el momento de irse antes de que alguien los viese, llevaban demasiado tiempo juntos y era peligroso. Belle había estado tan enfrascada en la partida que había perdido la noción del tiempo y supuso que a Gabriel le había pasado exactamente lo mismo.

—Creo que va siendo hora de ir a dormir —dijo la joven levantándose. Él la imitó, como dictaban las buenas formas—. ¿O quieres cobrarte la deuda ahora mismo? —dijo algo mordaz.

La mirada incendiaria que le dirigió Gabriel le hizo pensar que quizá era mejor que no respondiese. Parecía querer devorarla con los ojos. A pesar del camisón y la bata, Belle se sintió desnudada por él. Inconscientemente, se abrazó el cuerpo.

—Me lo cobraré en otro momento —respondió entonces el marqués, acercándose a ella. Belle se obligó a no retroceder. Aunque se había prometido que no dejaría que se aproximara tanto a ella, el orgullo le impedía dar un paso atrás, como si estuviese huyendo. Lo encaró con la barbilla en alto, sosteniéndole la mirada—. Espera noticias mías.

Antes de que ella pudiese replicar, él se movió con rapidez y capturó con los dientes el lóbulo de su oreja. Belle sintió que una descarga le recorría el cuerpo ante aquel leve contacto, que aumentó la temperatura de su sangre varios grados. Sin poder evitarlo, soltó una exclamación ahogada cuando Gabriel lamió con la lengua la zona en la que había clavado los dientes, para calmarla.

—Buenas noches, Isabelle —dijo simplemente cuando se retiró.

Se giró de nuevo hacia la ventana, tal y como lo había encontrado al entrar aquella noche. Belle desvió la vista hacia el ventanal, el corazón latiéndole a mil por hora, y su reflejo le devolvió la mirada. Con los ojos abiertos de par en par y las mejillas arrojadas, que más que verlas las sentía ardiendo, no se reconoció. Cerró los ojos para bloquear esa imagen y se dio la vuelta, dispuesta a irse de allí y huir de su reflejo.

Pero antes debía decir la última palabra.

—Buenas noches, Gabriel.



Gabriel sonrió cuando la oyó despedirse y, al escuchar el ruido de la puerta al cerrarse, pudo relajarse por fin. Dios santo, estaba jugando con fuego y se había quemado. No debería haber hecho eso, pero tocarla se había convertido en una obsesión durante todo el tiempo que habían pasado juntos. Y al verla allí, altiva y orgullosa, no había podido resistirse a hacer lo que no había hecho aquella mañana. Se merecía una medalla por haber parado allí, por no haber poseído su boca como deseaba. Había necesitado toda su fuerza

de voluntad para no ir más allá cuando la había sentido estremecerse ante su íntimo contacto.

Ahora, con su erección tratando de salir del pantalón, el trato que habían hecho no parecía tan bueno. Se había vuelto totalmente en su contra con una simple palabra: amigos.

Jamás habría pensado que ella no quería casarse. Parecía una joven práctica y tendría que haber visto las mismas ventajas que él respecto a la boda. Se llevaban muy bien, Isabelle sería la marquesa y estaba seguro de que su matrimonio funcionaría estupendamente en la cama. Dolorosamente seguro. Pero Gabriel se dio cuenta de que la había juzgado mal; ella no deseaba el matrimonio. Algo fallaba y el marqués quería saber qué era.

Sería una tortura pasar tiempo con ella sabiendo que tendría que tener las manos quietas, pero podría usar a su favor el tiempo que había ganado. Debía convencerla de que casarse con él era una gran idea, y aquel era el primer paso. No la cortejaría, pero haría todo lo posible para que ella lo deseara.

Capítulo 8

Tampoco salgan solas, bellas damas. Con tanta gente reunida en un mismo sitio, quién sabe lo que les puede pasar. Siempre es mejor que no se alejen mucho de las multitudes.

**De la columna «The Golden Swan».
16 de mayo de 185**

A la mañana siguiente, el sol se había ocultado tras un grupo compacto de nubes grises que iban acordes con su ánimo sombrío. Belle se restregó los ojos por enésima vez y siguió caminando rumbo a ninguna parte. Iba pisando fuerte, haciendo rebotar las piedrecitas que tenían la desgracia de toparse en su camino. Estaba molesta porque su madre la hubiese obligado a salir a tomar el saludable sol que lo cura todo.

La joven miró el cielo encapotado con el ceño fruncido. ¿Qué sol?

Ni siquiera había tratado de discutir, aunque la vizcondesa sabía perfectamente que Belle no era de las que iban a dar paseos por propia voluntad. Prefería sentarse bajo un árbol a leer. No obstante, salió antes de que su hermana o ella pudiesen acompañarla. Sabía que no debía ir sola, pero no le apetecía hablar con nadie.

De todas formas, la joven admitió que le venía bien salir a caminar. La otra alternativa era contarle a su madre la verdadera razón por la que no había dormido en toda la noche, con sus correspondientes ojeras de regalo, pero eso no era viable se mirase por donde se mirase.

No es solo que se hubiese pasado medianoche en la biblioteca con Gabriel jugando al ajedrez, sino que, tras aquella abrupta despedida, no había podido pegar ojo; las imágenes de lo ocurrido acudiendo a su mente una y otra vez.

Las mejillas le ardieron por enésima vez y sacudió la cabeza para intentar olvidar lo que había sentido cuando Gabriel...

Dios santo, ni siquiera podía repetirlo en su cabeza.

Aceleró el paso, frustrada consigo misma por ser tan idiota y estar tan enfadada con Gabriel por hacer justo lo contrario a lo que habían acordado.

Porque estaba segura de que los amigos no... se tocaban así, tan íntimamente. Belle no entendía cómo algo tan simple como una oreja podía convertirla en un cúmulo de sensaciones y nervios. La había dejado fuera de combate. Y ni siquiera la había besado.

Le avergonzaba admitirlo, pero lo había deseado cuando se apartó, había querido pedirle a Gabriel que le mostrara la misma atención a su boca. Se tocó inconscientemente los labios con la yema de los dedos, preguntándose si sería igual de intenso o incluso mejor.

Gritando por la frustración que la envolvía, Belle se pasó las manos por el recogido, nerviosa, y una pequeña parte de su mente registró que se le había olvidado ponerse el sombrero.

Cansada de caminar sin rumbo, la joven se recostó contra un árbol de tronco ancho que había cerca. Estaba exhausta. No dormir le estaba pasando factura, pensó resbalando hasta sentarse en el suelo. Una ligera brisa la acarició y Belle cerró los ojos. Descansaría un poco antes de volver. Lo necesitaba.



—¡Eso es trampa! —Sophie se encaró con Simon, que esbozaba una amplia y satisfecha sonrisa.

—No sé de qué me hablas —respondió el aludido encogiéndose de hombros exageradamente—. Yo he lanzado como siempre.

Mike meneó la cabeza, resignado, y se alejó para lanzar mientras Sophie seguía despotricando contra su hermano.

—Siempre igual —alegó Michael tensando la cuerda de su arco antes de soltarla. La flecha surcó el aire con rapidez y se clavó en la diana limpiamente; un disparo casi perfecto.

El tiro con arco, otro de los juegos Daventry. Otra oportunidad, más agresiva, para lanzarse los trastos a la cabeza. Al contrario que en el ajedrez, este deporte era mucho más dinámico y ofrecía la oportunidad de que pudiesen jugar los cinco a la vez. Tanta competitividad junta daba lugar a muchas confrontaciones, como la de Sophie y Simon, cuando este último había decidido lanzar «por casualidad» dos pasos más allá de la línea de tiro.

—¡Has sobrepasado el punto de lanzamiento! —seguía exclamando Sophie mientras hacía aspavientos con las manos. Fulminaba a Simon con la mirada, quien jamás admitiría que había hecho trampa, aunque todos lo hubiesen visto—. Me las pagarás.

Aquello no era una amenaza vana, porque todos se tomaban las competiciones muy en serio. Como se podía ver, cualquier juego Daventry acababa en una guerra donde la única regla era... bueno, que no había reglas. Por esa razón, Gabriel prefería el ajedrez. Era más calmado y frío, más estratégico. Iba más acorde con su forma de ser, quizá por eso se le daba mucho mejor que lanzar flechas. Normalmente, hacía un papel decente en el juego, pero aquella mañana era un absoluto fiasco.

Y todo por Isabelle. Sacársela de la cabeza tampoco era una de sus mejores habilidades. Cuando bajó a desayunar le habría gustado verla para averiguar si había asimilado lo que pasó entre ellos o si correría en dirección contraria al verlo. Quizá, pensó luego, se había extralimitado; al fin y al cabo, le había pedido que no la cortejara y él había aprovechado la primera oportunidad que se le presentó para empezar a seducirla.

Aunque no se arrepentía en absoluto. Volvería a hacerlo una y otra vez. Y otra, y otra... Esperaba no haber ido demasiado rápido, aunque se enorgullecía por su contención cuando lo único que quería en ese momento era saborear cada centímetro de su cremosa piel.

Sin embargo, no la había visto en el desayuno ni después durante el almuerzo. Había pensado preguntarles a Mary o *lady* Clayton por su paradero, pero eso despertaría demasiadas sospechas y preguntas; además, su familia no parecía preocupada por ella, así que debía de estar bien.

Por tanto, allí estaba, tratando de jugar al tiro con arco con la cabeza en otro lado; sin duda, en esos momentos era un peligro público.

—¡Gabriel! ¡Te estoy hablando! —Michael sacudió la mano delante de su cara, devolviéndolo a la realidad—. Hoy estás en la Luna, hermano.

—Lo siento —dijo con una sonrisa de disculpa. Desvió la vista hacia Gwen, que apuntaba a la diana—. No he dormido muy bien.

La flecha silbó mientras cruzaba el aire, golpeando el anillo inmediato al centro de la diana. Casi.

—¿Es por esa dama misteriosa? —Mike, como siempre, tenía una

habilidad innata para dar en el clavo.

Gabriel asintió con sequedad, antes de adelantarse para lanzar. Respiró hondo antes de colocar la flecha en el arco y tensar la cuerda, con el codo recto por completo hacia atrás. Aguantó la respiración mientras apuntaba, con el extremo emplumado de la flecha tocándole la mejilla. Soltó el aire al mismo tiempo que la cuerda del arco, y la flecha recorrió rápido el espacio libre hasta golpear la diana en el tercer anillo.

Maldición.

—Es malo hasta para ti, Gabriel —dijo el incansable Simon con una sonrisita, mientras Sophie relevaba al marqués frente a la línea de tiro.

—Vete al infierno, Simon —respondió Gabriel volviendo junto a Mike.

Era lo típico entre ellos: pullas y maldiciones. Sus hermanas estaban tan acostumbradas que ni siquiera se escandalizaban ya; más bien maldecían más que los hombres, para consternación de su madre.

Michael se mantuvo en silencio a su lado y él se lo agradeció. Era una de las cosas buenas de su hermano: sabía cuándo no tenía que presionar. Con los más jóvenes ocurría todo lo contrario, pues muchas veces presumían de carecer del filtro cerebro-boca.

Continuaron dos rondas más con el juego, que terminó con la victoria aplastante de Mike, como casi siempre, y muchos deseos de venganza por parte de los demás. El segundo hermano poseía una puntería envidiable.

—Mejor volvamos ya —intervino Simon mirando al cielo con el ceño levemente fruncido—. Se está poniendo feo.

Tenía razón. Las nubes, grises al principio de la mañana, habían ennegrecido hasta convertirse en una masa oscura y amenazante. Se avecinaba una tormenta de las gordas. Así era el clima en Inglaterra; un instante brillaba el sol y al otro había que ponerse a cubierto.

Así pues, los Daventry guardaron el material de tiro con arco en el cobertizo cercano y se aventuraron de vuelta a la casa, donde los invitados ya se habían desperdigado por las diferentes salas, huyendo del inminente temporal. Antes de que pudiesen dar un paso, *lady* Jane Clayton salió al encuentro de los hermanos. Iba acompañada de Mary y el vizconde; los tres parecían preocupados.

Las alarmas de Gabriel se dispararon.

—¿Has visto a Belle? —le preguntó la vizcondesa a Sophie. Al ver que esta negaba con la cabeza, la mujer hizo una mueca—. Salió esta mañana a pasear y no ha vuelto. Estoy preocupada.

—¿Salió sola? —intervino Gabriel, más cortante de lo que había pretendido. *Lady Clayton* lo miró angustiada y el marqués se arrepintió de su exabrupto fuera de lugar.

Iba a disculparse cuando un trueno sacudió la casa en ese momento, sobresaltándolos a todos.

—Se acabó, voy a buscarla —dijo el vizconde con resolución.

—Ten cuidado, Percy. La tormenta está a punto de descargar —respondió *lady Jane*. La angustia brillaba con fuerza en sus ojos.

Gabriel miró al cielo en el mismo momento en el que un relámpago iluminaba la estancia. Casi al mismo tiempo se escuchó el trueno ensordecedor que lo acompañaba como un buen amigo. Tenían la tormenta prácticamente encima y venía del norte. Si Isabelle había ido en esa dirección... Un nudo estranguló la garganta del marqués, impidiéndole respirar.

—Yo también voy —anunció entonces. Miró al vizconde a los ojos con firmeza—. Me conozco las tierras mucho mejor y cubriremos más terreno si cada uno va en una dirección.

Clayton guardó silencio unos segundos, evaluando sus palabras, antes de asentir. Sus dos hermanos se unieron también a la batida y rápidamente fueron a los establos a por cuatro caballos. En menos de cinco minutos, los jinetes salían disparados, cada uno en una dirección distinta. Por aquel entonces, la lluvia ya caía con toda su fuerza, empapándolo.

Gabriel buscaba frenéticamente a la joven mientras avanzaba al galope de Hefesto hacia la zona norte de Lily Manor. La espesa cortina de agua le dificultaba mucho la labor de búsqueda, pero eso no hizo que flaqueara en su resolución.

—¡Isabelle! —gritó a pleno pulmón. No hubo respuesta.

Impaciente, Gabriel se apartó el pelo mojado de la cara sin dejar de buscar ni un momento. Hefesto resoplaba por el esfuerzo y el barro dificultaba su avance. Con el nudo en la garganta cada vez más apretado, el marqués se obligó a no pensar en la infinidad de cosas graves que podrían

haberle pasado.

Espoleó al caballo una vez más; tenía que encontrarla.



La despertó el primer trueno. Abrió los ojos, sobresaltada, y tardó unos segundos en darse cuenta de que se había quedado dormida recostada en el ancho tronco del árbol. Maldita sea.

Debía dejar aquella manía de dormir en lugares tan poco adecuados.

Se levantó con dificultad, cuidando de no pisarse las faldas y darse de bruces contra el suelo, y miró a su alrededor. ¿Cuánto tiempo había dormido? El suficiente como para que el cielo cambiase de gris claro a negro diluvio universal. Era una tormenta de las gordas y la tenía justo encima.

Un rayo iluminó el cielo y el claro donde se encontraba al mismo tiempo que un trueno respondía a su destellante compañero. La lluvia comenzó a caer abundante y espesa. Alarmada, se dispuso a volver a la casa, pero... ¿por dónde era? No conocía muy bien el lugar y menos con tan poca visibilidad. Sumida en sus pensamientos, había caminado ofuscada, sin saber hacia dónde se dirigía ni cómo volver.

El pánico la atenazó.

¿Cómo iba a encontrar el camino de vuelta? Barajó sus opciones y analizó la situación mientras la lluvia la calaba hasta los huesos. Los dientes comenzaban a castañetearle a causa del frío intenso. No podía quedarse allí; quién sabía si estaban buscándola. Quizá aún no habían notado su ausencia y era un suicidio salir con aquel temporal. Y aunque la buscasen, la propiedad era muy grande y podían tardar horas en encontrarla. No, debía intentar llegar a la casa sola.

Se puso en marcha hacia el lugar por el que creía haber llegado hasta allí, aunque no podía estar segura de marchar en dirección correcta con la que estaba cayendo.

Un paso, otro. Tenía que seguir.

Las ropas le molestaban y le dificultaban el avance cada vez más, y el frío y la lluvia le traspasaban la piel como si miles de agujas afiladas cayesen sobre ella.

Más pasos, no podía parar. Siempre hacia delante.

La cabeza le dolía como si se la estuviesen martilleando continuamente. Cada movimiento acrecentaba el malestar, lo multiplicaba.

Un pie delante del otro, venga. Tenía que estar cerca.

No supo cuánto tiempo estuvo andando, pero el cuerpo cada vez le pesaba más y le era muy difícil seguir andando.

Tenía que...

Las piernas le fallaron y cayó de rodillas. Tras un par de intentos infructuosos para tratar de levantarse y continuar su avance, la joven dejó de intentarlo. Tenía tanto sueño...

Qué raro, pensó. Había dormido mucho, pero no parecía haber sido suficiente. Dormiría un poco más, sí. Allí mismo, en el suelo. Tenía tanto sueño que no le apetecía buscar un lugar mejor.

Allí era perfecto.



La lluvia era demasiado densa, demasiado espesa, demasiado todo. Lo único que lo consolaba mínimamente era que, si no la encontraba, quizá no estaba allí. Podría haber ido por otra dirección o haber llegado ya a la casa. Como suelen decir, la ausencia de noticias son buenas noticias.

Sin embargo, algo le decía que no se equivocaba, que ella estaba cerca. No sabría decir si era intuición o un sexto sentido, pero estaba seguro de que Belle se encontraba en problemas.

Dios Santo, tenía que dar con ella.

Si le pasaba algo...

Estaba empezando a dejarse llevar por el pánico cuando la encontró. Y al verla en aquel estado, se sintió morir. Gabriel paró de golpe a Hefesto, que resolló en respuesta, y bajó de la montura prácticamente de un salto. Isabelle estaba tendida en el suelo, desmayada. No sabía cuánto tiempo llevaba así, pero debía de ser bastante, pues los labios estaban comenzando a ponerse azules. No parecía respirar.

Asustado, la cogió en brazos y la subió con él al caballo no sin cierta dificultad, porque las ropas de ella pesaban mucho. Al final, tuvo que quitarle

la capa empapada.

—¡Resiste, Isabelle! —exclamó cuando la hubo acomodado lo mejor que pudo delante de él. La abrazó para darle calor y cogió las riendas. Espoleó a Hefesto, que salió al galope con un fuerte relincho—. No me dejes.

No sabía si podía oírlo, pero no dejó de hablarle mientras avanzaban. La tormenta no amainaba, acompañada de fuertes truenos y brillantes rayos, y ella estaba cada vez más pálida. Tenía que llevarla a la casa lo antes posible para que pudieran hacer que entrara en calor.

Estaba demasiado asustado como para pensar en que fuese demasiado tarde. No podía permitirse ponerse en lo peor.

—¡Vamos, Isabelle! —exclamó como si le fuese la vida en ello. Quizá fuese así, dada la angustia que lo corroía como un veneno letal—. ¡Aguanta!

Por favor.

Cuando por fin vio la silueta de la casa, casi gritó de alivio. Frenó a Hefesto bruscamente y, bajando rápidamente del caballo, la cogió en brazos y entró en el vestíbulo como una tromba. *Lady* Clayton y Mary fueron enseguida a su encuentro, con la alarma brillando en los ojos.

—¡Que enciendan el fuego de su habitación! —ordenó Gabriel a quien pudiese escucharlo—. ¡Necesitamos ropa seca y toallas calientes!

Los sirvientes se pusieron enseguida manos a la obra, llevaron todo lo necesario y avivaron el fuego de la habitación de Isabelle. Gabriel posó a la joven en la cama antes de dejarles sitio a Mary, *lady* Clayton y a una doncella, que comenzaron a desvestirla con premura.

Sintiendo que sobraba allí, salió de la habitación, apenas consciente de que todavía estaba empapado y dejaba un reguero de agua a su paso. Se pasó la mano por la frente, repentinamente cansado. Dios, si había tardado mucho en encontrarla...

—Gabriel. —La voz de su madre hizo que levantara la vista. Llevaba con ella una toalla con la que lo envolvió—. Ve a cambiarte, ya no puedes hacer nada más por ella. Solo esperar.

Dicho esto, entró también en la habitación para ayudar en lo que pudiese.

Sabiendo que su madre tenía razón, el marqués fue a cambiarse y, ya vestido con ropa seca, bajó al despacho, donde se reunió con sus hermanos y

el vizconde Clayton, quienes llegaban en ese momento, tan empapados como él había aparecido. Tras contarles lo ocurrido intentando fingir un aplomo que no sentía, el vizconde salió disparado hacia la habitación de su hija y Gabriel tuvo que soportar ver cómo se iba sin que él pudiera seguirlo. No tenía ningún derecho a estar allí.

En lugar de eso, se sirvió una copa de *whiskey* que apuró prácticamente de un trago. Aquello lo ayudó a entrar en calor, pero iba a volverse loco si no le decían pronto qué demonios estaba pasando.

Sus hermanos se acercaron a él y lo reconfortaron con su presencia. Ambos se habían dado cuenta de que Gabriel estaba al borde del colapso, pero no dijeron nada. No hacía falta.

No supo cuánto tiempo estuvo allí esperando, pero a él le pareció que había pasado una eternidad cuando su madre y *lady* Clayton aparecieron por la puerta. Gabriel levantó la cabeza con brusquedad para mirarlas con una única pregunta reflejada en el rostro.

—Se pondrá bien —dijo su madre con una sonrisa alentadora. Gabriel creyó que había perdido veinte kilos de golpe cuando el alivio lo inundó—. Está consciente y ha pedido verte.

Sus hermanos le pusieron una mano en cada hombro, otorgándole apoyo, y Gabriel apenas fue consciente de que *lady* Clayton se había acercado a él y lo abrazaba con fuerza.

—Muchas gracias por salvarla —dijo con ojos llorosos cuando se separó de él.

El marqués negó con la cabeza. No había hecho nada. Le habría gustado ser él el que la ayudase a entrar en calor, a recuperar la consciencia, no haberse visto separado de ella por una puerta cerrada y un puñado de normas protocolarias.

—No tiene que dárme las —respondió con sinceridad.

Volvería a hacerlo una y mil veces. El terror que había experimentado al encontrarla le había demostrado que ella le importaba mucho más de lo que imaginaba, que aquella joven se le había metido bajo la piel en apenas días, sin que se hubiera dado cuenta.

Lady Clayton le sonrió.

—Suba —dijo—. Mary está con ella.

Se puso en marcha hacia la habitación de la joven, deseando comprobar por sí mismo que estaba bien. Necesitaba verla de nuevo, observar con atención esos hermosos ojos color avellana. Al entrar, Mary levantó la cabeza y le sonrió, pero Gabriel solo tenía ojos para la joven que estaba tendida en la cama.

Se acercó rápidamente y se arrodilló junto a ella. Estaba dormida, pero se apreciaba la mejoría de su salud. Ya no tenía las mejillas tan pálidas y los labios estaban recuperando un leve tono sonrosado. Parecía en paz.

Estaba bien.

Estaba.

Bien.

Gabriel se lo repitió varias veces hasta que se lo creyó, hasta que pudo comprobar que volvía a respirar con normalidad, que el nudo que lo oprimía desde hacía horas ya no estaba allí, obstruyéndole la garganta. Quiso tocarla, pero no podía hacerlo con su hermana allí. Tampoco tenía ningún derecho a ello.

—Estaba intentando aguantar despierta hasta que apareciese, pero finalmente la ha vencido el agotamiento —le explicó Mary con voz suave—. Me ha dicho que le diese las gracias.

Gabriel sacudió la cabeza sin dejar de mirarla. No necesitaba más agradecimiento que saber que estaba bien; era lo único que importaba en aquel momento.

Mary se levantó del sillón cercano a la cama y le cedió el sitio a Gabriel, quien la miró sorprendido. La joven no tuvo que decir nada; el marqués comprendió que ella había visto que lo que Gabriel sentía no era mera preocupación cortés.

Antes de marcharse, Mary se giró hacia él con gesto duro.

—Si alguna vez le hace daño, lo mataré.

Capítulo 9

Parece que la estancia en Lily Manor ha sido bastante entretenida. Los elogios sobre la majestuosidad de la casa y sus jardines han llegado a mis oídos, pero eso no es lo que les interesa, queridos lectores. Como se predijo acertadamente en la anterior columna, los escándalos han recorrido los terrenos de la casa de campo Daventry. Lo más sonado ha sido, sin lugar a dudas, el repentino enlace entre *lady* Eleanor y *lord* Havers, que van a casarse la próxima semana, ya que se les encontró en una situación comprometida en uno de los salones de la casa. No se necesitan más explicaciones, ¿verdad? Desde la revista les deseamos lo mejor en su matrimonio y lanzamos una llamada al comedimiento en futuras ocasiones.

También he recibido la noticia del rescate heroico de Isabelle Walls a manos de Gabriel Satherton durante una violenta tormenta. Si el marqués ya estaba bien visto a ojos de madres casamenteras, ahora tendrá que esconderse en una cueva si quiere huir de ellas. Por mi parte, espero que la señorita Walls se recupere muy pronto.

**De la columna «The Golden Swan».
23 de mayo de 1854**

Estuvo en cama durante varios días, recuperándose de las consecuencias de haber estado tanto tiempo expuesta a la tormenta. Gracias al médico que fue a verla y los cuidados que le profesó su familia, Belle pudo recobrase. Ella habría querido irse a su casa, pero estaba tan débil que el médico le había prohibido viajar de vuelta a Londres. Así, mientras los invitados de *lady* Satherton volvían a la capital, los Walls se habían quedado en Lily Manor hasta que la joven estuviese recuperada.

Ni *lady* Satherton ni Gabriel habían puesto inconveniente en que los Walls postergaran su marcha y así se lo habían hecho saber enseguida. De hecho, fue la propia marquesa la que dijo que debían quedarse para mayor bienestar de Belle, quien había estado en cama prácticamente una semana. Lo máximo que había hecho, aparte de dormir, era leer un libro tras otro de la biblioteca y, aunque le encantaba perderse en la lectura, no poder salir de la

habitación estaba empezando a volverla loca.

La mañana del sexto día de su convalecencia, despertó cuando Mary estaba acabando de peinarse frente al tocador.

—¡Buenos días! —dijo alegre, acercándose a ella—. Ya tienes mejor cara. Voy a pedir que te traigan el desayuno.

Mientras Belle daba buena cuenta de la comida, Mary le contó las novedades que se había perdido. Le informó de que su padre había tenido que volver antes a Londres para atender unos asuntos que ya había retrasado demasiado, puesto que no había querido marcharse hasta saber que su hija mayor estaba fuera de peligro. Y, como la vida seguía, todos los hermanos Daventry, excepto Gabriel, habían vuelto también a Londres para continuar con la temporada, no sin antes desearle una pronta recuperación.

Por tanto, la casa había quedado relativamente vacía. Belle quiso preguntar por qué Gabriel se había quedado, pero no se atrevió; seguramente porque era su obligación permanecer como anfitrión junto a su madre. Nada más. Solo protocolo.

Belle suspiró apesadumbrada. Durante su convalecencia, apenas había sabido nada de Gabriel, aunque conocía por su familia que preguntaba por ella. Pero ¿por qué no iba él en persona? Ni siquiera había podido darle las gracias apropiadamente por salvarle la vida. Porque Isabelle estaba convencida de que, de haber tardado un poco más en encontrarla, habría perdido la batalla contra el frío y la lluvia.

Mary le había contado cómo Gabriel había salido en plena tormenta para ir a buscarla y cómo se había encargado de que la hiciesen entrar en calor de inmediato. Un cálido sentimiento se había instalado en su pecho al oír aquellas palabras. Después de todo, quizá le importase para algo más que casarse por obligación. Sin embargo, tras días sin verlo, había dudado hasta convencerse de que solo era mera cortesía.

Tratando de reprimir una ilógica punzada de tristeza, sonrió a Mary, quien estaba colocándose el sombrero.

—Madre ha venido antes a verte y le he propuesto ir al pueblo a comprar unas cosas que nos hacen falta —le explicó con una sonrisa de disculpa, como si se sintiese mal por dejarla sola—. Si necesitas algo, avisa a June.

—Divertíos —dijo fingiendo alegría. No le apetecía quedarse sola, pero tampoco podía retenerlas a su lado cuando ella no podía acompañarlas. Ya habían estado bastante tiempo cuidando de ella durante aquellos días y merecían despejarse un rato—. Estaré bien.

Una vez que hubo salido su hermana y la criada hubo retirado la bandeja del desayuno, Belle suspiró y se recostó contra los almohadones. Tras cinco minutos mirando el techo en absoluto silencio, decidió que antes de volverse loca intentaría levantarse. Un par de días atrás había tratado de hacerlo, pero, a los dos minutos, se había sentido tan cansada que tuvo que volver a la cama enseguida, frustrada consigo misma por su debilidad.

Decidida a conseguirlo esa vez, Belle plantó los pies firmemente en el suelo y, apoyándose en la pared, fue hasta la ventana para abrirla y que entrase el sol. Respiró profundamente la brisa limpia que sustituía el aire viciado de la habitación y se sintió mucho mejor.

Tras unos segundos de espera, comprobó que no se mareaba y sonrió contenta. Ya estaba prácticamente recuperada. Pronto podría volver a Londres y recobrar la normalidad. Así pensaría menos en Gabriel y podría resistir la tentación de ir a buscarlo, ahora que podía moverse.

En ese momento, tocaron a la puerta y su doncella, June, llegó con una nota para ella. El corazón le dio un vuelco cuando reconoció la elegante letra de Gabriel.

Isabelle:

Si te encuentras mejor, reúnete conmigo en el vestíbulo en treinta minutos. Tengo una sorpresa y dos horas que gastar.

Afectuosamente,

Gabriel

La joven sonrió. Así que quería cobrarse el tiempo ganado... Muy bien, así sería. Belle era de las que creían firmemente que las deudas debían pagarse y esa apuesta no era una excepción. Además, estaba deseando salir de la habitación y el marqués acababa de darle una buena excusa para ello.

Le pidió a June que le comunicase al marqués que bajaría enseguida y que después volviese para ayudarla a vestirse. Se sentó frente al tocador cuando la doncella hubo salido y se obligó a admitir la otra razón, quizá más

poderosa, por la que había aceptado. Debía admitir que quería verlo, que... lo echaba de menos. Aunque él no hubiese ido a verla por las razones que fueran.

—Estúpida —musitó a su reflejo, que le devolvía la mirada con expresión lúgubre. Dios santo, daba miedo con la cara tan pálida y aquellas ojeras. Se pellizó un poco las mejillas para darles color.

Con la ayuda de June, Belle se vistió y peinó con rapidez. Como aún no podía respirar del todo bien, decidió no llevar corsé, aunque sí se puso una capa para resguardarla del viento. A pesar de que hacía una temperatura bastante agradable, Belle no se fiaba de su estado y no quería recaer de nuevo bajo ningún concepto. Ya había tenido suficiente por una buena temporada, gracias.

Cuando estuvo lista, o al menos presentable, bajó en compañía de June hacia el vestíbulo. No podía ir sin carabina a un encuentro con un hombre soltero, por mucho que quisiese que June desapareciese del mapa en ese momento, un deseo estúpido a más no poder. La joven doncella solo cumplía con su obligación, no tenía culpa de nada.

Gabriel ya estaba esperándola en el lugar acordado y, cuando la vio, sus ojos grises brillaron. El pulso de Isabelle se disparó ante su mirada, pero se obligó a no avergonzarse y bajar la cabeza. El marqués enseguida fue a su encuentro para ayudarla a bajar la escalera y, cuando sus manos se tocaron, la joven sintió su calidez pese a la tela de los guantes.

Antes de que ninguno de los dos pudiese decir nada, *lady Satherton* apareció de Dios sabe dónde como un vendaval.

—¡Tengo un terrible problema! —exclamó con, en opinión de Belle, exagerado dramatismo—. He enviado a mi doncella al pueblo y se me había olvidado que tenía que ayudarme con ciertos asuntos urgentes. Querida, ¿te importaría ayudarme tú?

La pregunta iba a dirigida a June, que parecía sorprendida. A decir verdad, Belle también lo estaba. Seguramente, *lady Satherton* tenía más doncellas que podían ayudarla. ¿Por qué quería a la suya? La joven miró de reojo a Gabriel, quien a su vez observaba a su madre con escepticismo. Eso la llevó a sospechar que *lady Satherton* tramaba algo en concreto, porque si se llevaba a June...

Estaría a solas con Gabriel.

Las mejillas le ardieron sin que pudiera evitarlo. Estaba sufriendo en primera persona las legendarias labores de casamentera de *lady* Olivia Satherton. Desde luego, *The Golden Swan* no mentía cuando hablaba de ellas como «poco sutiles y exageradas». Se preguntó si Gabriel tendría algo que ver, pero parecía tan sorprendido como ella, incluso hastiado. No, él no había planeado aquello.

Sin duda, *lady* Satherton había pensado que ella y Gabriel... La honró que aquella mujer tan encantadora la considerase una buena candidata para ser la esposa de su hijo, pero a la vez se sintió incómoda. Gabriel solo quería casarse con ella por un estúpido sentido del deber para con su título y aquellas extrañas labores de celestina solo daban pie a agravar aún más la embarazosa situación.

June la miró y Belle asintió con la cabeza para que la joven doncella no se preocupara. Era de mala educación negarle algo a la anfitriona, por descabellado que fuera, y *lady* Satherton lo sabía. Ya se estaba llevando a la joven prácticamente a rastras; estaba a solas con Gabriel.

Belle respiró hondo y se serenó. Ella misma le había dicho que podían ser amigos y estaba segura de que Gabriel no se aprovecharía de la situación. Si hubiese querido hacerlo, habría ido a verla mientras estaba en cama, pero no había sido así. Solo serían un par de horas, nada más. Nada que no pudiese manejar. Además, ¿no había sido ella la que había deseado que June se marchase?

«Cuidado con lo que desees», pensó mirando a Gabriel, que fulminaba con la mirada la espalda de su madre.

Él no quería estar a solas con ella, pensó con tristeza. Ya no. Ahora que sabía que no podía cortejarla, Gabriel ya no estaba interesado en su compañía. Intentó ignorar la punzada de dolor que le asoló el pecho. Pero, entonces, ¿por qué la había invitado? ¿Solo quería cobrarse la deuda del ajedrez?

Sacudió la cabeza para eliminar esos funestos pensamientos. Eso era lo que ella había querido, por eso le pidió que no la cortejase; ahora no podía quejarse de que él hiciese justo lo que ella deseaba. Cuadró los hombros y se enfrentó a él con una sonrisa.

—¿Vamos?

Gabriel desvió la vista hacia ella, parecía algo sorprendido. Con aquella pregunta, Belle le había dado la oportunidad de retractarse y retirar la invitación.

Pero, para asombro de la joven, no lo hizo.

—Vamos —respondió con una sonrisa mientras le ofrecía el brazo.



Caminando por los jardines al lado de Isabelle, Gabriel tenía claras un par de cosas. Una, que su madre era una metomentodo nada sutil; dos, que iba a acabar volviéndose loco como siguiese así.

Aquella noche, tras quedarse a solas con ella en su habitación, viéndola dormir, se dio cuenta de que mantenerse cerca de aquella mujer era un peligro para su cordura. Se percató de que ella le importaba mucho y eso lo había asustado casi tanto como verla desmayada bajo la lluvia. Por eso no había ido a verla durante aquellos días, aunque siempre estaba al tanto de su estado de salud. Si la veía, tendría que enfrentarse al hecho de que ahora no sabía cómo dejarla marchar y le costaba admitirlo incluso para sí mismo, lo asustaba demasiado.

Pero, tras seis días, no había podido resistirlo más. Sabía que pronto volverían todos a Londres y perdería la oportunidad de estar con ella sin que hubiese decenas de personas a su alrededor. Había oído que estaba mucho mejor y pensó que le gustaría salir de la habitación. Tenía una excusa preciosa para invitarla al haber ganado la apuesta al ajedrez. Era una locura, pero de locos estaba lleno el mundo.

La deseaba como nunca había deseado a ninguna mujer, pero no podía acercarse a ella de esa forma, más cuando le había pedido que no la cortejara. Le había dicho que no se casaría nunca. Sin embargo, contenerse estaba siendo cada vez más difícil para él.

Y su madre no lo había ayudado al dejarlos a solas.

Con la carabina, al menos tenía una excusa para no pasarse de la raya. Ahora podría sobrepasarla, incluso borrarla, sin que nadie excepto la propia Isabelle lo parase.

Dios santo, no estaba hecho de piedra. Maldijo a su madre por enésima vez desde hacía diez minutos.

—Me gustaría darte las gracias... por haberme salvado.

La voz de ella lo sacó de su ensimismamiento. La miró, estaba preciosa. Aunque el encierro y la enfermedad la habían apagado un poco, el sol le estaba sentando estupendamente. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. El astro rey acariciaba su pelo dorado como si fuese un tesoro incalculable que él se moría por tocar.

Que Dios lo asistiera, estaba volviéndose un romántico.

¿Desde cuándo? Él siempre había sido racional y lógico, no se dejaba llevar por los sentimientos sin antes pensarlo con atención. Como en el ajedrez, todo tenía que tener una pauta y ahora solo quería rendirse al impulso y olvidar que era un caballero que no debía sobrepasarse con una dama. Quería casarse con ella y darle todo lo que tenía.

—No es necesario, Isabelle —respondió sonriéndole—. Volvería a hacerlo.

Ella le devolvió el gesto, pero algo la preocupaba, Gabriel podía notarlo. Intentó no obsesionarse por saber qué era. No tenía derecho a preguntar.

—¿No quieres saber adónde vamos? —le preguntó el marqués.

Estaban yendo hacia la parte oeste de los jardines, rodeados de las bellas fuentes y las flores de diferentes colores que adornaban el lugar. Isabelle lo miraba todo encantada y, de vez en cuando, cerraba los ojos para disfrutar del brillante sol. Se había quitado el sombrero y levantaba la cabeza para recibir mucho mejor los rayos, hecho nada propio de una dama, pero que a él le resultó encantador. Se apoyaba en él por si perdía el equilibrio de repente, pero eso no le impedía deleitarse con el paseo.

—La verdad, sí, pero estaba disfrutando de mi libertad —rio ella con alegría—. De todas formas, en tu nota decías que era sorpresa.

—Cierto —respondió él. Estuvieron en silencio unos minutos hasta que Gabriel se dio cuenta de que estaban llegando a su destino—. ¿Sabes por qué Lily Manor se llama así?

Ella negó con la cabeza y lo miró con curiosidad, expectante. Gabriel carraspeó levemente, encantado de tener toda su atención.

—Originalmente era Satherton Manor, pero mi padre lo cambió antes de

que yo naciese —comenzó a explicar, sintiendo nostalgia al recordar al antiguo marqués—. Las flores favoritas de mi madre son los lirios, y mi padre quiso que se sintiese lo más a gusto posible.

—Y le cambió el nombre a la casa para que también la considerara como suya —afirmó Isabelle acertadamente.

Habían llegado al invernadero, con sus amplios ventanales invitándolos a entrar.

—Sí, pero no hizo solo eso —respondió él deteniéndose en la puerta e instando a Isabelle a que hiciese lo mismo—. También mandó construir el que sería el lugar de mi madre.

Dicho esto, abrió la puerta y dejó que la joven entrase primero. Cuando la oyó ahogar una exclamación, Gabriel sonrió. Sabía que le gustaría y su madre también cuando le pidió permiso para llevar a Isabelle allí. Entró tras ella y observó la hermosa escena que tenía frente a él.

En el centro del invernadero, donde el sol incidía con más fuerza, había una mesita blanca con sillones a juego, un lugar encantador para pasar el rato. Sin embargo, eso no era lo especial de aquel sitio. Cientos de lirios llenaban el lugar, de todos los colores y tipos, creando un arcoíris floral precioso. Su suave perfume flotaba en el aire y le otorgaba a aquella pequeña casa de cristal un ambiente tranquilo y acogedor. A Gabriel no le extrañaba que aquel fuese el lugar favorito de su madre.

—Es precioso —dijo ella con ojos brillantes.

—Me alegra que te guste —respondió con una sonrisa—. Mi padre adoraba la botánica e importó lirios de todas partes para crear este lugar en honor de su esposa. —Se acercó a un terrario cercano, lleno lirios cala—. Cuando murió, quise que se conservase igual, así que he dado órdenes de mantenerlo como él lo diseñó. Mi madre no merece menos.

Cuando se giró de nuevo a mirarla, Gabriel se quedó congelado al ver que una solitaria lágrima resbalaba por su mejilla. Se acercó a ella de inmediato y le cogió la cara entre las manos.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? —preguntó alarmado. Quizá la había forzado a andar mucho. Quizá...

Pero Isabelle negó con la cabeza en silencio. Otra lágrima descendió y él se la apartó con el pulgar, preocupado.

—¿Qué pasa? —dijo con suavidad—. Dímelo.

—Es que no entiendo cómo puedes conformarte con casarte por conveniencia cuando tus padres se amaban tanto —le explicó ella con la emoción rompiéndole la voz. Gabriel sintió que un nudo le estrangulaba la garganta—. ¿Cómo no puedes querer lo mismo que ellos?

Lo miró a los ojos con ferocidad, su mirada acuosa por las lágrimas contenidas. Gabriel suspiró; entendía muy bien por qué le hacía esa pregunta.

—No he dicho que no lo quiera —le explicó con paciencia—. Pero soy el marqués y tengo responsabilidades con mi familia y con el título. He llegado a un punto en el que no puedo confiar en que el amor de mi vida aparezca por la puerta —esbozó una pequeña sonrisa—. Me he cansado de esperar.

La mirada que ella le dedicó le incendió la sangre.

—Yo también.

Antes de que Gabriel supiera qué estaba pasando, Isabelle le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Sentir los labios de ella entrando en contacto con los suyos fue su perdición. Ya no habría parado aunque hubiese querido. Una pequeña parte de su cerebro registró el hecho de que allí podía verlos cualquiera, pero el deseo de tenerla entre sus brazos apagó aquella voz.

En un abrir y cerrar de ojos, Gabriel tomó el control y la sujetó por la cintura para apretarla contra su duro cuerpo, cada centímetro de ella unido a él. Isabelle se sujetó con más fuerza a su cuello para no caer, enterró los dedos en su pelo. Aquello le provocó una sensación demasiado placentera que percibió incluso a través de los guantes. La besó con fiereza, volcando toda la tensión en el gesto, diciéndole con los labios lo mucho que la deseaba. Y, que Dios lo ayudase, ella le correspondió de igual forma, con una inocente entrega que casi lo volvió loco.

Gabriel la instó a abrir la boca mordisqueándole el labio inferior hasta que ella separó los labios con cierta inseguridad, para colarse en su interior y acariciarla con la lengua. Ella soltó un gemido de lo más erótico y se apretó más contra él, profundizando el beso. La sangre le rugía con fuerza por todo el cuerpo, hirviendo de deseo por aquella mujer que se entregaba a él con tanta pasión e inocencia a partes iguales.

No supo cómo, pero de repente la tenía apoyada en la pared del

invernadero y la capa de la joven había caído al suelo, abandonada. Gabriel la acarició y el corazón le dio un vuelco cuando se dio cuenta de que no llevaba corsé. La respiración se le aceleró aún más cuando subió las manos por su cintura hasta llegar a un pecho, que se acopló perfectamente en la palma de su mano. Isabelle se estremeció ante su contacto y se separó de su boca para tomar aire, pero él no le dejó tregua.

No habría podido separarse de ella ni aunque hubiese entrado la mismísima reina en persona.

Gabriel continuó besando cada centímetro de piel que encontró a su paso, lamiendo delicadamente la zona del cuello donde latía el pulso desenfrenado de la joven, respirando su dulce olor a sándalo y jabón. Isabelle jadeaba apretada entre la pared y su cuerpo, y el marqués se sintió el hombre más afortunado de todo el maldito planeta solo por el hecho de ser él quien le provocara esas sensaciones. Le mordisqueó la oreja, como aquella noche en la biblioteca, y la sujetó más fuerte cuando notó que le flaqueaban las piernas. No podía culparla; él tenía que contenerse para no caer de rodillas, rendido ante ella.

—Gabriel... —suspiró contra su cuello con la voz entrecortada.

Maldita fuera por hacerlo arder con tan solo pronunciar su nombre.

Debía devolverle el favor, por supuesto.

La cogió en volandas y la tumbó en uno de los sofás del invernadero. Ella reprimió un grito de sorpresa y se sujetó a sus brazos cuando él se abalanzó sobre ella. Mirándola desde arriba, jadeante y ruborizada, pensó en lo mucho que deseaba enterrarse en ella, saber qué sentiría al hacerla suya. Pero no podía hacer eso.

Todavía no.

Le quitó los guantes y los tiró al suelo de cualquier manera. Ante la mirada interrogativa de Isabelle, Gabriel sonrió y se inclinó sobre ella.

—Quiero sentirte sin restricciones, mi reina —le dijo antes de volver a besarla, acariciando su sedosa y dulce piel con todo lo que tenía a su alcance; la boca, las manos... Sí, sin duda ella era una reina digna de ser protegida por todo un escuadrón de trebejos.

Y él quería ser su más fiel súbdito.

Mientras seguía besándola, le desató el vestido y, tras bajar la camisola

que había debajo, dejó a la vista un redondo y firme pecho que reclamaba atenciones a gritos. Le acarició el pezón antes de pellizcárselo suavemente y la satisfacción lo inundó cuando la oyó jadear y notó que le clavaba las uñas en los brazos.

—¿Quieres que te bese ahí? —le susurró al oído mientras seguía torturando la turgente punta con los dedos.

—Por favor, Gabriel... —respondió ella, suplicando algo que ni se atrevía a imaginar.

—Tus deseos son órdenes.

Lamió y mordisqueó el pecho femenino, entregándose para darle placer. Quería hacerlo eternamente.

Dejó de torturar su pecho y volvió a poseer la boca de la joven, quien le respondió con el mismo ímpetu. Se sentía arder, su erección clamaba por salir de los pantalones, pero se obligó a detenerse. No quería ir tan lejos, no quería asustarla.

No sería justo para ella.

Antes debía conseguir una promesa más sólida.

—Cásate conmigo —dijo sin pensar, mordisqueándole la barbilla.

Dios santo, ¿acababa de decir eso? Definitivamente, se había vuelto loco.

—¿Qué? —dijo ella, todavía con los ojos nublados por el placer.

Él la miró con intensidad desde su posición privilegiada. Ahora que había saltado, bien podía tirarse de cabeza.

—Sé mi esposa.

—Yo... —empezó confusa. Pero cuando pareció entender lo que Gabriel le pedía, se levantó bruscamente haciendo que él se apartara. Se ató el vestido con rapidez, apartándose de él, y recogió los guantes que habían terminado por el suelo. Su mirada reflejaba confusión y miedo.

Demonios, lo había estropeado.

Se alejó de él aún más, pero Gabriel no intentó tocarla; sabía que aún sería peor, que la asustaría todavía más. Él mismo estaba asustado por lo que había hecho hacía unos segundos. Solo la observó mientras cogía su capa y se la volvía a poner, como si fuese un escudo protector contra él. Todavía respiraba con dificultad, un eco de su propio caos interior.

No lo miró cuando volvió a hablar.

—Lo siento, tengo que irme.

Ni siquiera hizo ademán de detenerla cuando salió corriendo del invernadero en dirección a la casa.

Lejos de él.

Capítulo 10

Todo el mundo sabe, queridos lectores, que los jardines son un escenario muy bien preparado para el escándalo, sobre todo cuando llega la noche y la oscuridad se apodera de cada rincón. Con toda mi buena voluntad, aconsejo precaución cuando se pasee por uno de ellos después de atardecer, pues nunca se sabe qué se puede encontrar tras el próximo árbol. Algunos caballeros son expertos en armar escándalos en los jardines, o esos son los rumores. Y si no, que se lo pregunten al conde de Havilland. Al hijo no, al padre.

**De la columna «The Golden Swan».
30 de mayo de 1854**

Una nueva noche londinense había llegado. Belle miraba por la ventana del carruaje Clayton sumida en sus pensamientos. La familia Walls iba de camino a la velada musical que organizaba dos veces al año la condesa de Middleton, donde las jóvenes damas de la familia tocaban algunas piezas clásicas con más o menos acierto. Belle no estaba muy versada en el arte de la canción, pero *lady* Rosalie Ridgeway, cuya mayor afición era la música, solía decir en cada velada que sin duda había oído cosas peores a lo largo de su vida.

Aunque, para ella, la velada musical Middleton era la menor de sus preocupaciones.

«Cásate conmigo».

Cerró los ojos, cansada. Hacía semana y media de aquello, cuando Gabriel le había pedido matrimonio de la peor manera posible. Cuando... cuando había averiguado por fin qué era sentir sus labios contra la piel. Desde ese momento había hablado poco y había dormido aún menos. Su familia, pensando que todavía estaba algo enferma, la había dejado tranquila, pero Belle sabía que estaban preocupados. Así que, tras una severa pero firme discusión consigo misma, había anunciado que saldría con ellos aquella noche. Aunque no estuviese preparada para encarar a Gabriel ni a nadie.

Él no había hecho ademán de comunicarse con ella ni de visitarla para

reafirmar su petición o retirarla. Belle quería creer que no estaba pensando con coherencia cuando se lo dijo —de forma muy poco romántica, por cierto—, como si fuese una orden que ella debía cumplir. Porque el que lo dijese de verdad era una alternativa mucho peor. Sin duda, dolía más.

«Sé mi esposa».

Le había pedido que no la cortejase y Gabriel lo había estropeado en dos segundos. No, debía ser justa consigo misma y con él. Era ella quien lo había arruinado todo al besarlo. ¿En qué demonios estaba pensando? Se había preguntado eso muchas veces, furiosa consigo misma.

En nada.

En todo.

Simplemente había estado allí, en aquel invernadero rebosante de amor, y no había podido evitar preguntarle por qué se conformaba de aquella manera cuando lo que habían tenido Olivia y Joseph Satheron era lo que ella había deseado toda su vida. Estaba enfadada con él por no desear lo mismo que ella. Era ilógico y estúpido, pero no podía evitarlo. Entonces, la respuesta que él le dio la enfureció aún más y... cuando entendió qué había hecho, él ya se había apoderado de su boca, impidiéndole pensar con claridad.

Había sido tan... intenso. Tanto, que hasta se le había olvidado que alguien podría haberlos visto. Lo había sentido por todas partes, hasta el mismo interior del cuerpo. El calor se había apoderado de ella, avivado por las continuas caricias de Gabriel. Y había deseado... más. Esa inocente palabra nunca había significado tanto como en aquel momento.

Pero él había dicho aquello y ella no había podido evitar huir. No podía responder en ese momento, con la confusión y el deseo nublándole la mente. La tentación de responder que sí era demasiado fuerte, así como la de responder que no. Si le decía que sí, estaría insultando sus propios principios, pues sabía que él no la amaba y ella no quería un matrimonio sin amor. Y si le decía que no... estaría insultando a su corazón.

Y eso lo hacía todo mucho más difícil.

—¿Estás bien, Belle? —Su madre la miraba con preocupación desde el otro lado del carruaje.

La joven salió de su estupor y se dio cuenta de que sus padres la miraban con extrañeza. Seguramente le habrían hablado y ella ni lo había oído, tan

sumida en sus pensamientos como estaba. Se sintió culpable de inmediato y decidió que ya estaba bien de pensar. No iba a amargarle la noche a su familia porque no fuese capaz de afrontar sus problemas. Se obligó a sonreír.

—Perfectamente —respondió con todo el convencimiento posible—. Solo estaba algo distraída por el nuevo libro que estoy leyendo.

Si su hermana hubiese estado allí, habría aceptado aquella respuesta, pero la joven sabía que sus padres no eran tan fáciles de convencer, sobre todo el vizconde, que la conocía mejor que nadie y la miraba con el ceño fruncido.

Por suerte, el carruaje llegó a su destino antes de que alguno de los dos preguntase nada más y Belle tuviese que mentirles otra vez. No le gustaba nada engañar a su familia, pero no podía contar nada. Si su madre supiese de la petición de matrimonio, pondría el grito en el cielo y seguramente la instaría a aceptar enseguida.

No, era mejor callarse.

La familia Walls entró en Middleton House y el vizconde fue rápidamente absorbido por una marea de caballeros que hablaban ruidosamente en una de las habitaciones adyacentes al salón de baile, donde ya estaba colocada la brillante tarima que hacía de escenario, y dejó a solas a madre e hija.

—¡Aquí estáis! —dijo una voz tras ellas.

Jane y Belle se giraron para encontrarse con *lady* Satherton, acompañada de Sophie. El nudo que apretaba el estómago de Belle desde hacía una semana aumentó de tamaño en apenas segundos. La joven estaba segura de que los Daventry estarían invitados a la velada, ya que eran una de las familias más populares de Londres, pero Belle había tenido la esperanza de que no apareciesen aquella noche.

Dios Santo, ¿qué habría hecho si alguien los hubiese visto? ¿De haberse visto comprometida y forzada a casarse? ¿Qué les habría dicho a sus padres? ¿O a *lady* Satherton? ¿Cómo los miraría a la cara? Sin duda, era una idiota sin remedio. Una vez más desde hacía días, se recriminó haber sido tan impulsiva.

Cuando Belle volvió sola del paseo con Gabriel, confusa y alterada, *lady* Satherton la miró preocupada, pero no le dijo nada ni quiso averiguar qué

había pasado, hecho que Belle le agradeció de corazón. Sin embargo, la joven se preguntaba con pesar si Gabriel le habría contado algo de lo que había pasado entre ellos. Si le habría contado que prácticamente lo había rechazado.

Aquella mujer le gustaba mucho y no quería enemistarse con ella. Pero ¿cómo culparla? A ninguna madre le gustaría que rechazaran a su hijo, más cuando se tiene tantas ganas de verlo casado y se ejerce de casamentera con tanto ímpetu.

Pero la sonrisa que le dedicó *lady* Satherton no tenía nada de animosidad, y Belle pudo respirar mejor. Quizá al final no le había contado nada.

—¡Vamos a sentarnos! —exclamó Sophie, cogiéndola del brazo y arrastrándola hasta la tercera fila de asientos dispuestos para el público que acudía a la velada musical.

Allí ya estaba sentada Rosalie Ridgeway, que saludó a ambas jóvenes con una sonrisa tímida. Las madres se sentaron un poco apartadas para darles algo de espacio a sus hijas y, sin duda, ponerse al día sobre las últimas noticias. Las jóvenes estuvieron hablando unos minutos animadamente, lo que hizo que Belle consiguiese relajarse del todo, hasta que Simon se presentó con una de sus acostumbradas sonrisas alegres.

—Saludos, bellas damas —dijo tomando asiento al lado de Rosalie, que parecía mucho más contenta ahora que él estaba ahí—. ¿Dispuestas a escuchar dos horas de continua música clásica?

—No —aventuró Sophie, poniendo los ojos en blanco—. Estoy aquí porque mamá me ha obligado.

—A mí me parece que tocan muy bien —dijo Belle.

Sophie se sonrojó, como si no hubiese sido su intención criticar a las jóvenes intérpretes.

—¡No es eso! —exclamó agitadamente—. Es que me aburren las veladas musicales.

—Ya somos dos —dijo Simon riendo e intercambiando una mirada de complicidad con su hermana.

—Entonces, ¿qué hace aquí? —preguntó Belle.

Simon desvió con cierta desgana los ojos claros hacia la joven. ¿Era su imaginación o había estado mirando a Rosalie más de la cuenta?

—Nuestra madre es difícil de esquivar, señorita Walls —respondió. Simon hizo una pausa algo extraña antes de añadir con una sonrisa—. Ninguno de nosotros hemos podido sortear la invitación.

Las palabras dieron de golpe en el blanco y el nudo que se le había ido aflojando en el estómago volvió a apretarse. Él estaba allí, maldita sea. Sabía que era una posibilidad, pero, al igual que con su familia, mantenía la esperanza de que no acudiese. ¿Era demasiado tarde para huir?

Definitivamente, sí.

Discretamente, o eso esperaba, dio un lento barrido a la sala y allí estaba. En un rincón alejado, hablaba con su hermano Michael, pero la miraba directamente a ella. Belle tragó saliva inconscientemente al sentir aquellos ojos grises sobre su persona y se obligó a sostenerle la mirada. Gabriel movió ligeramente la cabeza hacia un lado, señalando el ventanal. Acto seguido, cuando estuvo seguro de que ella lo había entendido, se levantó y salió por la puerta de la terraza que daba acceso al jardín.

Podía no ir, pero eso significaría seguir huyendo y ya era suficiente. Ella no era de las que no afrontaban los problemas.

Pero ¿cómo podría escabullirse? Había demasiada gente a su alrededor. Tenía que encontrar la manera de salir al jardín sin que nadie se diese cuenta. Si alguien la veía sería un escándalo, porque las damas no podían andar solas y menos salir fuera de noche. Belle suspiró resignada. Gabriel siempre estaba metiéndola en problemas. Era cuestión de tiempo que alguien los viera.

Sacudió la cabeza para eliminar esos funestos pensamientos; sabía que solo eran excusas. Tenía que enfrentarse a él.

—Tengo que ir al tocador un momento —dijo levantándose de repente. Los demás la miraron sorprendidos, la función estaba a punto de empezar—. Volveré enseguida.

—¿Quieres que te acompañe? —sugirió Sophie.

—No te preocupes, serán solo unos minutos —Belle sonrió tranquilizadamente y luego marchó por el lado contrario a aquel en el que se encontraba sentada su madre. No necesitaba más preguntas ni mentir aún más.

Fue en dirección al tocador de las damas y se alegró de no encontrarse a nadie. Cuando hubo salido del salón y estuvo segura de que nadie la miraba,

atravesó otro de los ventanales, cercano al que había utilizado Gabriel. Daba a otra terraza, también solitaria, y Belle se acercó a la baranda para respirar hondo y armarse de valor para estar de nuevo a solas con él. No confiaba en sí misma, en poder resistirse a él. La enfadaba que tuviera ese poder sobre ella, que le hiciera perder la razón de aquella forma.

Debía ser fuerte.

—Ya creía que no vendrías.

Belle se sobresaltó y giró la cabeza hacia la izquierda. Gabriel estaba ahí, apenas iluminado por la luz que entraba desde la casa. Ni siquiera lo había oído llegar, pero su voz ya era inconfundible para ella.

Verlo le aceleró el pulso, pues, aunque no podía verlo con claridad, sentía su intensa mirada fija en ella. Estaba tan imponente como siempre o quizá más. Belle no estaba segura de cómo comportarse ahora que habían cruzado aquella línea que había resultado ser tan fina.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó para ganar tiempo y ordenar sus pensamientos, que eran un absoluto caos.

Él se acercó a ella lentamente y la joven se obligó a no retroceder. No quería que pensara que le tenía miedo; no era el caso. No era él quien la asustaba, sino lo que Belle sentía cuando estaba a su lado. Eso la aterraba tanto que le costaba respirar con normalidad.

—Quizá porque me comporté como un imbécil la última vez que nos vimos —dijo él parando a escasos centímetros de ella—. Y te pido disculpas.

Ella arqueó las cejas, algo sorprendida. Es cierto que el protocolo dicta que los caballeros se disculpen en estos casos, pero Belle esperaba que fuese por la petición matrimonial y no por... lo otro. Decidió no preguntar, no era lo suficientemente valiente como para mantener la compostura si era por ambas cosas.

—Para ser justos, yo empecé —dijo en cambio en un susurro, algo avergonzada al recordar su escandaloso comportamiento.

Belle percibió más que vio que Gabriel sonreía y la atravesaba con sus grandes ojos grises.

—¿Te arrepientes?

La joven le sostuvo la mirada, pensando en su respuesta. Besar lo había sido como saltar desde un precipicio sin la certeza absoluta de que abajo

hubiese agua o una red que amortiguase la caída. La mezcla de desasosiego y emoción que la embargó era imposible describir. Todo se había destrozado después de eso pero, aun así...

—No.

Su proximidad la abrumó, pero no podía moverse. Él estaba demasiado cerca, podía sentir en la piel el calor que desprendía su cuerpo, respirar su aroma a jabón y a hombre. La miró como si pudiese penetrar en su alma, en su mente, y conocer todos sus secretos, lo que albergaba su corazón. Cuando Gabriel le puso las manos a ambos lados de la cara, supo qué iba a hacer y su cuerpo traidor se estremeció por la anticipación.

—No sabes cuánto me alegro.

Esa vez fue él quien la besó a ella, quien unió sus labios y los incendió a ambos. Belle soltó un grito ahogado y se sujetó a sus fuertes brazos para no caer, y el marqués aprovechó para saquear su boca a conciencia, acariciándola con la lengua hasta hacerla olvidar incluso su propio nombre.

Fue un beso hambriento, pasional, poderoso... Un beso que incendió las venas de Belle y concentró un calor líquido en la parte baja de su vientre, que hizo que le flaquearan las piernas. Un beso que inflamó su corazón y su alma.

Un beso que le hizo ver que aquello no estaba bien. Le estaba dando esperanzas al responderle de ese modo, pero no podía parar. Se sentía tan bien allí, entre sus brazos, que deseó que se congelase el tiempo para poder permanecer así eternamente. Pero era un deseo inútil.

Sentía algo muy fuerte por él, se lo decía el corazón cuando latía desenfrenado por su mera presencia. Cuando sus deseos de verlo eran más fuertes que los de evitarlo. Cuando le sonreía antes de mover una pieza en el tablero y ella tenía que contener la respiración.

En ese momento lo supo; no podía casarse con él. La destrozaría. A pesar de negarse con toda su alma a un matrimonio de conveniencia, acababa de darse cuenta de que era mejor sentir solamente cariño por alguien que amar con todo tu ser y no ser correspondida.

Se le encogió el corazón, pero se obligó a no derramar ninguna lágrima. No todavía. Hizo falta que hiciese acopio de toda su fuerza de voluntad para apartarse de él colocando las manos en su pecho y empujándole lejos de ella.

—Para, Gabriel, por favor.

Se separó de ella, pero no la soltó. La miraba con una expresión tan extraña que no supo descifrarla. Las luces de la casa le iluminaban apenas la cara, dejando parte de ella en sombras.

—¿Qué pasa?

Belle cerró los ojos unos segundos, sabiendo que lo que iba a decir la dejaría hundida, pero sabiendo que era lo correcto. Respiró hondo y se obligó a arrancarse las palabras.

—No puedo casarme contigo.



La voz de Isabelle resonó en el amplio jardín, fuerte y certera, e impactó en el pecho de Gabriel como un afilado cuchillo. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de lo que mucho que le dolía que ella le diese una negativa.

Y ahí estaba, no quería casarse con él. Sabía que cabía la posibilidad de que Isabelle no aceptase, pero ella también tenía que ver lo bien que encajaban juntos, lo bien que iría su matrimonio. ¿Por qué seguía negándose?

Admitía que la petición no había sido demasiado convencional, pero cuando entró en aquel invernadero no había tenido intención de hacerla; simplemente pasó sin haberlo pensado siquiera; pero cuando lo dijo supo que era verdad. Quería casarse con aquella mujer. Quería que fuese su esposa.

Al huir como un cervatillo asustado, Gabriel supuso que Isabelle necesitaría tiempo para reflexionar y él se lo había dado. Había tenido más de una semana y solo Dios sabía lo mucho que le había costado no ir a verla para reafirmar su propuesta. Pero ella necesitaba espacio y él estaba dispuesto a concedérselo. Le daría cualquier cosa poder al final escuchar un *sí* de sus labios.

Así que, al oír su negativa, tuvo la certeza de que, en el fondo de su corazón, realmente había albergado esperanzas de que ella aceptase. Esperanzas vanas, al parecer.

Se pasó una mano por el pelo, nervioso.

—¿Por qué, Isabelle? —Su voz sonaba abatida hasta para él—. Puedo dártelo todo, la luna y las estrellas si me lo pides —le preguntó soltándola y alejándose un poco de ella.

La joven negó con la cabeza lentamente, sin apartar la vista de él. Así era ella, siempre orgullosa. Pero también parecía cansada y... resignada.

—Aún no lo entiendes. Me dan igual la luna y las estrellas —respondió suavemente. Al mirarla, Gabriel vio infinita tristeza en sus ojos y un nudo acudió a su garganta. Jamás había visto esa expresión en su mirada. Estaba desolada—. Yo solo te quiero a ti.

—Me tendrás —respondió automáticamente, aunque tuvo la sensación de que era la respuesta equivocada.

Isabelle sonrió débilmente, como si se compadeciese de él por no ver lo que ella sí veía con tanta claridad, por no saber lo que ella sabía con tanta seguridad.

—No todo.

Gabriel se quedó paralizado mientras Isabelle se marchaba de vuelta al salón. No estuvo seguro, pero habría jurado que un sollozo había brotado de la garganta de la joven antes de desaparecer de su vista.

Y eso lo destrozó más que cualquier otra cosa.

Capítulo 11

Se ha visto esta semana a Sebastian Allerton, quien parece haber vuelto a la ciudad permanentemente, hablando con su padre, el conde de Markwall. Todos saben que estos dos hombres han estado siempre en muy malas relaciones, pero nunca se ha sabido el motivo que los llevó a distanciarse. Los testigos no han sabido decir si era una conversación cordial o una discusión. ¿Se habrán reconciliado por fin o estarán peor que nunca? El tiempo lo dirá.

No sé ustedes, queridos lectores, pero yo creo que la familia es algo muy importante. Esté unida o no.

**De la columna «The Golden Swan».
6 de junio de 1854**

—Hija, hoy estás realmente en otro planeta.

Belle levantó la mirada del tablero de ajedrez mientras su padre se comía uno de los alfiles de la joven con enorme facilidad, tras un movimiento realmente estúpido por parte de ella. Parecía una novata, pero era incapaz de concentrarse en el juego. Le era imposible pensar en las jugadas.

Su padre la miraba con preocupación y eso lo empeoraba todo, porque le resultaba más difícil no ponerse a llorar. Quería acurrucarse en el regazo de su padre y dejar que la abrazase y le acariciase el pelo. Quería que le dijese que todo iría bien, que él tenía muchas tiritas para arreglarle el corazón.

Porque lo tenía hecho añicos.

Pero ¿cómo podría contarle a su padre todo lo que había pasado? Seguramente iría a pegarle una paliza a Gabriel y Belle no quería eso. Al fin y al cabo, él no tenía la culpa de que ella se hubiese enamorado como una tonta.

—Lo siento, padre —respondió echándose hacia atrás en el sillón—. Hoy no me encuentro bien.

Llevaba días así, en realidad, y su padre lo sabía. Era mucho más difícil esquivarlo a él que a su madre o su hermana. Intentó concentrarse en la partida y tratar de salvarse de una derrota humillante. ¿Dónde había quedado

su espíritu competitivo? Estaba decepcionada consigo misma.

—¿Por qué no me cuentas lo que te preocupa desde que volvimos de Lily Manor? —preguntó el hombre cuando ella se disponía a mover el caballo. Se quedó con el trebejo en la mano unos segundos, antes de colocarlo en una nueva casilla.

Era mejor no hacerse la tonta. De todas formas, él no la creería si mentía.

—No quiero hablar de ello.

El vizconde se comió otra de las piezas de Belle sin ningún tipo de peligro a su alrededor. Se estaba luciendo, y eso que su padre no estaba siendo tan despiadado como debería. Se dio cuenta de que tenía un estilo de juego mucho menos agresivo que el de Gabriel.

No sigas por ahí, Belle. No pronuncies su nombre.

Como si pudiese evitarlo.

—¿No quieres o no puedes? —El hombre la miró como si lo entendiese todo, por eso le pareció que ya sabía lo que Belle iba a responderle.

—Ambos.

Otro de los peones de Belle cayó del tablero. Su padre no insistió, aunque sabía que se moría de ganas por tener respuestas. Sin embargo, se equivocaba, porque en realidad no había terminado de hablar.

—Conozco esa mirada, se la vi a tu madre el día en que supo que íbamos a casarnos. —La miró con ternura y algo más que no supo identificar—. Te han roto el corazón, ¿verdad?

Abrió mucho los ojos, sorprendida por que su padre hubiese dado en el clavo con tanta facilidad. Las preguntas se agolparon en su cerebro como cohetes estallando con gran estrépito, y tan solo pudo balbucir un simple...

—¿Q... qué?

La partida quedó abandonada a un segundo plano. Su padre sonrió y le cogió la mano por encima de la mesa. Su contacto, cálido y firme, la reconfortó más que cualquier otra cosa.

—Tranquila, no voy a contárselo a nadie y tampoco te voy a pedir que me digas quién es él, porque acabaría retándolo a duelo —dijo eso último con fiereza y Belle no podía imaginarse a su tranquilo padre retando a duelo a nadie. Pero, a pesar de su beligerante afirmación, su mirada era suave—, pero

sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

Emocionada, la joven se obligó a contener las lágrimas de nuevo. Aunque los quería a los dos, siempre había conectado más con su padre que con su madre. Pasaba más tiempo con él y desde pequeña había preferido su compañía a la de cualquier otro, porque se parecían mucho. Ahora él había vuelto a leer en ella como en un libro abierto, diciendo justo las palabras adecuadas.

Sonrió débilmente.

—Gracias, papá.

El vizconde parpadeó, visiblemente enternecido, y Belle sabía por qué. No lo había llamado *papá* desde que era niña. Al crecer, también se había desarrollado el apelativo, convirtiéndose en el serio y correcto *padre*. Belle no sabía lo mucho que le importaba eso al vizconde y se dio cuenta de que ella también prefería el otro trato.

Padre e hija sonrieron. Ella sabía que su padre no iba a insistir, y el vizconde sabía que Belle acudiría a él si lo necesitaba. Con eso bastaba. Sin decir nada, la partida de ajedrez se reanudó. No obstante, algo flotaba en la mente de Belle, algo importante. Cuando supo qué era lo que estaba carcomiéndola por dentro, la partida ya estaba en su recta final.

—¿Has dicho que mamá tenía la misma cara cuando supo que ibais a casaros? —Aquella afirmación la había sorprendido, pero había olvidado ahondar en ella.

El vizconde movió la torre del rey dos casillas a la derecha antes de asentir.

—¿Por qué? —preguntó mientras eliminaba del tablero a un caballo.

—Porque tu madre no quería casarse conmigo, claro —respondió como si aquello fuese evidente—. Ni yo con ella, he de decir.

Al ver la cara que puso su hija, el vizconde se apresuró a explicarse, repentinamente avergonzado.

—No me malinterpretes. Quiero muchísimo a tu madre, era y es mi mejor amiga. Y ella me quiere a mí —dijo esbozando media sonrisa—. Pero no nos queremos como un matrimonio debería quererse.

Belle asintió, eso lo sabía desde hacía tiempo. Sus padres habían sido los mejores amigos y se querían, sentían cariño el uno por el otro, pero no se

amaban. Le habían contado hacía años que los abuelos de Belle habían concertado el matrimonio y ellos no habían tenido oportunidad de negarse o aceptar. Siempre solían decir que habían tenido más suerte que muchos, que gente que no ve a su futuro cónyuge hasta el día de la boda; por eso Belle se negaba al matrimonio, porque no quería ser de esas que veían a su marido tres veces contadas. Ella quería... En ese momento, ató cabos y entendió lo que había querido decir su padre.

—¿Mamá estaba enamorada de otro?

Por la mirada que le lanzó su padre, supo que había acertado.

—Eso es algo que tiene que contarte ella cuando lo crea oportuno —le dijo pacientemente—. Yo no soy quién para desvelar sus secretos.

La joven asintió. Pensó en Gabriel y en su propia situación, enamorada sin ser correspondida, rechazando la única propuesta de matrimonio que habría podido aceptar. Por alguna razón, aquello parecía mucho peor que casarse por conveniencia. Estaba arruinada para cualquier otro, porque sabía que no querría a nadie como a él. Quizá debería prepararse para su vida de tía solterona cuando Mary tuviese hijos.

Se imaginó a Gabriel casándose con otra para perpetuar el título, haciéndole a otra lo que le había hecho a ella. Haciéndola reír y abrazándola por las noches. Sintió una punzada en el pecho ante ese pensamiento. Era insoportable, pero era lo que ella había elegido.

—Papá, ¿qué habría pasado si tú hubieras amado a mamá, pero ella a ti no?

Si a su padre le extrañó la pregunta, no dijo nada. En cambio, reflexionó sobre la respuesta un buen rato, sin dejar de mirarla mientras pensaba en ello. Belle empezaba a ponerse nerviosa cuando él habló por fin.

—Supongo que seguiría amándola para siempre, aunque ella no me correspondiese —dijo con calma, con la sinceridad pintada en el rostro—. Dicen que cuando conoces a esa persona a la que amar con todo el corazón, nunca se olvida por mucho que lo intentes.

Belle asintió. Ahora sabía que su padre tenía mucha razón en eso. Ella la había conocido y sufría por ello.

—Pero ¿te habrías casado con ella de todas formas? Quiero decir, si hubieses podido elegir.

El vizconde la miró con fijeza.

—No he tenido la fortuna o desgracia de enamorarme —parecía sereno, simplemente constatando un hecho—. Pero amar sin ser correspondido debe de ser muy doloroso.

Bien lo sabía ella.

—Sin embargo, respondiendo a tu pregunta, sí —siguió diciendo su padre—. Me habría casado con ella.

La joven arqueó las cejas, asombrada. No esperaba esa respuesta.

—¿Por qué?

—Porque habría tratado por todos los medios de que ella se enamorase de mí también —dijo con ojos brillantes, como si de verdad estuviese preparado para luchar contra viento y marea. Cuando lo miró a los ojos, le dio la sensación de que ya no hablaban de sus padres—. Lucharía hasta el final y, si fracasara, afrontaría las consecuencias. Pero ¿rendirme? Nunca.

Belle lo miró impactada por sus palabras al descubrir aquella nueva faceta de su padre que no conocía. Él lucharía, había dicho. Sería valiente y se arriesgaría, aunque acabase con una cicatriz incurable en el corazón. Pero ella se había rendido, había decidido proteger su corazón y no hacerse más daño del que ya había sufrido.

¿Eso la convertía en una cobarde?

Su padre pareció leerle nuevamente el pensamiento, porque sonrió. Rodeó la mesa y la levantó del sillón para darle un abrazo. Belle apoyó la cabeza en su hombro y respiró hondo, más calmada. La presencia de su padre siempre lograba serenarla aunque pareciese imposible.

—El amor duele y asusta, Belle —le explicó después de darle un beso en el pelo—. Pero también es algo maravilloso que nos colma de felicidad. Tienes que saber aceptar ambos lados con los brazos abiertos.

Tenía razón. El amor era todo eso y más; era sentirse feliz y asustado al mismo tiempo, desear con todo el corazón ser correspondido por la otra persona; era llorar y reír con motivo o sin él; era intentar ser valiente aunque todo estuviese en tu contra.

Era luchar y no rendirse.

—Pareces muy seguro para no haberte enamorado nunca —intentó bromear ella, levantando la cabeza para mirarlo.

Él sonrió como si supiese algo que ella desconocía.

—Es cierto, pero sí sé qué es amar hasta el punto de querer dar la vida por una persona —respondió él mirándola con cariño infinito—. Me pasa contigo y con tu hermana.

Belle tragó, incapaz de hablar. Él también lo amaba con toda su alma, al igual que a su madre y a su hermana. Había muchos tipos de amor y muchas formas de amar, con vínculos de sangre o sin ellos. A veces, una amiga podía convertirse en alguien de tu familia sin necesidad de compartir una gota de sangre. Otras, una persona de la misma familia podía convertirse en un desconocido. Pero el amor que ella sentía por su familia era incondicional.

—Y ahora... —dijo su padre, separándose un poco de ella e inclinándose para mover una de las piezas del tablero—. Jaque mate.

La miró como diciendo «no podía desaprovechar la oportunidad de ganarte» y le dedicó una sonrisa de disculpa. Belle rio, aunque no tenía ningún motivo para ello. Rio de corazón por primera vez en días, y aquello fue liberador en cierto modo. Aquello le dio esperanza.

—Te ganaré a la próxima, no lo dudes.



Satherton House siempre estaba llena de vida y a Gabriel le encantaba que fuese así. Aunque no vivía en la casa desde hacía unos años para poder gozar de la independencia que desean todos los jóvenes, solía ir casi todos los días a ver a su madre y a los Daventry que estuviesen allí en ese momento. Nunca se sabía quién estaría en casa, así que era, en cierto modo, una sorpresa continua.

Ese día, sin embargo, solo estaba su madre para recibirlo.

—¡Cariño! —dijo Olivia cuando estuvo a su altura. Gabriel le dio un beso en la mejilla y su madre le sonrió—. No te esperaba tan pronto.

Su madre le había mandado una nota para que fuese a tomar el té con ella y, naturalmente, aquello era un motivo para echarse a temblar y querer huir a la India. Adoraba a su madre, pero aquellas reuniones solían acabar con una lista interminable de damas casaderas, seguida de un discurso de por qué casarse era una buenísima idea. Normalmente, Gabriel sabía capear el

temporal, pero aquel día no estaba de humor para aguantar ese tipo de charla. No obstante, no era tan rastrero como para negarle a su madre una visita y menos cuando ella misma lo pedía. Los Daventry siempre habían estado muy unidos y eso no iba a cambiar porque Gabriel tuviese ganas de golpear cualquier objeto fácil de romper.

Un estado de ánimo que perduraba desde la última conversación con Isabelle. Lo había rechazado y Gabriel no estaba acostumbrado a que lo rechazasen. Debía admitir que su orgullo estaba herido, pero no era eso lo que más le preocupaba. Llevaba días dándole vueltas a las últimas palabras que dijo la joven antes de marcharse, pues no les veía el sentido. ¿Qué quería de él? Demonios, ¿por qué las mujeres no eran claras al hablar? Los hombres de todo el planeta agradecerían algún manual de instrucciones para saber cómo tratar con las damas. Él, desde luego, pagaría por tenerlo.

Se sentía frustrado, pero había procurado que su familia no se diese cuenta de ello. Lo último que necesitaba era enfrentarse a preguntas que no podía ni quería responder. Así que sonrió a su madre e inclinó la cabeza en su dirección.

—Dios me libre de hacerte esperar, madre.

La mujer rio y lo condujo hasta el salón donde la familia solía reunirse cuando no tenía otras visitas y que estaba milagrosamente vacío. Su madre llamó para que les llevaran una bandeja de té y algo de comer.

—¿Y mis hermanos? —preguntó mientras tomaba asiento en su sillón favorito, grande y mullido—. ¿Han huido al saber que venía?

—Michael estuvo aquí ayer —le explicó su madre mientras se colocaba bien el vestido y se sentaba frente a él con la elegancia natural que la caracterizaba—. Simon creo que está en el club y tus hermanas han ido a dar un paseo para que Gwendolyn pudiese inspirarse.

Gabriel sonrió. Gwen siempre llevaba sus pinturas y sus cuadernos a todos lados para dibujar y pintar cualquier cosa que se le ocurriese o viese. No le extrañaba nada que hubiera ido en busca de inspiración, pues al final se le tenían que acabar las ideas. La última vez que se había asomado a su habitación, las paredes no se veían bajo la cantidad de papeles y lienzos dibujados.

En ese momento llevaron el té y su madre se ocupó de servirlo. Dos

terrones, sin leche, para él. Un chorrito de leche para ella y solo un terrón de azúcar. Estuvieron en silencio un par de minutos mientras su madre observaba el té como si estuviese desentrañando un enigma especialmente complicado a través del líquido ambarino. Gabriel esperó paciente a que su madre le dijese qué le rondaba por la cabeza. El marqués tenía la sensación de que no iba a gustarle, pero soportó el silencio con estoicismo.

Sin embargo, se sorprendió al escucharla, pues no esperaba que plantease el tema de aquella forma.

—¿Qué ha pasado entre la señorita Walls y tú?

Directa y a la yugular.

Gabriel fue a abrir la boca, aunque no estaba seguro de qué decir a continuación, pero su madre lo cortó antes de que pudiese decir una sola palabra.

—Y no te esfuerces en negarlo, Gabriel, no soy tonta —replicó la mujer sin apenas inmutarse—. No quiero saber qué pasó en Lily Manor, estoy segura de que no, pero el día de la velada Middleton los dos estabais muy trastornados. —La mirada que le lanzó fue tajante—. Y ambos estuvisteis desaparecidos al menos diez minutos.

Como si pudiese negarlo. Al fin y al cabo, fue ella la que se llevó a rastras a la doncella de Isabelle para dejarlos a solas. Su madre no se caracterizaría por ser sutil, pero sí por ser muy observadora.

Lo miraba con el ceño fruncido, esperando una respuesta. Gabriel respiró hondo, buscando las palabras adecuadas. No quería que su madre interviniese ni quería que supiera que ella no quería casarse con él, así que, por supuesto, respondió algo totalmente diferente a lo que había planeado.

—No te metas en esto, madre. No hay nada que hacer.

Olivia debió de ver algo en su cara, porque no insistió. Lo miró con tanta intensidad que Gabriel tuvo ganas de apartar la mirada como si volviese a tener cinco años y ella lo hubiese encontrado robando dulces de la cocina. Por supuesto, no lo hizo.

—Escúchame bien, Gabriel. Siempre hay algo que hacer.

El marqués arqueó levemente las cejas, algo sorprendido por la vehemencia de su madre. Su mirada brillaba con la determinación que había visto en ella desde que tenía uso de razón. *Lady* Olivia Satherton era una

luchadora que había criado y cuidado a sus cinco hijos sola durante siete años, y no lo había hecho nada mal. No todo el mundo era capaz de tamaña hazaña, y Gabriel la admiraba por ello. Ojalá él fuera capaz de criar a sus futuros hijos tan bien como su padre y ella lo hicieron.

Joseph Satherton era un hombre fuerte, que siempre sonreía y que bromeaba con todo el mundo. Simon se parecía mucho a él, mucho más que los demás. Gabriel recordaba lo mucho que mimaba a su esposa, la mirada enamorada que le dedicaba cada día, cada minuto. Y lo mismo con sus hijos, con todos ellos. Él siempre lo buscaba cuando era niño, esperando que le enseñase algo nuevo, que hiciesen algo juntos. Y así era. Gracias al antiguo marqués, Gabriel aprendió a ser un hombre hecho y derecho; pudo asumir su papel y cuidar de su familia cuando él murió. Gracias a sus padres supo lo que significaba el amor verdadero, porque lo vio cada día en ellos durante muchos años, aunque no era algo que hubiera deseado para él. No estaba en lo alto de su lista de prioridades, al menos; lo primero era cuidar de la familia.

—¿Papá deseaba un matrimonio por amor antes de conocerte?

No había tenido intención de preguntarle eso, pero, tras pronunciar las palabras, se dio cuenta de que deseaba conocer la respuesta.

Su madre lo miró, sorprendida y con razón. Gabriel nunca había preguntado por su padre desde que este murió, aunque no sabía muy bien por qué. Quizá porque era demasiado doloroso recordarlo, porque se había ido demasiado pronto. Joseph Satherton siempre había sido su ejemplo a seguir, el hombre en el que Gabriel quería convertirse. Fuerte, generoso y de buen corazón.

Pero él no era su padre y nunca lo sería.

—No —le respondió Olivia. Miraba al infinito, recordando a su adorado esposo con una sonrisa triste—. En realidad, yo iba a casarme con su hermano Edward.

Gabriel arqueó las cejas con sorpresa. El tío Edward vivía en América desde hacía años y él lo había visto apenas unas cuantas veces. Se había casado con una dama americana y sabía que tenían un hijo aproximadamente de la edad de Simon, al que solo había visto una vez cuando eran niños. Desde luego, imaginarlo casado con su madre era muy difícil. Por lo que

sabía, tío Edward adoraba a su esposa, así que no debió de importarle mucho el hecho de que su prometida acabara siendo su cuñada.

—Mis padres querían emparentar con los Satherton y eligieron a Edward para mí. Aunque no era el heredero, seguía siendo un matrimonio ventajoso —le explicó—. Me gustaba, era muy agradable y simpático, pero lo olvidé por completo en cuanto conocí a Joseph.

El rostro de su madre adquirió una expresión soñadora al recordar el momento en el que conoció a su marido. Gabriel ya sabía lo que iba después de eso. Sus padres se enamoraron prácticamente desde el primer momento y la boda fue de lo más sonada. Una boda por amor, menudo acontecimiento. A pesar de ser tan fríos, los ingleses adoraban los matrimonios por amor; eran tan escasos que se disfrutaban al máximo, aunque fuesen ajenos.

—Tu padre no había pensado en casarse por amor hasta que me conoció, su responsabilidad siempre había sido con el título —siguió diciendo Olivia. Gabriel sintió que esas palabras le sonaban como un eco de las suyas—. Pero siempre me decía que lo que más deseaba era que vosotros supierais lo que era amar de todo corazón, como él me amaba a mí.

Amor incondicional, eso veía en los ojos llenos de lágrimas contenidas de su madre. Aun tras años fallecido, seguía sintiendo lo mismo por su marqués, un amor tan sincero, fuerte y puro que Gabriel lo veía rebosar por cada poro de su piel.

«¿Cómo no puedes querer lo mismo que ellos?».

En ese momento, entendió a lo que se refería Isabelle con esas palabras. ¿Cómo no desear amar y ser amado? ¿Cómo no querer tener un vínculo tan poderoso con la persona indicada? Una compañera, una amiga, una amante... Alguien en quien confiar con los ojos cerrados. Alguien por quien merece la pena morir, pero, sobre todo, por quien merece la pena vivir. Había querido ser como su padre desde niño, pero por el camino había olvidado algo importante que lo caracterizaba mucho más que cualquier otra de sus cualidades o defectos: su capacidad de amar.

Y eso nunca había sido tan importante como ahora.

Ahora lo veía; eso era lo que ella quería, lo que la había hecho rechazarle con tanto ímpetu. Lo que la llevaba a no querer casarse jamás. Isabelle deseaba un matrimonio por amor y pensaba que nunca iba a lograrlo.

Tenía que hablar con ella de nuevo.

Se levantó como un resorte, tan de repente que su madre se sobresaltó, tan absorta en sus pensamientos como estaba. Gabriel se acercó a ella con rapidez, la levantó y le dio un fuerte beso en la frente.

—Siempre sabes qué decir.

Olivia lo miraba como si se hubiese vuelto loco.

—Gabriel, ¿estás bien?

—Perfectamente —respondió él mientras avanzaba hacia la puerta de la casa como un rayo.

Su madre lo siguió hasta el vestíbulo, donde él ya estaba recogiendo chaqueta, guantes y sombrero de manos del mayordomo de la familia.

—¿Y se puede saber adónde vas ahora?

Gabriel se caló el sombrero y se puso los guantes antes de sonreírle.

—A Clayton House —respondió—. Voy a jugar mi última carta.

La mujer abrió los ojos de par en par antes de sonreír, pícara.

Como siempre, no había que explicar nada para que su madre lo comprendiese todo, incluso más que lo que comprendían sus propios hijos y, sin duda, mucho antes que ellos.

Era una madre extraordinaria.

—A por ella.



—Satherton.

El vizconde Clayton lo recibió con una sonrisa cortés y lo hizo pasar a su despacho, elegante y amplio, donde el anfitrión le ofreció una bebida que Gabriel rechazó antes de tomar asiento frente al escritorio.

—¿Y bien? —dijo Clayton tras sentarse también—. ¿A qué debo el honor?

Gabriel decidió no irse con rodeos.

—Quiero casarme con su hija.

Él tampoco sabía ser sutil, se dijo con ironía. Debía de ser cosa de familia eso de no andarse por las ramas. Clayton lo miró arqueando levemente las cejas, antes de carraspear sonoramente.

—Asumo que hablamos de Isabelle. —Cuando Gabriel asintió, el hombre frunció el ceño—. Así que tú eres la causa por la que está tan rara.

Dios Santo, debía dejar de rodearse de gente tan perspicaz. Clayton lo miraba como si quisiera darle un puñetazo por hacerle daño a su hija, y él estaba más que dispuesto a que se lo diese. No es que no lo mereciese, la verdad. Primero le propuso cortejarla como si fuese un mero trato comercial y después le pidió matrimonio de la peor forma posible.

Merecía una medalla a la estupidez.

—Tú también pareces perturbado —dijo el hombre evaluadoramente y Gabriel supuso que debía de tener peor cara de la que él había creído en un principio—. ¿Le has preguntado a Belle si quiere casarse contigo?

El marqués asintió.

—Pero se ha negado —respondió. Incluso para él, su voz sonaba amarga.

Para su sorpresa, Clayton rio.

—No sé por qué no me extraña —lo miró con cierta ironía—. Isabelle no es como las demás. Parece muy racional, pero se deja guiar por el corazón en todo lo que dice y hace. —Hizo una pausa, desviando la mirada hacia uno de los ventanales—. En el fondo es una romántica.

Gabriel asintió, ahora lo entendía. Había juzgado mal a Isabelle, creyendo que era igual que él y que escuchaba al cerebro antes que al corazón. Pero era totalmente lo contrario y él no había sabido verlo. No le extrañaba nada que ella lo hubiese rechazado de aquella forma.

Él también tendría que aprender a escuchar a su corazón de vez en cuando.

—Aun así, sigo queriendo casarme con ella —dijo en voz alta, sacando al vizconde de su ensimismamiento.

—¿Puedo preguntar por qué tanta tenacidad? —Un pensamiento sombrío acudió a la mente de Clayton y Gabriel casi vio cómo los engranajes de su mente llegaban a una conclusión errónea—. ¿La has deshonrado?

—No —se apresuró responder antes de recibir un puñetazo de verdad. Titubeó antes de seguir hablando—. Pero creo que ella sería una marquesa extraordinaria.

Clayton guardó silencio durante un buen rato, evaluando sus palabras.

Gabriel sabía que no había sido del todo sincero, pero no quería explicarle al vizconde cosas que ni siquiera sabía explicarse a sí mismo.

—No vas a convencer así a Belle. Lo sabes, ¿verdad? —dijo al fin el hombre. Gabriel asintió y él prosiguió su perorata—. A ella le importa bastante poco todo eso.

—Pero a usted sí, ¿me equivoco? —Clayton soltó una carcajada y Gabriel no pudo evitar esbozar una sonrisa resignada. En aquella familia eran todos iguales—. Al menos debería importarle.

—No necesariamente —respondió el vizconde—. Mientras sea feliz, me da igual con quién se case.

El marqués pensó que su padre y aquel hombre se habrían llevado muy bien. Ambos eran tan distintos a la mayoría de los nobles que parecían una especie aparte digna de estudio.

—Prometo hacer todo lo que esté en mi mano para que sea feliz —le dijo con total sinceridad. Clayton asintió, demostrando que creía sus palabras—. ¿Tengo su bendición?

Clayton se levantó y Gabriel lo imitó, esperando a que el hombre rodease el escritorio y quedase a su altura.

—La tienes —el alivio de Gabriel fue casi palpable—, pero no es a mí a quien tienes que convencer. Si ella te rechaza de nuevo, no iré en contra de sus deseos.

—Lo sé —aseguró Gabriel—. Me gustaría hablar con ella de nuevo.

Clayton sonrió.

—Pareces muy decidido —dijo el otro con cierta diversión en los ojos—. Seguramente la encontrarás en la biblioteca, prácticamente vive allí. Ordenaré que no os molesten.

Gabriel arqueó las cejas ante lo extraño de aquello, pues ese no era el procedimiento normal. Leyéndole la mente, el vizconde adquirió una mirada retadora y una sonrisa que auguraba muerte.

—Si haces algo en contra de su voluntad, te retaré a duelo y no dudaré en disparar a la cabeza.

Ante aquella amenaza nada velada, Gabriel no pudo menos que sonreír. Le gustaba mucho Clayton, no podía negarlo. Aquella férrea determinación para proteger a su hija y, a la vez, dejarla decidir su futuro era encomiable. El

marqués le estrechó la mano a su anfitrión.

—Gracias.

Capítulo 12

Por lo general, las propuestas matrimoniales son abundantes durante la temporada y toda la sociedad las espera con impaciencia, sobre todo las madres que desean prometer a sus hijas lo antes posible. Esta temporada está siendo especialmente prolífica, y eso que todavía no ha terminado. ¿Quiénes creen que anunciarán su compromiso a lo largo de estas semanas? Hagan sus apuestas, queridos lectores.

**De la columna «The Golden Swan».
6 de junio de 1854**

Supo que estaba allí sin ni siquiera verlo, de pie en la puerta de la biblioteca. No sabría explicar cómo, pero sentía su presencia en cada poro de su piel. No obstante, no se giró cuando cerró la puerta de la estancia ni cuando lo oyó caminar con lentitud, acercándose a ella. Solo cerró los ojos y elevó una plegaria al cielo que le permitiera ser fuerte.

—Isabelle.

Su voz le trajo a la mente los recuerdos de los últimos días, inundándola de golpe y provocándole una fuerte punzada de dolor en el pecho. Respirando hondo, se giró para enfrentarse a él. Había estado jugueteando con los trebejos de ajedrez, colocándolos ordenados en el tablero para después volver a desordenarlos, una irónica representación de sus propios pensamientos, un intento vano de olvidar lo mucho que le recordaba a él una simple superficie llena de casillas blancas y negras.

Lo miró con reticencia, pues verlo allí de pie, en el lugar donde se conocieron, dolía como una herida abierta a la que le echan sal. El escozor le atravesaba todo el cuerpo y le impedía moverse o hablar. Tuvo que esforzarse mucho para que saliese una única palabra de su boca.

—Márchate.

Él, por supuesto, no lo hizo.

Estaba guapísimo, como siempre. Parecía una injusticia divina que ella se sintiera un desastre por dentro y por fuera y él tuviese, en cambio, un aspecto tan atractivo.

Se acercó a ella hasta que estuvieron a apenas un metro de distancia. Belle alzó la mano para pararlo, para que no se acercase más. Si la tocaba, no sabía qué haría. Quizá se rompería más por dentro y no estaba segura de que quedara algo que destrozar. Gabriel la miró dolido, pero no se aproximó más.

Eso no quería decir que fuese a irse para dejar las cosas así, claro.

—¿Cómo has entrado aquí?

Estaba tan trastornada que había tardado en darse cuenta de que aquello no era normal, que él no debería estar allí, a solas con ella. Era como si, de pensar tanto en él, lo hubiese invocado.

—Tu padre me ha dejado entrar.

—¿Has hablado con mi padre? —Lo miró con furia, cerrando los puños a los costados. Esta vez no le costó mirarlo, pues el enfado la amparaba como una coraza—. ¡No tenías ningún derecho a hacer eso!

Él se encogió de hombros levemente, alzando las manos en son de paz. Pero eso no eliminó las ganas que tenía de golpearlo. No tenía por qué a ir a buscar a su padre para que lo apoyase, porque seguramente era eso lo que había ido a buscar. Ella no iba a casarse con él y le importaba bien poco lo que dijese cualquiera.

Ni siquiera su corazón.

—Esta vez quería hacer bien las cosas y pedir la bendición de tu padre era el primer paso. —La miraba de una forma totalmente distinta, que la hizo sentir incómoda y al mismo tiempo nerviosa—. Y volver a hablar contigo. ¿Me escucharás?

Debería decir que no, debería echarlo de allí sin miramientos y asegurarse de que nadie volviese a dejarlo entrar nunca, cerrarle la puerta en las narices.

Pero no podía.

Así que asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Y no pudo evitar que se le enterneciese el corazón ante el alivio y algo más que se reflejaba en los ojos de Gabriel. En el fondo era una blanda.

Cuando intentó acercase de nuevo, ella no lo detuvo.

Le cogió las manos las rozó levemente con los labios y Belle sintió que aquella ligera caricia llegaba a lo más hondo de su ser. Gabriel respiró hondo, como si se preparase a decir lo más importante que hubiera dicho alguna vez

en toda su vida. Aquella solemnidad la abrumó y su nerviosismo aumentó.

—Cuando te vi por primera vez en este mismo lugar tuve un buen presentimiento, como si te conociese desde siempre y tú pudieses entenderme a la perfección. Y supe, no sé cómo, que serías muy importante para mí. — Hizo una pausa y respiró hondo de nuevo. Belle era incapaz de hacer nada más que escucharlo asombrada. Sus ojos rebosaban tanta sinceridad que era imposible pensar que estaba engañándola. Era la más pura verdad—. Por eso no puedo evitar luchar hasta que no me quede nada con lo que hacerlo.

Otra vez esa palabra: luchar. Era la segunda vez que la escuchaba aquel día, y aquello tenía que significar algo. Belle también quería luchar y no rendirse. Por Gabriel, pero sobre todo por ella.

—Sé que quieres un matrimonio por amor —siguió diciendo él para asombro de Belle—, así que te suplico que me des la oportunidad de aprender a quererte.

Sin venir a cuento, la joven recordó algo que había leído tiempo atrás. El filósofo Platón contaba en su obra *El banquete* que los humanos habían nacido con dos cabezas, cuatro brazos y cuatro piernas. Eran tan poderosos que el Dios Zeus decidió separarlos en dos porque se sentía amenazado por ellos. A partir de ese momento los humanos se pasaban la vida buscando a esa otra mitad de la que estaban separados, condenados a anhelarla eternamente. Si al final la encontraban, nunca volvían a separarse de ella.

Belle miró a su alrededor, fijándose en las personas que pasaban tras uno de los ventanales sumidas en la bruma de sus propias vidas. Algunas de ellas habían encontrado a su mitad, otras no habían tenido tanta suerte. Otras creían haber dado con ella para darse cuenta poco después de que no era así. Ella tenía miedo de eso, de descubrir que se había equivocado, que Gabriel no era aquel que había buscado toda la vida, a pesar de amarlo. Su mitad perdida.

El amor era aterrador.

Pero ¿cómo saber si iba a errar? No se puede, es imposible. Lo único que se puede hacer es cerrar los ojos ante el precipicio y saltar, esperando y deseando encontrar una red al final de la caída. Lo miró a la cara, observando esos ojos tan sinceros que esperaban respuesta, y en ese momento lo supo. Se lanzaría al vacío, se arriesgaría y, si al final resultaba que se había

equivocado, asumiría las consecuencias de sus actos. Se haría mucho daño por la caída, pero acabaría levantándose de nuevo.

Sea como fuere, lo haría.

Era mejor que preguntarse toda la vida qué habría pasado. Era mejor que seguir esperando a su otra mitad, que podía existir o no. Porque Platón se había equivocado en algo. Quizá las personas se pasan la vida buscando a su otra mitad, pero a veces no hace falta llegar tan lejos. Basta con encontrar a la persona indicada, aunque ambas partes no encajen del todo.

Así que le sonrió y el corazón le dio un vuelco cuando él le devolvió la sonrisa, ajeno a su reciente epifanía. No sabía si Gabriel era su mitad, pero quería creer con toda su alma que era la persona indicada, y ese deseo la llevó a responder como lo hizo.

—Está bien.

Isabelle sintió la emoción que abrumaba a Gabriel como si fuese la suya propia recorriendo todo su cuerpo con rapidez. Al fin y al cabo, quizá no estuviese todo perdido.

—Entonces... —dijo él.

—¿Entonces? —preguntó ella a su vez, arqueando una ceja.

Gabriel repitió su gesto.

—¿Vas a hacer que me arrodille?

—Tú has dicho que querías hacer las cosas bien —respondió la joven, encogiéndose de hombros con inocencia.

El marqués meneó la cabeza, pero Belle se dio cuenta de que seguía sonriendo cuando hincó una rodilla en el suelo. La joven tragó saliva, intentando que no se notase que no era capaz de pronunciar palabra porque un apretado nudo se le había instalado alegremente en la garganta. Él la miró desde aquella solemne posición, ahora totalmente serio, dispuesto a cumplir con lo que se había propuesto.

—Señorita Isabelle Walls —comenzó mientras el corazón de Belle latía furiosamente, amenazando con salirse del pecho—. ¿Me haría el grandísimo honor de ser mi esposa?

Aunque intentaba disimularlo, él también estaba nervioso y Belle lo supo por cómo le tembló la voz levemente al formular la pregunta que había querido oír salir de sus labios desde hacía demasiado tiempo. Quizá no

estuviese enamorado de ella, pero podía luchar porque eso cambiase. La esperanza la inundó como nunca antes.

No se rendiría.

—Sí.

Antes de que pudiese darse cuenta, Gabriel se había levantado y estaba besándola con ganas, poseyendo su boca como si hubiese deseado hacerlo desde el momento en el que entró en la habitación. Al menos, ella sí lo había deseado. Belle se rindió a él sin poder creer todavía que aquel maravilloso hombre fuera a ser su marido. Lo abrazó con fuerza por el cuello y le devolvió el beso con todo el amor que tenía guardado en el corazón. Quería que lo sintiese, que se diese cuenta de que lo amaba sin palabras de por medio.

Trastabillaron hacia atrás, hasta que la espalda de Belle topó con la pesada mesa de la biblioteca. En un abrir y cerrar de ojos, Gabriel barrió los trebejos del tablero, que cayeron sobre la alfombra con un golpe sordo, y alzó en volandas a la joven para sentarla sobre la pulida superficie de madera.

—Estamos prometidos —dijo con voz ronca y ojos brillantes.

Sus palabras le encendieron las venas y se estremeció por la anticipación de algo que no podía imaginar. Estaba bastante segura de que no debería dejarle seguir, porque podía entrar alguien en cualquier momento, pero se le olvidó todo en cuanto él le posó los labios en el cuello, lamiendo suavemente el lugar donde latía su pulso desenfrenado.

Mientras tanto, su mano subía desde abajo, levantándole las faldas por el camino. Con la tela arremolinada en sus caderas, Gabriel le separó las piernas y se colocó en el centro de ellas. Cuando Belle notó la erección del marqués contra su propia intimidad, se sonrojó de arriba abajo. Dios Santo, ¿qué iba a hacer? ¿Dónde se había marchado la joven atrevida que apareció en el invernadero?

Gabriel, consciente de su reacción, sonrió. Nunca había estado tan cerca de un hombre, excluyéndolo a él, por supuesto, y el marqués lo sabía.

—Adoro cuando te ruborizas —le susurró al oído con suavidad.

No la dejó responder. Volvió a saquear su boca sin piedad, lamiendo, mordiendo y acariciando, provocando en Belle infinidad de sensaciones que jamás había experimentado.



Le rodeó el cuello con las manos, enterrando los dedos en su pelo, y Gabriel no supo si estaba parándolo o incitándolo, pero él no podía detenerse de ninguna de las maneras. Siguió besándola, sin dejarse ningún centímetro de piel sin tocar, sin morder, pasando la lengua por encima de la tela del vestido mientras la sentía removerse contra él, intentando contener todo lo que le provocaban sus caricias.

—Es una lástima que hoy sí lleves corsé —le dijo lamiendo uno de los pechos por encima de la tirante tela—. Otro día les prestaré la atención que se merecen. Me quedé con las ganas aquel día...

La sintió, más que vio, sonrojarse de nuevo y Gabriel sonrió contra su piel. Estaba seguro de que, como él, recordaba su ardiente encuentro en el invernadero. Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. Los de ella brillaban con una mezcla de sentimientos que en ese momento no se veía capaz de identificar.

Lo dejó sin aliento.

Era tan hermosa.

Y era suya.

Por un momento, se permitió preguntarse si ella lo amaba, si esa era la razón por la que había aceptado casarse con él. La idea lo llenó de una emoción antes desconocida, pero se obligó a centrarse en el momento que estaba viviendo.

Quería verla llegar a la cima del placer.

Y él ser la causa de su caída.

—Túmbate en la mesa, mi reina.

Ella lo miró con extrañeza.

—¿Para qué?

Gabriel sonrió. Siempre preguntando, su pequeña curiosa.

—Confía en mí.

Se miraron un par de segundos a los ojos, retándose, hasta que Isabelle claudicó y apoyó con cautela la espalda en la superficie de la mesa. Gabriel le acarició la piel suave de las piernas, envueltas en la seda de las medias, y acarició cada centímetro que encontró a su paso hasta llegar a la cara interna

de los muslos. Cuando el marqués se abrió camino a través de la tela de las faldas, Isabelle se removió inquieta. Sabía que debía ir despacio con ella, pues era inexperta, así que se obligó a respirar hondo para poder controlarse.

—Gabriel...

—Shhh... —dijo mientras se acercaba más y más a su objetivo, apartando capas de ropa para llegar a él—. Voy a darte placer.

—Oh, Dios Santo... —la oyó decir cuando entendió lo que Gabriel iba a hacer. Su voz tenía un deje anhelante y asustado a la vez, como si no supiera bien qué le esperaba, pero aun así lo deseaba con todas sus fuerzas.

Bien, él también lo deseaba.

La tocó, comprobando si estaba mojada para él. Y que Dios lo ayudase, lo estaba. Isabelle dio un respingo al sentir su contacto en su zona más íntima, pero él la calmó acariciándole suavemente la piel del muslo.

—Tranquila. No te tenses —dijo mientras tanteaba con el pulgar en su interior buscando acariciar aquel botón de placer—. En cuanto me pidas que pare, lo haré.

La oyó jadear como respuesta; se sujetaba a la mesa con fuerza. La dejó unos segundos para que se acostumbrara a la sensación antes de continuar con su placentero saqueo.

—Dime, mi preciosa reina... ¿te gusta que te toque aquí? —Si pudiese verle la cara, Gabriel sabría que había abierto los ojos como platos, totalmente escandalizada. Acompañaba sus palabras con caricias firmes y lentas. Introdujo otro dedo e Isabelle produjo un sonido inteligible mientras arqueaba la espalda—. No te he entendido.

Siguió torturándola con los dedos, paró un momento para después continuar. Cada vez deseaba más, anhelaba algo que no había experimentado nunca.

—Gabriel, por favor... —la oyó suplicar.

—¿Te gusta? —respondió él, incrementando el ritmo—. Solo tienes que responder sí o no.

La vio mover la cabeza, totalmente perdida.

—Sí, sí... —jadeó al fin.

Gabriel paró su tortura. Isabelle levantó la cabeza levemente y los dos se miraron a los ojos, los de ella nublados por el placer. El marqués le sonrió.

—No hemos terminado.

Siguió con su invasión, acariciando cada recodo de su dulce intimidad mientras los gemidos de ella acompañaban sus acciones. Guiándose por las reacciones de la joven, intuyó qué zonas le provocaban más placer, cómo tenía que hacerlo para llevarla hasta el final.

La impulsó, la llevó a un lugar hasta ahora desconocido para ella. La sujetó por los muslos para que no se moviese y la oyó gimotear, suplicando por más. Siguió con la placentera tortura hasta que sintió que la joven llegaba al límite.

—Gabriel, no sé... —la oyó gemir, perdida.

—Déjate llevar —la instó él.

Incrementó las caricias hasta que Isabelle estalló en mil pedazos y emitió un grito ahogado. Alargó el orgasmo mientras ella se convulsionaba, hasta que la joven quedó laxa sobre la mesa, respirando con dificultad.

Demonios, él también tenía problemas para hacer llegar el aire a sus pulmones.

Le colocó de nuevo las prendas de ropa en su sitio y la ayudó a incorporarse, alisándole las faldas. Al moverse, su erección dolía dentro de los pantalones, pero aquello tendría que esperar. Iba a tener que prepararse un baño frío al llegar a su casa. Muy frío.

Isabelle lo miró con los ojos entrecerrados mientras se apoyaba en él para mantener el equilibrio. Allí, con el pelo revuelto y los ojos brillantes, estaba preciosa. No pudo evitar besarla de nuevo antes de bajarla de la mesa, todavía sin poder creerse la gran suerte que tenía por que hubiera recibido su aceptación. Isabelle le sonrió, como si ella supiese un secreto que él desconocía.

—Esto es mejor que el ajedrez —dijo entonces con la diversión pintada en la mirada.

Gabriel no pudo evitar soltar una carcajada antes de abrazarla con fuerza.

—Mucho mejor.

Capítulo 13

Personalmente, espero que alguno de los enlaces matrimoniales que seguramente quedan por celebrarse sea fruto del amor, porque no puedo evitar tener debilidad por las bodas que no son meros contratos.

**De la columna «The Golden Swan».
6 de junio de 1854**

—¡Isabelle Alexandra Walls!

La voz de su madre traspasó las paredes hasta llegar a la habitación donde se encontraba, una de las salitas de la planta alta. Belle llevaba esperando aquel grito desde hacía horas. Más concretamente, desde que Gabriel se había marchado. Su padre ya debía de haberle dado la noticia de su futuro matrimonio y su madre debía de estar al borde del colapso por la sorpresa.

Matrimonio. Dios Santo, se mareaba solo de pensarlo. Aquella misma mañana estaba dispuesta a asumir toda una vida de soltería y ahora iba a casarse con el marqués de Satheron. Con Gabriel.

Esperaba no arrepentirse de haber aceptado. Belle quería creer que él llegaría a amarla. Necesitaba hacerlo para convencerse de que no estaba haciendo justo lo que se había propuesto no hacer. Pero él le había pedido una oportunidad y le había sido imposible rechazarlo de nuevo.

Se oyeron unos pasos apresurados por el pasillo y acto seguido la puerta de la salita se abrió con un fuerte golpe, como si estuviese formándose un huracán dentro de la casa. Su madre y su hermana aparecieron en el umbral, resoplando sin resuello. Debían de haber subido corriendo las escaleras, arrastrando las faldas a su paso. Belle se habría reído por la cómica estampa, pero pensó que no era buena idea.

Las preguntas se agolpaban en las miradas de las dos, aunque todavía no se habían movido de la entrada. Belle se encogió de hombros y levantó las manos en señal de calma.

—¿Sorpresa?

Aquello las hizo reaccionar por fin y ambas entraron en tromba en la

habitación. Belle reprimió el impulso de esconderse detrás del sofá y dejó que la abrazasen con tanta fuerza que creyó que sería ella la que se quedaría sin aire.

—¡Oh, Belle, estoy tan feliz por ti! —susurró su madre colmándola a besos—. ¡Vas a casarte!

—¡Y con un marqués! —añadió Mary desde el lado izquierdo, mientras seguía estrujándola.

—Eso no importa, Mary, mientras tu hermana sea feliz —la reprendió su madre antes de que Belle pudiese hablar.

—¡Pero es un marqués! —siguió diciendo la pequeña Walls con convicción. Sus ojos brillaban de emoción, como si su hermana hubiese anunciado que sería la próxima reina de Inglaterra—. Y no solo eso, ¡es uno de los solteros más cotizados de Londres! ¡Ya verás cuando se entere The Golden Swan!

Oh, Dios; sin duda, la cronista anónima les dedicaría una columna entera a ellos dos. Belle intentó volver a hablar, pero su madre la cortó de nuevo antes de que pudiese decir palabra.

—La verdad es que los Daventry son una gran familia, en ambos sentidos —coincidió Jane con su hija—, pero no quiero que os caséis por el título o el dinero. No son las razones adecuadas.

Belle la miró y por un momento se le olvidó que todavía estaban estrujándola entre las dos. Su padre le había dicho que su madre no había querido casarse con él porque estaba enamorada de otro. Quizá su tenacidad más que sobresaliente para conseguirle un marido no la había ayudado a darse cuenta de que la vizcondesa no deseaba matrimonios de conveniencia para sus hijas. Todo lo contrario. Volvió a mirarla, esta vez de forma distinta.

—¿Qué pasa, Isabelle? —preguntó, dándose cuenta de su extraño escrutinio.

La joven sacudió la cabeza. No era el momento de interrogar a su madre sobre su pasado.

—¿Podéis soltarme? Empiezo a ponerme azul —dijo con una sonrisa débil.

Ambas se apartaron de inmediato y se disculparon, pero enseguida se pusieron a parlotear de nuevo entusiasmadas y Belle sonrió, resignada. Se

alegraba de que estuviesen tan felices.

Gabriel también estaba feliz, lo vio en sus ojos. No le había dado las razones exactas por las que quería casarse con ella, pero no creía que fuese solo deseo. Se sonrojó al recordar lo que había pasado en la biblioteca unas horas atrás. ¿Quién iba a pensar que se podía hacer lo que Gabriel le había hecho encima de la mesa? Había sido... escandalosamente placentero. No, Gabriel sentía algo más por ella, aunque no sabía si era amor; quizá no, pero podía llegar a serlo.

Deseaba que lo fuese.

—Hay que preparar el baile de compromiso —dijo su madre en ese momento, devolviéndola a la realidad—. Voy a ponerme a ello de inmediato.

—Pero antes cuéntanos cómo fue la pedida —intervino Mary.

—Eso, y cómo os habéis hecho tan íntimos —añadió Jane con un deje de suspicacia en la voz.

Belle suspiró resignada ante el imparable interrogatorio y se dispuso a contarles por encima sus encuentros con Gabriel, omitiendo muchas cosas, claro está. A su madre le daría un ataque si supiese que había estado a solas con él tantas veces. Ella misma se sorprendía de su osadía. Si alguien los hubiese visto, sería todo un escándalo del que se hablaría durante semanas. The Golden Swan se frotaría las manos como una malévola bruja de cuento de hadas si lo supiese.

—¡Así que ajedrez! —dijo su madre cuando Belle hubo concluido—. Ya tienes a alguien más con quien medirte además de tu padre.

—Es un juego que levanta pasiones —añadió Mary con una sonrisita pícaro. Por supuesto, ella intuía mucho más de lo que Belle les había contado, pero la joven también sabía que su hermana no diría nada—. ¿Debería buscarme un hombre con quien jugar?

—¡Mary! —la riñó su madre, escandalizada, dándole una palmadita en el hombro—. Una dama no dice esas cosas tan inapropiadas.

Belle rio con ganas y su hermana se contagió, soltando una carcajada. Su madre las fulminó con una mirada que pretendía ser reprobadora, pero se dio cuenta de que trataba de esconder una sonrisa furtiva.

—Basta de cháchara, tenemos mucho que hacer —les cortó con dignidad. Se puso en marcha, sin duda directa a mandarle una nota a Olivia

Satherton para organizar el baile de compromiso, pero, antes de salir por la puerta, se dio la vuelta y encaró a su hija mayor—. Felicidades, cariño. Espero que seas muy feliz.

La joven esbozó una amplia sonrisa.

—Gracias, mamá.



—Así que... Te casas. —La voz de Simon sonaba como si pensara que su estuviera engañándolo... otra vez.

—Como vuelvas a repetirlo, te tiro este emparedado a la cara —intervino Gwen antes de que Gabriel pudiese decir nada.

Simon fulminó con la mirada a la hermana pequeña, que se comía tranquilamente su tentempié, y Sophie soltó una risita mientras se servía otra taza de té y le ponía tres terrones de azúcar.

Estaban todos los hermanos allí reunidos en Satherton House, merendando. El marqués había aprovechado para darles la noticia que ya le había dado a su madre, quien tras darle un abrazo y felicitarlo, no había tardado ni dos segundos en ir a reunirse con *lady* Clayton y hablar de los preparativos de la boda que se celebraría en unos meses. No estaba seguro de poder aguantar tanto tiempo.

—Perdóname, querida hermana, si todo esto me parece insólito —replicó Simon haciendo una cómica reverencia hacia Gwen, que puso los ojos en blanco.

—Te dije que iba a buscar esposa esta temporada —intervino Gabriel con media sonrisa.

Simon lo miró mucho más serio. Eso sí que era insólito.

—Sinceramente, creía que al final no lo harías.

Gabriel cerró los ojos levemente, tampoco podía culparlo. Ellos tres nunca habían mostrado deseos de casarse, sobre todo Simon, siempre huyendo de los intentos de su madre por emparejarlos. Simon lo miraba como si lo hubiese traicionado de alguna manera, pensó con una punzada de tristeza, pero el marqués no estaba en la misma situación que sus hermanos. Gabriel tenía que cumplir con sus responsabilidades y el matrimonio era el

primer paso para ello.

Sacudió la cabeza incrédulo. Se casaba.

Belle había aceptado.

No podía creerlo.

Su mente era un caos desde que había salido de Clayton House. No se arrepentía de lo que había hecho, no. No era arrepentimiento lo que dominaba sus sentimientos, volvería a pedírselo una y otra vez. Quería que Isabelle Walls fuese su esposa, su marquesa.

Era algo muy distinto lo que nublabla su mente: miedo. La verdad era que estaba aterrorizado. Le había pedido a Isabelle la oportunidad de aprender a quererla cuando siempre había huido de la idea de amar a alguien. No es que no creyese en el amor, sería un cínico si no lo hiciese, tras crecer en una familia basada en el amor. Pero ese era justamente el problema.

Le aterraba enamorarse. No quería sufrir como su madre si su pareja moría antes que él o que ella sufriese si era él el fallecido. Cuando Joseph Daventry murió, ella no había llorado delante de sus hijos. Pero Gabriel era lo suficientemente mayor para saber que lo hacía todas las noches encerrada en su habitación. Y se le rompía el corazón cada vez que la oía, impotente por no poder hacer nada por ella. Incluso ahora, años después, lo recordaba con lágrimas en los ojos. Le daba mucho miedo esa parte del amor, entregar su corazón a la otra persona para después morir con ella, aunque físicamente él siguiera en este mundo.

Nunca le había contado aquello a nadie, ni siquiera a sus hermanos. Gabriel sabía que el miedo era irracional, que debía combatirlo, pero una cosa es decirlo y otra bien distinta hacerlo. Cuando Isabelle le preguntó que por qué no quería lo mismo que sus padres, no había sido capaz de decirle toda la verdad.

Pero Isabelle era muy distinta a él. Ella era de las personas que abrazaban ese poderoso sentimiento que era el amor y aceptaban sus cosas buenas y sus cosas malas. La admiraba por su tenacidad. Ojalá pudiese hacer lo mismo.

Pero lo intentaría por ella. Se lo había prometido.

—Me alegra mucho que te cases con Belle —decía en ese momento Sophie—. Es una buena amiga y una gran persona.

—Estoy de acuerdo —la apoyó Gwen cogiendo el enésimo emparedado—. Y te gana al ajedrez, ¿qué más podemos pedir?

Todos rieron, incluso Simon sonrió, y Gabriel respiró aliviado. Si sus hermanos no hubieran aceptado a Isabelle como su esposa, habría sido una situación muy difícil para él. Ellos eran su familia, junto con su madre. Llevaba años cuidando de ellos, tenía en cuenta sus decisiones y procuraba respetarlas. Pero Isabelle era la mujer que él había elegido —y, que Dios lo ayudara, ella lo había elegido a él— para pasar el resto de su vida, por mucho vértigo que le diese tomar una decisión de tal calibre. Estaba algo nervioso por darles la noticia, pero Gabriel estaba seguro de que Isabelle se había ganado la simpatía de todos los Daventry desde que lo venció al ajedrez.

No se equivocaba.

Gabriel miró a Michael, que todavía no se había pronunciado. Siempre habían conectado mejor que con los demás, quizá por la escasa diferencia de edad. Mike siempre sabía lo que Gabriel estaba pensando y viceversa, así que no le sorprendió cuando este preguntó:

—Te importa mucho, ¿verdad?

Sus hermanos los miraron, pero Gabriel no desvió la mirada de Mike. Sabía a qué se refería, ambos recordaban el día de la brutal tormenta, cuando Isabelle estuvo en peligro de muerte. Gabriel estuvo trastornado varios días y sus hermanos lo notaron, por supuesto. Sobre todo Mike. Cualquiera que lo conociese lo suficiente se daría cuenta de que Michael era el más romántico de los cinco. Él quería enamorarse como lo hicieron sus padres, pero todavía no lo había conseguido. Así que, mientras tanto, deseaba el mismo destino para sus hermanos.

—Sí, me importa mucho. —Era lo único que podía responder con sinceridad. De momento, hasta que ordenara el caos que era su interior.

Michael debió de ver algo en la mirada de su hermano mayor que le gustó, pues sonrió y asintió con la cabeza.

—Sea, pues...

—Los Daventry nos vamos de boda —terminó Simon por él, y los cinco sonrieron.

Gabriel observó con atención a aquellas cuatro personas tan importantes en su vida. Los conocía mejor que a sí mismo y los adoraba. Se peleaban,

discutían a gritos, se exasperaban unos a otros, pero nunca los cambiaría por nada del mundo. Les agradecía a sus padres no haber sido hijo único, porque no concebía la vida sin sus hermanos y hermanas. Sin ellos no habría risas, bromas, conversaciones a medianoche, pero, sobre todo, no habría apoyo. El hecho de saber que los cinco estarán ahí para ayudarse en todo y ser un pilar en el que sujetarse cuando lo necesitaran... no tenía precio.

En ese momento, Gabriel se sintió el ser más afortunado de la Tierra.

Capítulo 14

¡Se oyen campanas de boda! Tengo que admitirlo: me encanta acertar. Y esta vez mis plegarias han sido escuchadas. No sé ustedes, pero yo veo claramente que el futuro enlace entre el marqués de Satherton y la señorita Isabelle Walls es una boda por amor. ¿No creen, queridos lectores? Felicidades a la feliz pareja. ¡Sin duda será uno de los mayores acontecimientos de la temporada!

De la columna «The Golden Swan».
13 de junio de 1854

Durante sus tres temporadas, Belle asistió a unos cuantos bailes de compromiso. La joven siempre había observado con atención a la pareja protagonista, intentando dilucidar si era un enlace por amor o simple conveniencia. Si era amor, sus esperanzas aumentaban. Si no lo era... Bueno, casi nunca lo era.

Pero hasta ese momento, en el que asistía a su propio baile de compromiso, no había comprendido lo incómodo que era ser el centro de atención. Sabía lo que era sentirse observada, cualquier debutante había experimentado esa sensación, pero aquello era mucho peor. La gente la observaba con una mezcla de rencor, en el caso de las madres con damas solteras, y sorpresa, como si no acabasen de creerse que hubiese podido «pescar» al solicitado marqués de Satherton.

Y decía *pescar* porque esa era la palabra que habían empleado dos mujeres una hora atrás, cuya conversación todavía se repetía en su mente.

—No sé qué habrá visto en ella —decía una en el salón de las damas de Clayton House, sin saber que Belle estaba en la puerta—. Tampoco es que sea una belleza y él tiene más dinero que el vizconde, así que no es por la dote.

Las dos mujeres le daban la espalda mientras se arreglaban el cabello, completamente ajenas a su presencia. Belle quiso marcharse, pero los pies no le respondían.

—¿Crees que está enamorado de ella? —había preguntado la otra.

Parecía tener verdadera curiosidad.

Belle, instintivamente, había esperado la respuesta conteniendo el aliento.

—No lo creo —respondió por fin la primera mujer—. Pero algo ha tenido que hacer para pescar a Satherton. Quizá esté embarazada.

La risa de las mujeres había llenado la estancia y Belle no había podido soportarlo por más tiempo. Se marchó de allí lo más rápido posible, decidida a no escuchar ni una sola palabra más. ¿Era eso lo que la gente pensaba de ella? ¡Esas dos mujeres ni siquiera la conocían! Estaba segura de no haber hablado con ellas ni una sola vez en toda su vida. ¡No tenían derecho a juzgarla tan a la ligera! Era triste que la gente creyese mucho más viable que un matrimonio fuese a causa de una deshonra que por amor, pero así era la sociedad londinense: fría, estirada y condescendiente.

Buscó a Gabriel con la mirada, quien se encontraba al otro lado del salón de baile. Parecía feliz mientras hablaba con unos hombres que, sin duda, lo estaban felicitando por el compromiso anunciado. Por eso le daban palmaditas en la espalda, ¿no? Intentó no dejarse llevar por la tristeza, pero la verdad era que le habría gustado que aquella mujer afirmase sin titubear que Gabriel se casaba enamorado. Sin embargo, hasta la propia Belle habría contestado ese simple e insulso *no lo creo*.

Sacudió la cabeza; no era momento de abatirse. ¡Acababan de anunciar su futura boda, por el amor de Dios! Debería estar feliz, pletórica. Sabía a qué se atenía cuando aceptó casarse con él, que podía llegar a sufrir. Y también se prometió que lucharía por su felicidad.

Ese *no lo creo* tenía que convertirse en un *sí* rotundo.

—Te veo algo distraída.

Isabelle giró la cabeza con brusquedad y se encontró con *lady* Rosalie Ridgeway, que la observaba con visible curiosidad.

—Estaba... —comenzó Belle sin saber muy bien cómo continuar. Volvió a mirar a Gabriel, que ahora la miraba a ella. Rápidamente, el marqués le guiñó un ojo antes de seguir hablando con su interlocutor. Belle se sonrojó levemente y juraría que Gabriel escondía una sonrisa traviesa. Idiota— pensando.

Tras seguir la dirección de su mirada, Rosalie sonrió.

—Se ve que le importas mucho —musitó.

Le importas mucho. No había dicho *te quiere mucho*. Una punzada en el pecho la dejó sin respiración y se recriminó por ello. ¿Qué demonios le pasaba? Debería estar contenta, debería hacerle feliz el hecho de importarle a Gabriel, de que al menos una persona no pensase que lo había *pescado* con un embarazo. Era más de lo que tenían muchos otros matrimonios.

Sin embargo, no podía evitar decepcionarse.

Al ver que Rosalie esperaba respuesta, Belle se ruborizó levemente, avergonzada al darse cuenta de que se había quedado un buen rato pensando en las musarañas. Estupendo; además de egoísta ahora también era descortés.

—¿Tú crees? —La ansiedad que transmitía su voz no pasó inadvertida ni para ella. Patético.

Rosalie la miró de reojo y se dio cuenta de su malestar.

—Claro, cualquiera lo vería —respondió con un ademán de la mano, como restándole importancia a la cuestión.

Belle suspiró.

—No cualquiera —replicó con cierta amargura.

La joven castaña la observó con atención unos segundos antes de alzar una ceja con la ironía brillando en sus ojos avellanados.

—Déjame adivinar: has oído cómo cotilleaban sobre ti. —En la voz de Rosalie había un deje de resignación y, quizá, también de diversión.

No tuvo que responder, su silencio fue lo suficientemente elocuente. Rosalie sonrió con tristeza. En su mirada brillaba la comprensión, como si ella estuviese más que acostumbrada a ser el centro de todos los cotilleos. Belle se preguntó si de verdad era así.

—Ignóralas —afirmó la joven con rotundidad—. Son mujeres que se aburren y no tienen otra cosa que hacer que criticar a los demás. —Se acercó a ella como si estuviese compartiendo un gran secreto—. En realidad, es la envidia la que habla por ellas.

—¿Envidia? —preguntó Belle sorprendida.

—¿Estás de broma? —Rio como si hubiese contado un chiste especialmente gracioso—. ¡Vas a casarse con el marqués de Satherton! Muchas de las damas aquí reunidas matarían por emparentar con los Daventry.

Pensó en ello; quizá Rosalie tuviese razón. Los Daventry eran una familia muy popular, tenían dinero y buena posición; además, le caían bien a todo el mundo y recibían invitaciones a diario. Sin duda, Gabriel era un buen partido a ojos de la sociedad, pero ella no lo amaba por eso y odiaba que la calumniaran injustamente. Se giró de nuevo hacia ella.

—Parece como si supieses mucho del tema. —Cuando Rosalie la miró sin comprender, Belle se apresuró a explicarse—. Ya sabes, por los cotilleos.

La joven le dirigió una sonrisa irónica.

—Voy por mi cuarta temporada, sin boda a la vista —explicó como si fuese evidente. No buscaba compasión, solo constataba un hecho—. Claro que hablan de mí —Adoptó una voz de pito muy ridícula, nada propia de ella—. «¿Será idiota? ¿Poco femenina? A lo mejor es estéril».

Belle no sabía si reír por su pobre imitación o mostrarse solidaria con ella; al fin y al cabo, los cotilleos no eran plato de buen gusto de nadie. Pero Rosalie parecía llevarlo muy bien, y Belle la admiraba por ello. Saber ignorar lo que los demás digan de ti es una maravillosa cualidad. A juzgar por cómo se reía de ello, la joven tenía muy desarrollada dicha habilidad.

—Pero ¿no has recibido propuestas? —se decidió a preguntar con cautela.

La sonrisa de Rosalie se esfumó.

—Las he recibido —respondió en voz baja, como si le avergonzase admitirlo en voz alta—, pero también las he rechazado todas.

Belle no tuvo que preguntar la razón de aquella resolución. Los ojos de la joven se desviaron hacia un rincón del salón y se posaron en Simon Daventry, quien hablaba animadamente con Mary y Gwen, a las que habían permitido asistir al acto por ser el compromiso de sus respectivos hermanos. Al ver la tristeza en la mirada de Rosalie, la joven Walls ató cabos y se dio cuenta de que, quizá, ambas damas tenían en común más de lo que creían.

—Por él. —Era una afirmación, no una pregunta.

Ella asintió.

—Pero para Simon solo soy su mejor amiga. —Rosalie la miró de nuevo, dibujado una débil sonrisa cargada de tristeza—. Nada más.

Sintió una oleada de compasión hacia ella, atrapada en un amor imposible. Miró a Simon y recordó las veces que los había visto juntos. Él

siempre parecía estar pendiente de ella, aunque no sabría decir si por amistad o por algo más. Bueno... quizá no era tan imposible como parecía. Sin previo aviso, agarró la mano de Rosalie y se la estrechó con fuerza. Esta la miró sorprendida.

—No te rindas —le dijo con vehemencia. No era justo que acabase así. La mirada de Rosalie seguía triste cuando sacudió la cabeza.

—Me rendí hace mucho tiempo.

Belle frunció el ceño, mirándola enfadada.

—Mentira —respondió de forma tan contundente que hasta ella misma se asustó por su ímpetu—. Si te hubieses rendido, no albergarías esperanzas y no habrías rechazado las propuestas de matrimonio. —Suavizó la mirada y le sonrió—. No me equivoco, ¿verdad?

Rosalie abrió mucho los ojos, sorprendida, antes de negar con la cabeza.

—Supongo que no.

—Entonces, lucha.

La joven la miró en silencio unos instantes antes de devolverle la sonrisa. Su mirada ya no parecía tan apagada como antes y Belle respiró con alivio. La conocía poco, pero *lady* Rosalie Ridgeway merecía ser feliz.

—¿Eso es lo que tú haces con Gabriel? —preguntó entonces, dando en el clavo—. ¿Luchar?

Pensó en ello. En el beso en el invernadero que ella inició a pesar de que sabía que no debía, en el salto a ciegas que había dado al aceptar su proposición. Las dudas que la asaltaban, que trataba de apartar, cuando se preguntaba si Gabriel seguía guiándose por la obligación o sentía algo por ella. Si ese algo podía ser amor.

—Sí, eso es lo que hago.

Rosalie asintió como respuesta y le estrechó la mano a su vez. Ella la entendía, Belle podía sentirlo. Y era recíproco. Esperaba de todo corazón que Simon Daventry se diese cuenta de la maravillosa persona que tenía al lado. Sintió que el lazo que la unía a Rosalie Ridgeway se estrechaba. La joven le sonrió y Belle le devolvió el gesto. Parecían haber encontrado una nueva amiga la una en la otra.

—Creo que vas por buen camino.



Belle salió a la terraza a tomar el aire, aprovechando para huir de toda la gente que quería felicitarla. Tenía la impresión de que aquella noche había hablado con más personas que nunca en su vida. Por suerte, nadie discute con una dama cuando dice que está acalorada. Alguna ventaja tenían que tener las estúpidas creencias de debilidad femenina.

Se acercó a la barandilla, apartada del resto de la gente que también tomaba el fresco de la noche londinense. Estaba segura de que la observaban de reojo, pero los ignoró a todos. Miró hacia el cielo, donde brillaba una hermosa luna creciente que pintaba de un tenue plateado los jardines de Clayton House. De pequeña le gustaba mucho mirarla, pues le recordaba a una sonrisa permanente, como si el cielo estuviese contento y quisiese proclamarlo a los cuatro vientos. Ahora seguía pareciéndole preciosa.

—Aquí estás.

Reconoció su voz y el corazón comenzó a latirle a velocidad vertiginosa. ¿Eso cambiaría alguna vez o durante el resto de su vida tendría peligro de infarto cada vez que lo tuviese cerca?

Gabriel se pudo a su lado y apoyó el antebrazo en la barandilla. Belle se fijó en que la terraza había quedado desierta sin que ella se diese cuenta y comenzó a sentirse algo nerviosa. Era cierto que estaban prometidos y tenían algo más de libertad, pero, si querían, podían seguir dando un espectáculo del que hablaría toda la sociedad durante días.

—¿Me buscabas? —preguntó ella con la ceja arqueada.

Él la miró con tanta intensidad que Belle sintió que el corazón le daba un vuelco antes de seguir latiendo desbocado. La joven se preguntó avergonzada si él podría oír a su traicionero órgano intentando salir de su pecho.

—Yo siempre estoy buscándote.

Dios Santo, ¿cómo podía decir cosas tan bonitas y quedarse tan ancho? A ella le temblaban las piernas y él no parecía afectado ni por asomo. Menuda injusticia.

Sin saber de dónde salía aquel repentino valor, decidió pagarle con la misma moneda. Se acercó a él hasta que sus pechos se tocaron y lo miró de

una forma que a ella le pareció de lo más indecente para una dama. No sabía si estaba poniéndose en ridículo, pero la satisfacción la inundó cuando lo sintió tensarse ante su proximidad. Sonrió con inocencia.

—¿Y qué querías de mí?

En un abrir y cerrar de ojos, la cogió por la cintura y Belle se vio obligada a apoyar las manos en su pecho. Lo observó con atención, repentinamente acobardada, pero él tenía la mirada fija en sus labios.

—Si supieses lo que quiero de ti... —respondió él acercando los labios a su oreja, haciéndola estremecer.

Ruborizada, se dio cuenta de que le había salido el tiro por la culata, y él lo sabía por la sonrisa ladina que estaba esbozando.

—Eres un tramposo —lo acusó ella, tratando de apartarse. Gesto inútil, porque él la tenía firmemente agarrada.

—Como tú, mi reina. —La besó con delicadeza, demasiada, pero Belle quería más. Sin embargo, cualquiera podía verlos y ya estaban en una posición suficientemente escandalosa—. Tengo algo para ti.

Belle abrió los ojos, sorprendida.

—¿Qué es?

Gabriel la soltó antes de meter la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacar una pequeña caja que le entregó a la joven.

—Un regalo de compromiso —explicó.

—Ya me has regalado el anillo —replicó ella, echándole un vistazo a la dorada sortija que adornaba su anular izquierdo. Era sencilla, pero perfecta. Belle no había podido evitar emocionarse al dejar que él se la pusiese en el dedo.

—Otro regalo —rio Gabriel, mirándola con ternura—. Este es más personal.

Por su tono, Belle supo que lo que contenía la pequeña cajita era muy importante. Acarició la tapa con suavidad, observando su ornamentada decoración, antes de abrirla conteniendo la respiración.

En el interior, sobre una cama de seda roja, había un hermoso trebejo de ajedrez. Belle identificó de inmediato la pieza como la reina negra, con su expresión bella y orgullosa. La pieza era magnífica, estaba decorada con exquisita delicadeza. Era arte en forma de figurita.

—Tú siempre juegas con las negras, mi reina —musitó él a modo de explicación.

Le encantaba. No había un regalo más perfecto que ese.

—Muchísimas gracias, Gabriel —dijo con la voz tomada por la emoción, acariciando el trebejo con delicadeza—. Me encanta.

Él le alzó la barbilla para que lo mirase a los ojos. Su mirada gris transmitía algo que no supo identificar, pero que la dejó sin aliento.

—Me alegra que te guste.

Cada vez que pensaba en la boda, las dudas la asaltaban. Pero, en momentos como ese, estaba convencida de que había hecho lo correcto. Deseaba decirle que lo amaba, pero consiguió callarse y enterrar esas palabras en el fondo de su alma. Si se lo decía ahora, quizá lo tomaría como una presión para obligarlo a responder de la misma forma y Belle no quería eso. Deseaba que Gabriel se lo dijese cuando lo sintiera de verdad.

Ojalá fuese pronto.

Capítulo 15

Queridos lectores: como todo el mundo sabe, una mujer no puede ir sin acompañante a casa de un hombre soltero, pero es irónico la de veces que se rompe esa no tan simple norma a lo largo del día.

**De la columna «The Golden Swan».
20 de junio de 1854**

Gabriel estaba en el despacho de su casa de soltero, escribiendo unas cartas, cuando una bola peluda entró como un bólido por la puerta entornada y se encaramó a su regazo de un ágil salto. Había estado todo el día allí encerrado, por lo que aquel asalto fue una inesperada ruptura de una monotonía autoimpuesta. Se encontraba arreglando todos sus asuntos para trasladarse a Satherton House cuando estuviese casado, porque el marqués no podía vivir en un piso de soltero con su nueva marquesa. Era su obligación habitar en la casa familiar, como le correspondía a alguien de su rango. Sería una locura compartir techo de nuevo con su madre y sus hermanos, pero no le importaba y estaba seguro de que a Isabelle tampoco.

También estaba preparándolo todo para el viaje de novios, entre otras cosas. Una de sus más duras tareas era esquivar a su madre todo lo posible, ya que estaba de los nervios desde el baile de compromiso y seguiría así hasta que ambos estuviesen frente al altar. Gabriel procuraba dejarla hacer; sabía que le hacía mucha ilusión organizar la primera boda de los hermanos Daventry.

Sonriendo, miró a su nuevo visitante, que se había acurrucado en su regazo y lo miraba con la lengua fuera formando una sonrisa perruna. Era un beagle al que había visto solo en una ocasión, pero que no iba a poder olvidar en toda su vida.

—Hola, Pepper —saludó al animal, rascándole suavemente detrás de las orejas. El pequeño beagle movió la cola con deleite—. ¿De dónde has salido?

Un revuelo en el vestíbulo le dio la respuesta. Tras un intercambio airado de palabras de las que no entendió nada, se abrió de nuevo la puerta del despacho. Edmund, su ayuda de cámara, parecía algo disgustado cuando

entró. Amante del orden como era, Gabriel estaba seguro de que Edmund no aprobaría que su nuevo amigo entrase sin ser anunciado.

—*Milord*, su prometida está en la puerta —comenzó el hombre con voz calmada—. Creo que está buscando a ese... animal.

Edmund miraba con evidente desagrado a Pepper, que seguía encima de él. Gabriel procuró no reírse ante la mueca cómica que había adoptado el hombre, que sin duda consideraba al perro como un intruso.

—Hazla pasar —respondió el marqués.

El ayuda de cámara arqueó levemente las cejas, pero no dijo nada. Gabriel sabía el porqué de esa reacción. Era poco decoroso que una mujer fuese a casa de un hombre soltero, aunque dicho hombre fuese su prometido. Aun así, era evidente que iba a recibir a Isabelle aunque rompiese todas las normas del protocolo inglés. Por fortuna, Edmund odiaba el cotilleo y era de lo más discreto. Una de las razones por las que lo había contratado, a decir verdad.

Y, qué demonios, deseaba verla. Hacía ya varios días del baile de compromiso y todavía no había podido estar a solas con ella de nuevo. Cada vez que recordaba su cara de felicidad al ver la reina negra, la satisfacción lo inundaba por la gran idea que había tenido. Sabía que Isabelle entendería el significado del trebejo y todo lo que conllevaba para ambos. Le había prometido a su padre que la haría feliz, y pensaba cumplirlo. Además, la echaba de menos. Había pensado visitarla aquella tarde en su casa, pero el destino había hecho que, en cambio, ella viniese a él.

Y no se le hacían desaires al destino.

Gabriel dejó en el suelo a Pepper y se levantó cuando Isabelle entró en la habitación. No se le pasó por alto el detalle de Edmund de cerrar la puerta del todo, aunque la joven no se dio cuenta porque estaba arrodillada intentando controlar a su mascota, que saltaba con la intención de lamerle la cara. Imaginó que Edmund se las había ingeniado para que nadie más se diese cuenta de la presencia de la joven. Debía aumentarle el sueldo a ese hombre.

—Lo siento, Gabriel —le dijo Isabelle apesadumbrada en cuanto lo hubo controlado, no sin cierto esfuerzo. Se irguió para enfrentarlo—. Se me ha escapado y antes de darme cuenta estaba aquí.

Al parecer, Isabelle había sacado a pasear a Pepper y, cuando pasaban cerca de allí, el animal había salido corriendo de repente y se había escapado, otra vez, de su dueña. Ella lo había seguido tan rápido como había podido y había visto justo a tiempo que se colaba entre las piernas de un sorprendido Edmund, que acababa de abrir la puerta de la casa tras salir a hacer unos recados.

—Ni siquiera sabía que era tu casa. —Isabelle parecía avergonzada, pero, cuando miró a Pepper, su expresión se endureció. Colocó al animal sobre un escabel y lo señaló con el dedo, como una institutriz muy estricta—. Quieto ahí y no se te ocurra moverte.

Para sorpresa de Gabriel, el animal la miró con cierta tristeza, como si acabasen de dejarlo sin comida, pero obedeció de inmediato. Recostándose sobre el mullido mueble, el pequeño beagle los miró sacando la lengua para formar una sonrisa perruna. El marqués rio.

—Parece bueno y todo.

—Exacto, parece —replicó Isabelle. Aunque sonaba enfadada; en el fondo, miraba al animal con ternura. Gabriel se dijo que pronto tendrían mascota nueva en Satherton House.

—Pues yo me alegro de que se escapase —afirmó él mientras se acercaba a la joven—. Así he podido verte.

En un abrir y cerrar de ojos, Gabriel llevó a Pepper hacia la puerta, sacándolo de la estancia con delicadeza. El animal corrió enseguida, contento, hacia un destino desconocido, feliz de verse libre. Estaba seguro de que, a pesar de su animadversión, Edmund lo trataría bien. Acto seguido, se giró hacia su inesperada y placentera visita.

Isabelle pareció darse cuenta en ese momento de que se hallaba a solas con su prometido, porque lo miró repentinamente nerviosa. Sus ojos volaron hacia la puerta, nuevamente cerrada, y frunció levemente el ceño.

—Debería irme, esto no está bien. Aunque estemos prometidos, no... —balbució, aunque no hizo ningún amago de ir hacia la puerta. En cambio, lo miró y tragó saliva visiblemente—. ¿Gabriel?

La cogió suavemente por la cintura, la acercó más a él y sonrió de forma pícaro.

—No te vayas.



La tenía acorralada entre la pared y su cuerpo, pero Belle no estaba asustada. Al contrario, el errático latido de su corazón se debía a la proximidad de aquel hombre imponente. Un calor comenzaba a instalarse en su bajo vientre y se estremeció ante su intensa mirada. Tragó saliva de nuevo, tratando de pronunciar palabra.

—Debería volver a mi casa —dijo en un susurro, aunque se le habían olvidado todas las normas de protocolo que acababan de romper.

—No todavía —replicó él mientras le acariciaba la columna del cuello con la nariz.

Belle exhaló con fuerza, tratando de seguir conectando sus pensamientos de forma coherente.

—¿Por... por qué?

Lo sintió sonreír sobre su piel.

—Porque ahora estás en la mía —respondió mordisqueando la zona donde el cuello y el hombro se unen—. Y no voy a dejarte escapar aún. Por una vez, estamos solos sin que nadie nos vigile de cerca.

Suspiró de placer ante su íntima caricia, pero no pensaba dar el brazo a torcer todavía; si por algo se caracterizaba, era por intentar tener por todos los medios la última palabra.

—¿No te importa mi reputación?

Gabriel la miró con cierta ironía.

—Para empezar, lo importante es que nadie te viese entrar; recemos para que así sea —explicó con la serenidad de un maestro de oficio—. Para continuar, estamos prometidos y ninguno de los dos tenemos la menor intención de cambiar eso, así que...

A Belle le alegró escuchar eso. No creía a Gabriel capaz de romper el compromiso una vez anunciado, por supuesto, pero era agradable oírsele decir. Le daba más seguridad. Además, ella también tenía muchas ganas de volver a estar a solas con él.

—¿Así que, qué? —se decidió a preguntar.

La sonrisa de Gabriel se hizo más amplia.

—Que te has quedado sin excusas.

Antes de que Belle pudiese discutir eso, Gabriel la besó, capturando sus labios con fiereza. Ella le respondió con idéntica pasión, volcando en aquel gesto todo lo que sentía. Se quitó los guantes con torpeza, sin importarle dónde caían, deseando sentirlo sin ninguna restricción. Le acarició la nuca con las yemas de los dedos y Gabriel gruñó en respuesta, profundizando el beso. La tenía bien sujeta por la cintura, enviando oleadas de calor por todo su cuerpo, incluso a través de la tela del vestido.

Gabriel le soltó el cabello con habilidad, hundiendo los dedos entre los largos mechones dorados, provocándole una sensación de lo más placentera. Parecía admirado, como si hubiese deseado hacer aquello desde hacía mucho tiempo.

Belle se olvidó de donde estaban, lo olvidó todo excepto la sensación de ser acariciada por él. Soltó un gemido de lo más vergonzoso cuando Gabriel le succionó el labio inferior, pero a él no pareció importarle; más bien lo impulsó a seguir explorando su cuerpo, subiendo por las caderas hasta llegar a los cierres del vestido, que se dispuso a desabrochar con celeridad. Se notaba que no era la primera vez que lo hacía, pero Belle procuró no pensar en ello. Ahora estaba con ella, eso era lo que importaba.

El vestido cayó al suelo entre un remolino de tela, y Gabriel dio un paso atrás para observarla mejor. Belle se sintió enrojecer ante su escrutinio, pero se obligó a sostenerle la mirada. Sus ojos grises brillaban y su sonrisa se hizo más amplia.

—No debería ser la única que se desvistiese —dijo ella en un repentino acto de valentía.

Gabriel arqueó una ceja, acercándose más a ella, y abrió uno de los cierres del apretado corsé.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —preguntó desarmando otro cierre. Lo tenía tan cerca que sentía su aliento acariciándole el cuello.

Belle tragó saliva, pero no se amedrentó. Intentaba provocarla, y sabe Dios que lo conseguía, pero si pensaba convertir aquello en otra partida de ajedrez, ella también sabía jugar. Alargó la mano para soltarle los botones del chaleco y, sorprendentemente, no le temblaron las manos al hacerlo. Él le dejó hacer con una aparente serenidad que ella no sentía en absoluto.

—Quítate la camisa.

Otro cierre.

—¿Eso es una orden, mi reina? —La voz de Gabriel sonaba ronca y le afectaba en lo más profundo del cuerpo.

Alzó la barbilla, orgullosa, dejando la vergüenza atrás.

—Sí.

Gabriel rio. El último cierre; el corsé cayó al suelo y se unió a las faldas del vestido. Belle sintió el aire frío a través de la tela de su fina camisola.

—Sería imperdonable por mi parte desobedecerte.

Con movimientos rápidos, se quitó el chaleco y la camisa y se quedó desnudo de cintura para arriba. Belle no pudo evitar observar cada centímetro de su cuerpo, sonrojada. Nunca había visto a un hombre desnudo, por supuesto, y a sus ojos Gabriel era digno de una escultura griega como las que se exponían en el museo. Quería acariciarlo, dibujar sus marcados contornos con la yema de los dedos.

Él pareció leerle la mente, pues la miró con picardía.

—No te reprimas.

Belle no lo pensó dos veces. Con cierta cautela, acarició la piel del pecho de Gabriel, observando fascinada cómo las tetillas se arrugaban ante su leve contacto. Volvió a pasar la mano por la tierna piel, y Gabriel respiró con fuerza antes de besarla de nuevo, obligándola a sujetarse a él.

—Me vuelves loco —le dijo cuando se separaron. Ambos jadeaban.

—¿Ah, sí? —Aquello llenó a Belle de satisfacción. Se sintió poderosa, viva. Como una reina de verdad.

Siguiendo su instinto, movió las caderas suavemente, pegadas a las de él. El gruñido que él emitió le dijo que estaba haciendo algo bien. Sonrió.

—Para, cariño, o no respondo de mis actos —le dijo sujetándole la cintura para que no volviese a moverse.

Cuando ella lo miró con curiosidad, la sonrisa de Gabriel relumbró en la habitación.

—Ahora me toca a mí.

Sus palabras sonaron ardientes, llenas de posibilidades que Belle apenas se atrevía a sospechar. Con rapidez, Gabriel la cogió en volandas y la tumbó en el diván, posándose sobre ella antes de que pudiese apenas levantar la cabeza. Poseyó su boca de nuevo, recreándose en sus labios hasta que Belle

soltó un gemido, incapaz de contener las sensaciones que la embargaban de arriba abajo. Gabriel fue besando cada centímetro de piel hasta llegar a su pecho y, apartando la camisola, se dispuso a lamer y acariciar los sonrosados pezones, provocando que Belle se retorciese de placer con cada caricia que él le prodigaba. La joven nunca habría imaginado que podía sentir tantas cosas al mismo tiempo, incontrolables. Parecía que su corazón fuese a estallar de un momento a otro.

Gabriel siguió haciendo magia con los labios y la joven perdió la capacidad de pensar con coherencia. Apenas se dio cuenta de que le había desatado las enaguas, que cayeron al suelo, junto al resto de las prendas. Cuando la camisola acabó también en el suelo y Belle se dio cuenta de que estaba totalmente desnuda ante él, las mejillas se le encendieron de nuevo. Ningún hombre la había visto nunca desnuda y el hecho de que fuese Gabriel... la hacía sentirse insegura. Se preguntó si era por lo que sentía por él, si eso lo hacía todo mucho más intenso.

Pero él pareció leerle la mente.

—Eres tan hermosa... No lo dudes nunca. —Su mirada era tan sincera que Belle lo creyó de inmediato.

Lo amaba tanto que tenía la impresión de gritarlo a los cuatro vientos sin siquiera utilizar las palabras. Su corazón y su alma hablaban por ella, estaba segura. Deseaba que él se diese cuenta.

—Déjame darte placer.

Belle fue apenas consciente de asentir, porque Gabriel la tocó en su zona más íntima, estimulándola, incitándola, seduciéndola y haciéndole olvidar hasta su nombre.

Él aumentó el ritmo mientras la joven se retorció sobre el diván, tratando inconscientemente de encontrar alivio. Estaba tan tensa, tan... excitada. Quería algo, pero no sabía qué ni cómo pedirlo. Se sentía extrañamente vacía.

Gabriel siguió con su placentera intrusión, ensanchándola, haciéndola gemir de placer con cada nueva caricia. Cada vez era más difícil aguantar las sensaciones que la embargaban, el calor que se le extendía por todo el cuerpo. Clavó las uñas en la tela del diván buscando algo a lo que aferrarse mientras sus caderas se movían como si tuviesen vida propia.

—Gabriel... —jadeó cerrando los ojos; sabía que estaba llegando al

límite—. No puedo...

Con un último gemido se dejó ir y cayó por el precipicio al que Gabriel la había elevado. Abrió los ojos con cierto esfuerzo cuando los espasmos terminaron. Respiraba agitada, pero tuvo las fuerzas suficientes para sujetarlo cuando vio que se apartaba de ella.

—No —musitó con voz ronca—. Aún no.

A pesar de su inexperiencia, sabía que él también necesitaba algo. Podía verlo a través de la tela del pantalón y estaba segura de que ella podía dárselo, de que él podía llenar el vacío que sentía en la zona más íntima de su ser. Y no tuvo dudas. Gabriel pareció entenderla y volvió a inclinarse sobre ella.

—Belle... —dijo él mirándola con intensidad—. ¿Estás segura?

Lo estaba. Lo deseaba con desesperación, cada poro de su piel gritaba por aquello que no era capaz de imaginar. Así que asintió y aprovechó para desabrocharle el pantalón como un permiso tácito para él.

Gabriel la besó con fuerza antes de apartarse de nuevo, esta vez para quitarse los pantalones. Cuando se quedó completamente desnudo, Belle abrió los ojos al ver la prueba de su excitación. Dios Santo... La respiración se le aceleró todavía más, esta vez por la anticipación. No sabía exactamente qué iba a pasar, ya que las jóvenes desconocían por completo todo aquello hasta el día de la boda y ella solo había oído rumores, pero sí sabía que lo deseaba.

—¿Sabes que te va a doler? —le preguntó él colocándose sobre ella de nuevo, acariciándole la mejilla. La preocupación que veía en él la enterneció—. No podré evitarlo.

—No me importa —sonrió. Y era cierto.

Él cerró los ojos un momento, antes de ayudarla a colocarse en una postura más cómoda. Belle se quedó sin respiración cuando se introdujo en ella, despacio, tratando de no lastimarla. La joven se sentía extraña. Sentía aquella intrusión por todo el cuerpo y tragó saliva repentinamente, nerviosa. Miró a Gabriel, que tenía las mandíbulas apretadas y el cuello en tensión, como si estuviese conteniéndose a duras penas. Sus nervios se esfumaron; él jamás le haría daño a propósito. Le acarició un brazo para tranquilizarlo y, cuando sus miradas conectaron, Gabriel se hundió en ella un poco más.

Belle soltó un grito ahogado, sintiendo un agudo pinchazo. Cerró los

ojos.

—Lo siento... —oyó que se disculpaba él.

Ella negó con la cabeza. Ni por todo el oro del mundo habría querido que Gabriel se apartase en ese momento. Se aferró a él, acariciando su fuerte espalda, y lo rodeó con las piernas. Gabriel murmuró palabras tranquilizadoras y la acarició suavemente para calmarla, y poco a poco el dolor dio paso al placer cuando comenzó a moverse sobre ella. Las caderas de la joven se movieron instintivamente para sostener sus embates y ambos se perdieron el uno en el otro sin posibilidad de retorno. Belle se inclinó ante sus sentidos y se dejó llevar. Perdió la capacidad de pensar, solo era consciente de la presencia de Gabriel sobre ella, colmándola, llenándola de tal forma que cada poro de su piel gritaba por él. Cuando el calor se hizo insoportable, Gabriel la tocó, estimulándola todavía más, y Belle acabó estallando en mil pedazos, con el nombre de su amante en los labios.

Él la siguió enseguida y Belle lo sintió explotar dentro de ella con un gruñido, para después caer sobre ella, apoyándose en los brazos con cuidado para no aplastarla. Durante unos minutos solo se escuchó el sonido de sus respiraciones entremezcladas tratando de serenarse. Al final, Gabriel se movió y le dio un beso en el hombro antes de salir de su interior. La joven se sintió extrañamente vacía, pero él enseguida la abrazó, envolviéndola con su calor. Se acomodó contra su fuerte pecho con un suspiro, laxa.

Él la miraba preocupado.

—¿Estás bien? —le preguntó con el ceño levemente fruncido.

Belle asintió antes de besarlo.

—Lo estoy —respondió dedicándole una sonrisa.

Gabriel le devolvió el gesto y la joven sintió que se destensaba a su alrededor, aliviado. Su preocupación lo hacía amarlo todavía más, si eso era posible.

—Tengo que contarte algo.

Él sonrió antes de darle un beso en la coronilla.

—¿Qué es?

Belle lo miró, repentinamente nerviosa.

—Cuando nos conocimos, te mentí —dijo susurrando. Ante la mirada interrogadora de Gabriel, ella continuó levemente avergonzada—. Tus ojos

me parecen preciosos.

Sintió las mejillas calientes. ¿Tampoco dejaría de ruborizarse nunca ante él? Sin embargo, a él no pareció importarle, porque la besó de tal forma que Belle se sintió mareada cuando se separaron lo suficiente como para mirarlo de nuevo a los ojos. Y lo que vio en ellos la dejó sin respiración.

—Tú sí que eres preciosa.

Capítulo 16

Odio recibir y dar malas noticias, pero a veces no se puede evitar. Es parte de mi trabajo como informante. Desde esta revista, mandamos nuestro más sincero apoyo a toda la familia Daventry y, sobre todo, a nuestro querido marqués de Satherton.

**De la columna «The Golden Swan».
4 de julio de 1854**

—¡Estás preciosa!

Belle apenas oyó la exclamación de Mary; estaba demasiado ocupada mirando su reflejo en el espejo. El que iba a ser su vestido de novia brillaba con luz propia. Era de color beis, con bordados en forma de flores y los guantes a juego. Era sencillo, como ella lo había pedido, pero maravilloso. No se reconocía a sí misma vestida con él. En cierto modo, aquello lo hacía todo mucho más real.

Iba a casarse en poco más de dos semanas.

Aunque no había pasado ni un mes desde el baile de compromiso, Gabriel se había empeñado en adelantar la fecha del enlace, para consternación de las madres de ambos, que tenían que dejar sus sueños de una boda por todo lo alto. Pero el marqués no quiso oír ni una palabra de protesta y acabó saliéndose con la suya. Se había empeñado en que quería una boda íntima. Al menos a ambas mujeres les quedaban más hijos.

—Te he comprometido y podrías estar embarazada. No quiero arruinar tu reputación —le explicó poco después Gabriel—. Además, no puedo esperar para que seas mi esposa.

Belle debía admitir que tenía razón y también quería casarse lo antes posible, pero la resolución de Gabriel no la ponía menos nerviosa. Siempre había imaginado el día de su boda con tristeza y decepción, convencida de que el desconocido que estaría junto a ella en la iglesia sería alguien a quien no amaría. Ahora su futuro había cambiado, y todo adquiría una nueva perspectiva para ella. La sociedad inglesa miraba con ojos suspicaces un enlace tan repentino, pero gracias a The Golden Swan todo el mundo parecía

creer que era un enlace por amor y perdonaba la transgresión de las normas. Bueno, por una parte la columnista no se equivocaba.

—Vas a ser una hermosa novia —le oyó decir a su madre, que se secaba el ojo con un pañuelo de tela. Últimamente lloraba por todo, lo que no ayudaba a calmar sus nervios.

—No llores más, madre, que no se va a la guerra. —Mary pareció leerle el pensamiento y puso los ojos en blanco. Belle contuvo una risita.

—¡Cómo no voy a llorar! —replicó la vizcondesa con gesto ofendido—. ¡Mi hija mayor se casa!

Ambas hermanas suspiraron a la vez y eso hizo sonreír a la joven modista, que arreglaba el dobladillo del vestido con hábiles y rápidas puntadas a la vez que no se perdía ni una palabra de la conversación.

—Cuando yo me case, le prohíbo a todo el mundo llorar —respondió Mary con los brazos en jarras y gesto duro—. ¡Que no es un funeral!

—Por mi parte, está cumplido —dijo Belle y ambas hermanas rieron. La vizcondesa las fulminó con la mirada antes de salir del reservado para, seguramente, hablar por enésima vez con la señora Mills sobre su atuendo nupcial. La dueña de la tienda llevaba la mayoría de los encargos nupciales de la aristocracia y era la mejor—. Es raro que *lady* Satherton no esté aquí todavía.

Habían invitado a Olivia a ir con ellas, porque la mujer tenía mucha ilusión por ver el vestido de novia. Belle no estaba segura de quién estaba más contenta por la boda, si la marquesa o su madre. En la nota que les envió, decía que se encontrarían en la tienda a la hora acordada, pero no había aparecido. Era extraño. Belle sabía que *lady* Satherton no era mujer que olvidase una cita o faltase a ella sin avisar primero.

—Le habrá surgido algo de última hora —dijo Mary con un despreocupado ademán de la mano—. Seguro que luego nos lo cuenta.

Belle asintió despacio, aunque no estaba convencida. Esa misma tarde iban a ir a tomar el té a Satherton House y tendría la respuesta a sus dudas. Sin embargo, tenía una sensación extraña en la boca del estómago, como un mal presentimiento. Se obligó a pensar que era absurdo, que no tenía por qué preocuparse, pero el malestar persistía.

Tras unos cuantos arreglos más y la promesa de la señora Mills de tener

el vestido preparado en unos días, las mujeres Walls salieron de la tienda y se encaminaron hacia el carruaje que las llevaría de vuelta a Clayton House. Belle estaba deseando llegar a su casa y descansar de tanta modista, pero, antes de que pudiesen dar unos pasos, Sophie Daventry apareció ante ellas con una expresión que le heló la sangre en las venas.

—¡Por fin te encuentro! —exclamó hacia ella. Venía montando a caballo y su expresión era preocupada. Las alarmas cobraron vida en la mente de la joven Walls.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada.

—¡Es Gabriel! —respondió ella mientras trataba de controlar al imponente animal, que percibía su ansiedad—. Lo han encontrado desmayado en su casa esta mañana y no se despierta.

El terror se apoderó de Belle, un veneno ponzoñoso que le heló el corazón. Se tambaleó tratando de asimilar lo que acababa de escuchar. Su mal presentimiento... No, no podía ponerse en lo peor. Tenía que ir con él, tenía que encontrarlo.

Su madre debió de leerle la mente, pues se puso al mando de la situación.

—¡Vamos!

Las tres subieron al carruaje e instaron al cochero a que se diese prisa, mientras veían a Sophie desaparecer en dirección a la casa de soltero de Gabriel.

Belle retorció la tela de su falda, nerviosa, deseando poder volar para llegar de inmediato y evitar el tráfico de Londres. Gracias a Dios era bastante temprano y no había tanto coche como se esperaba. Su mente volaba en múltiples direcciones preguntándose qué habría pasado. Sophie no le había dado detalles y una imaginación desbordante no era buena amiga en aquellos momentos; ponerse en lo peor tampoco ayudaba. Sintió una mano que le hacía parar su destrozo a la falda y se fijó en que su hermana la miraba con la serenidad que ella no sentía.

—Así no ayudas —le dijo. Tenía razón, por supuesto, pero no podía evitarlo. Mary suavizó la mirada—. Todo irá bien.

Quería creerla, de veras que sí, pero su malestar persistía, royéndole las entrañas y poniéndola enferma. Necesitaba verlo, comprobar su estado con

sus propios ojos. Así que, cuando el carruaje paró en la entrada de la casa, prácticamente saltó del pescante y corrió hacia la puerta donde ya la esperaba el hombre que le había abierto la puerta aquel día, cuando Pepper se había escapado. Al diablo con los buenos modales.

—¿Cómo está? —le preguntó con una voz estridente que la asustó.

Fue Sophie, que ya estaba esperándolas, quien les contó todo.

Al parecer, unos ladrones habían entrado en la casa pensando que no habría nadie despierto a aquellas horas, pero Gabriel los había sorprendido trabajando en su despacho. No sabían muy bien qué había pasado, pero al amanecer se lo habían encontrado en el suelo del despacho con un golpe en la cabeza y toda la estancia revuelta. Todavía no habían conseguido que despertase, pero el médico estaba ahora con él. La policía acababa de irse en busca de los delincuentes.

Dios Santo... Belle no podía respirar. ¿Y si los ladrones hubiesen llevado cuchillos o pistolas? ¿Y si no despertaba? ¿Y si...? Sacudió la cabeza en un intento de ordenar sus pensamientos, pero su interior era un caos. Sintió a las que serían su madre y su hermana detrás de ella, pero no era consciente de lo que la rodeaba; solo podía pensar en Gabriel a merced de esos tipos.

La policía estaba registrando el lugar, al parecer buscando pistas. El sargento de Scotland Yard estaba hablando con Michael, asegurándole que atraparían a los ladrones, que se habían llevado el dinero de la caja fuerte. Unos cientos de libras.

En ese momento, Olivia bajó por la escalera que llevaba a la habitación de Gabriel e Isabelle dejó de prestar atención a su entorno. Tenía una expresión cansada y sería nada propia de ella. Por alguna razón, eso la preocupó todavía más.

Pero antes de que Belle pudiese preguntarle nada, la mujer habló.

—Acaba de despertar —dijo en voz baja, como si no acabase de creerlo—. Pero...

Sin embargo, la joven no escuchó más. Se encaminó hacia la habitación de Gabriel sin dudar ni un segundo, a pesar de los gritos de su madre. Qué le importaba el protocolo en ese momento. El protocolo podía irse al infierno.

Paró en el umbral de la habitación. Vio al médico hablando con Gabriel, que, gracias a Dios, lo miraba y le respondía en voz tan baja que le era

imposible oírlo. Llevaba una venda rodeándole la cabeza y la herida era tan aparatosa que volvió a latirle el corazón de forma frenética. Pero estaba bien, estaba despierto, estaba...

—¡Gabriel! —exclamó cuando no pudo soportarlo más. Se arrodilló en el suelo al lado de la cama, sin importarle un ápice que el médico estuviese mirando—. ¡Menos mal que estás bien! He estado muy preocupada y...

Se interrumpió, pues él la miraba de una forma muy extraña. No le sonrió como solía hacerlo ni le dijo una palabra; simplemente la miraba como si fuese la primera vez que la veía. El miedo se instaló de nuevo en su pecho.

—¿Gabriel? —preguntó con cautela, deseando que le respondiese.

—Señorita... —comenzó el médico con cierta compasión en la voz.

Pero la joven no lo miró, le era imposible apartar la vista de aquellos ojos tan familiares y extraños al mismo tiempo. ¿Qué estaba pasando allí?

Sin embargo, antes de que el buen doctor o ella pudiesen decir algo más, fue él quien habló, y lo que dijo era la última cosa que Isabelle esperaba oír salir de sus labios.

—¿Quién es usted?



¿Quién era ella? ¿La conocía de algo? No podía recordarlo, no podía recordar nada. Su mente era como un fondo negro en el que no se veía lo que había debajo. Estaba confuso, enfadado y le dolía la cabeza horrores. El hombre que se había identificado como el doctor Collins le había explicado que, a causa del golpe que le habían dado en la cabeza, había perdido la memoria. Sufría amnesia, pero el médico no sabía si sería temporal o permanente.

No podía ser cierto.

Miró a la joven rubia que lo observaba con una mezcla de incredulidad y espanto, como si no entendiese lo que estaba pasando allí. Bueno, ya eran dos. Se fijó en sus ojos e intentó averiguar de qué la conocía. Ella parecía muy preocupada por él al entrar en la habitación, así que debía de ser alguien importante. Su mirada avellana agitó algo en su interior, pero nada en su cerebro. Cerró los ojos, frustrado. ¿Por qué demonios tenía que pasarle eso?

—Yo soy... —la oyó decir en medio de la bruma confusa que lo envolvía. Gabriel abrió los ojos para encararla de nuevo y le pareció ver una profunda tristeza en su mirada. Aquello, por alguna razón, le provocó una horrible punzada en el pecho—. Lo siento, tengo que irme.

Antes de que él pudiese decir nada más o al menos intentar detenerla, la joven se levantó con rapidez y salió corriendo de la habitación como alma que lleva el diablo. Frunciendo el ceño por tan extraño comportamiento, desvió la mirada hacia el doctor, que lo observaba con cierta lástima.

—¿Quién era?

El médico suspiró.

—La señorita Isabelle Walls, hija mayor del vizconde Clayton —respondió con cierta reticencia, como si no quisiese inmiscuirse en asuntos ajenos o no le importase en absoluto aquello—; su prometida.

Prometida.

La palabra le rebotó en la mente, resonando con fuerza, como si su maltrecho cerebro no acabase de procesar el significado de dicho término y se resistiese a comprenderlo. Alterado, fijó la vista en la puerta por donde ella había desaparecido como una flecha.

Isabelle.

Capítulo 17

Al parecer, Gabriel Satherton ha sufrido un trágico accidente y ha perdido la memoria. Espero que se recupere muy pronto. Si nuestro adorado marqués quiere ponerse al día enseguida y estar al tanto de todo lo que ocurre, le recomiendo leer esta columna de inmediato.

**De la columna «The Golden Swan».
4 de julio de 1854**

Amnesia.

No podía creerlo. Rememoraba una y otra vez la breve conversación que había tenido con Gabriel. Bueno, ella se había limitado a huir como una tonta en lugar de quedarse y hablar con él.

«¿Quién es usted?».

Cerró los ojos, atormentada. Se había olvidado de ella por completo, no la había reconocido. El dolor había sido tal que no fue capaz de quedarse allí y explicarle quién era, por qué estaba allí muerta de preocupación por él. Decirle que iban a casarse. No tuvo valor de enfrentarse a su falta de recuerdos.

Cuando empezó todo aquello no pensó que pudiese haber algo peor que el hecho de que Gabriel no se enamorase de ella. Pero sí lo había: que se olvidase de ella por completo.

Lo primero era doloroso; lo segundo, absolutamente devastador.

Oyó la puerta de la biblioteca abrirse y se giró para ver a Mary entrar con cautela, como si Belle fuera a romperse de un momento a otro. En realidad, se sentía como si estuviese mirando la escena desde otro ángulo, observándose a sí misma desde fuera. Como si fuese todo ajeno a ella, un narrador omnipresente en su irónica historia.

—¿Cómo estás, Belle? —Su hermana la miró de reojo a la vez que se sentaba a su lado en el diván.

Ella se encogió de hombros, incapaz de responder.

—Él no va a romper el compromiso, aunque no se acuerde de ti.

Belle la fulminó con la mirada.

—No es mi reputación lo que me importa, Mary —replicó cortante—. Créeme que es en lo último en lo que pienso ahora.

Su hermana pequeña sonrió como respuesta.

—Vaya, por fin hablas —respondió con una sonrisa ladeada—. Creía que no volvería a oírte nunca más.

La otra resopló indignada. Su hermana tenía unas maneras muy extrañas de animarla.

—Ve a verlo —le dijo cogiéndole la mano y apretándosela con cariño—. Si no te recuerda, procura que lo haga. ¿O acaso vas a rendirte?

No, no iba a hacerlo. Mary tenía razón. Si Gabriel había perdido la memoria, volverían a conocerse. Y sabía cómo hacerlo, o al menos creía saberlo. Se levantó como un resorte y le dio un beso a Mary en la mejilla.

—Eres la mejor hermana del mundo.

Ella rio.

—Lo intento —dijo encogiéndose de hombros, como si fuese un trabajo muy duro ser tan maravillosa—. Buena suerte.

Asintió agradecida. La iba a necesitar.



Gabriel miraba el techo de su habitación en Satherton House con la vana esperanza de que este le dijese algo. El día anterior su madre había insistido en que se mudase a la casa principal para que pudieran cuidar mejor de él. Gabriel no pudo negarse; quedarse solo era lo último que necesitaba en aquel momento. Sin embargo, se había negado en rotundo a ocupar la habitación del marqués y echar a su madre de allí, así que estaba en su antigua habitación, intentando estimular su deshecha memoria.

Desde el día anterior había ido recordando bastantes cosas, aunque todas antiguas, como recuerdos con sus hermanos o de su vida de estudiante. Los últimos meses eran los que estaban en blanco, y le estaba siendo muy difícil rellenar los huecos. Estaba especialmente frustrado por no recordarla a ella.

Isabelle Walls.

Le era imposible sacar de su mente el día anterior, cuando se había marchado corriendo. Quería volver a verla para saber si se encendía alguna

luz en su cerebro, porque no podía ser posible que no recordase a su prometida. El desasosiego que lo embargaba era abrumador. Sin embargo, no le permitían salir solo, para su absoluta desesperación. Estaba desmemoriado, sí, pero no era un inválido. Estaba seguro de poder recordar cómo volver a su propia casa.

En ese momento, como si alguien hubiese escuchado sus plegarias, llamaron a la puerta con suavidad.

—Adelante.

Era su madre, que lo miró con ternura.

—Gabriel, Isabelle ha venido a verte —lo informó. Parecía extrañamente contenta—. ¿La hago pasar?

Había venido a verlo. Dios Santo, ¿por qué eso parecía de repente lo más importante del mundo?

—Por supuesto —dijo aparentando indiferencia cuando la verdad era que el nerviosismo se había apoderado de él.

Segundos después, su madre desapareció y la joven rubia del día anterior entró con cierta cautela, como si no supiera muy bien qué hacer o decir. La entendía, él estaba en la misma situación. Apenas se dio cuenta de que su madre cerraba la puerta y los dejaba solos. La observó con atención, memorizando cada detalle. Sus ojos castaños, fijos en él; su sedoso cabello y los rosados labios, que le provocaron una punzada de algo que pudo identificar como anhelo. Era hermosa.

Tanto que era un crimen haberla olvidado.

—Hola, Gabriel —dijo la joven. Lo miraba con serenidad, pero él se dio cuenta de que las mejillas se le encendían.

Estaba adorable. Y se preguntó por qué esa palabra le gustaba tanto.

—Isabelle —respondió con la voz ronca, alterado.

Ella lo miró sorprendida, como si le fuese imposible imaginar que hubiese dicho su nombre. Lentamente se acercó al sillón donde él estaba sentado, cerca de la ventana. Delante de Gabriel había una pequeña mesa en la que ella depositó su carga. No se había fijado todavía por estar demasiado ocupado contemplándola. Era un tablero de ajedrez.

La miró interrogadoramente y ella sonrió.

—Te gusta mucho el ajedrez, he pensado que podíamos jugar una

partida —dijo con calma.

Sin esperar respuesta, abrió una pequeña caja de madera y comenzó a extraer los trebejos y a colocarlos eficientemente en sus escaques correspondientes. Gabriel observó sus pequeñas manos trabajar sin descanso, completamente embobado por sus movimientos seguros y metódicos.

Sintió un cosquilleo en las manos, un hormigueo en las yemas de los dedos que le provocaba el deseo de acariciarla. Su mente no la recordaba, pero su piel sí, y cada poro le gritaba que la conocía. Aunque estuviesen prometidos, no sabía qué nivel de intimidad habían compartido, aunque tenía la certeza de que había recorrido su piel con las manos con anterioridad. No sabía por qué, pero algo le decía que era así; y no solo eso, su corazón también la conocía, porque latía apresurado por ella desde el momento en el que supo que estaba allí.

Era conocida y desconocida al mismo tiempo, y le dolía no poder recordarla.

Flexionó los dedos para eliminar esa sensación antes de volverse loco; ya tenía la salud mental bastante deteriorada. Cogió con cautela al rey blanco y observó con atención su mirada fiera. El ajedrez era una de las cosas que no había olvidado y gracias a Dios tenía las reglas grabadas a fuego en la mente. Algo dentro de él se encendió, porque tener una certeza como esa era lo mejor que podía pasarle en esos momentos.

Miró a su visitante, que observaba con atención cada uno de sus movimientos. Su mirada era cálida y reconfortante. Sintió que el cuerpo se relajaba inconscientemente al sentir su presencia. Era extraordinario.

—¿No quieres las blancas? —le preguntó mientras colocaba al rey blanco de vuelta a su escaque.

Isabelle negó con la cabeza.

—Tú me dejas las negras porque no quieres darme ventaja —dijo sonriendo—. No desde que te gané.

Gabriel arqueó una ceja, divertido a su pesar.

—Así que somos muy competitivos.

Ella se encogió de hombros inocentemente.

—Podría decirse que sí —bromeó—. Qué puedo decir, soy como la horma de tu zapato.

Eso hizo reír a Gabriel, que se asombró de escuchar su propia risa. No había tenido motivos para reír desde el accidente y le resultó asombroso el poder hacerlo. Isabelle tenía un gran efecto en él, podía sentirlo.

Ella sonrió de nuevo y lo instó a hacer su primer movimiento. Gabriel se concentró en la partida todo lo que pudo. Movía las piezas utilizando su instinto y pronto comenzó a recordar muchas de las jugadas que había estudiado en el pasado. Sin duda, jugar tenía un efecto terapéutico, y era Isabelle quien se lo había traído, seguramente esperando que lo ayudase a sanar su mente.

Y también fue Isabelle quien acabó ganándole con relativa facilidad, con una experta combinación de jugadas que no le dieron ni una sola oportunidad. Enfurecido por su derrota, la fulminó con la mirada.

—¡No es justo aprovecharse de un enfermo! —dijo intentando mostrarse indignado, pero, a su pesar, estaba más alegre que molesto.

Ella rio ante su patético mohín.

—En el amor, en la guerra y en el ajedrez todo vale —dijo ella con una extraña expresión dibujada en el suave rostro.

«Ay, *milord*, no esperaba que cayese en un truco tan viejo. Jaque mate».

De repente, creyó verla y oírla en su mente, ganándole al ajedrez. Cerró los ojos y se concentró con la intención de lograr recordar algo más que ese breve e insuficiente fogonazo. ¿Cuándo sucedió aquello? ¿Por qué? La miró, desconcertado a su pesar. Quería acribillarla a preguntas, pero la única que se vio capaz de pronunciar fue completamente inesperada para los dos.

—¿Por qué íbamos a casarnos?

Ella pareció encogerse en su asiento, como si él hubiese dicho algo profundamente hiriente. La vio morderse el labio, indecisa.

—Tú me lo pediste —musitó finalmente.

Gabriel reprimió el impulso de poner los ojos en blanco.

—Lo imaginaba; pero ¿por qué te lo pedí? ¿Por qué aceptaste? —insistió. De repente, aquella cuestión era muy importante—. ¿Por dinero?

Lo fulminó con la mirada. Parecía dolida, como si no creyese que él pudiese pensar eso de ella. Pero es que no sabía qué demonios pensar de Isabelle y eso lo enfadaba. La mujer que se sentaba frente a él tenía las respuestas que buscaba y no entendía por qué no se las daba.

La impaciencia lo carcomía por dentro.

—Nada de eso —respondió ella, sacudiendo la cabeza.

—¿Entonces? —siguió él, implacable. Sabía que estaba siendo brusco, pero estaba demasiado irritado para que le importase. Consigo mismo, con su maltrecha mente, con ella—. ¿Por qué?

Ella inspiró con fuerza, pero no dijo nada. Parecía tan torturada que Gabriel se apiadó de ella. Estaba comportándose como un imbécil, pero se sentía tan impotente... La observó con atención, su postura rígida, deseando escapar de allí. Pero, aun así, se las arreglaba para sostenerle la mirada. Un sentimiento de admiración le cruzó el pecho y una idea repentina le vino a la mente. Sorprendido por no saber de dónde había venido aquello, la enfrentó de nuevo.

—Yo... ¿te quiero?

Un ramalazo de tristeza cruzó los ojos de Isabelle. Gabriel sabía que ella podía mentirle y decir cualquier cosa y él la creería, desesperado por aferrarse a cualquier información nueva. Sin embargo, también sabía por alguna razón desconocida que ella no iba a engañarlo.

Aquella ausencia de desconfianza lo sorprendió más que cualquier otra cosa.

—No lo sé. —Su voz fue un susurro tan bajo que Gabriel tuvo que esforzarse por oírla—. Nunca me dijiste nada al respecto.

Decía la verdad, estaba seguro, aunque no ayudaba. Seguía sin tener una respuesta que le gustase, porque, al parecer, se había guardado sus sentimientos, fuesen los que fuesen, para él, y su herido cerebro no le dejaba acceder a ellos. Frustrado, se pasó una mano por el pelo deseando que su mente se arreglase como por arte de magia.

—Me dijiste que... —Isabelle tragó saliva antes de continuar—. Que querías aprender a quererme.

¿Él había dicho eso? ¿Desde cuándo era tan endemoniadamente empalagoso? La miró con cierta incredulidad, aunque una vez más sabía que ella no mentía. Y se preguntó por qué esa era la certeza más poderosa que había tenido desde el accidente. ¿Habría aprendido a quererla? ¿O solo lo había dicho para contentarla porque lo único que tenían era un matrimonio convenido? Al fin y al cabo, era el marqués y su obligación era casarse. No

obstante, algo le dijo que no era tan sencillo.

—Yo... lo siento —dijo.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó ella con extrañeza—. No es culpa tuya.

Gabriel no tenía eso tan claro. No podía echarle la culpa de todo a su enfermedad, y esta no justificaba que se hubiera comportado como un idiota con ella. Hasta había insinuado que se casaba por interés, ¡por el amor de Dios! Le había hecho daño y eso no tenía excusa. Le revolvía el estómago la idea de que ella sufriese por su culpa.

—Por favor, perdóname.

Ella, al final, asintió, todavía confusa.

—Debería irme —dijo levantándose de repente—. Ya llevo aquí demasiado tiempo.

Gabriel la observó recoger los trebejos a toda prisa, como si quisiese escapar de allí lo antes posible, pero le pareciese horrible dejarlo todo desordenado. Quería escapar de él. Una nueva punzada en el pecho le dejó algo muy claro: no la recordaba, pero sí sabía que no quería que se marchase.

Así que tenía que conseguir que se quedase un poco más con él.

—¡Espera! —exclamó, casi desesperado.

Isabelle se quedó inmóvil y esperó a que él se levantara y se acercase hasta ella. Lo miró con cautela, pero no dijo nada. Gabriel respiró su dulce olor y algo le dijo que ya había olido antes esa fragancia. Le gustaba mucho. Despacio, levantó la mano y acarició su rostro con el pulgar. Isabelle se sobresaltó, pero no se apartó ni hizo nada por detenerlo. En cambio, cerró los ojos cuando él quiso acariciar sus párpados y sus largas pestañas. Resiguió cada centímetro de su piel, tratando de recordarla. Se detuvo en sus suaves labios, sintiendo su leve respiración en la piel. Su cerebro seguía apagado, pero estaba convencido de que la había tocado antes, de que aquello no era nuevo para él.

Dios Santo, ansiaba con desesperación recordarla.

Isabelle abrió los ojos y el repentino deseo de besarla lo dejó sin respiración. Apartó la mano bruscamente, como si quemara, asustado por lo que estaba sintiendo y enfadado por no entender lo que gritaba su instinto. Ella seguía en silencio y sabía que se marcharía sin protestar si él se lo pedía.

Pero no quería dejarla ir.

Sin saber por qué, le quitó los enganches que le sujetaban el pelo y lo dejó caer en cascada, observándolo bailar mientras contenía el aliento. Acarició con reverencia los mechones dorados y se fijó en cómo brillaban bajo el sol que entraba por la ventana.

—Eres hermosa —dijo sin pensar. Ella lo miró como si no lo creyese y las palabras acudieron a sus labios antes de que pudiese pararlas—. No lo dudes nunca.

La mirada que Isabelle le lanzó le dijo lo que él ya pensaba: no era la primera vez que decía eso. Era increíble, pero ella estaba ayudándolo a recordar. Su presencia estimulaba su cerebro mucho mejor que cualquier otra persona o lugar. Había hecho más progresos en apenas una hora que en dos días intentado en vano recuperar lo que había perdido. Recuperarla a ella.

Sintió esperanza.

—¿Me acompañas a dar un paseo?



Andaban por Hyde Park despacio, para que Gabriel no se fatigase demasiado. Les había costado mucho que *lady* Satherton los dejase marchar sin protestar, pero Belle sabía que ella también deseaba fervientemente que su hijo recuperase la memoria. Y si él había pedido pasear, rezarían porque eso ayudase en su curación.

Todavía llevaba vendada la cabeza, pero el sombrero conseguía esconder la herida que le habían infligido. Iba impecablemente vestido, así que cualquiera diría que hubiera recibido un golpe en la cabeza dos días atrás. Claro que la procesión iba por dentro. June, su doncella, los seguía manteniendo más distancia de la que sería correcta, pero Belle no se quejó. Le encantaba que la joven carabina los ignorase a propósito; se dijo que debía agradecerse después.

Después de un tiempo llegaron al Serpentine, donde un montón de niñeras e institutrices paseaban a sus pupilos. Se sentaron en un banco cercano al lago y el silencio se impuso entre los dos. La joven no sabía qué decir o hacer para ayudarlo. Había pensado que el ajedrez estimularía su

memoria y, en cierto modo, había logrado que volviese a jugar, aunque Belle había notado durante la partida que él no era el de antes, ni como jugador ni como persona. Todavía se encontraba perdido, como un náufrago en medio del océano.

Lo miró de reojo, acongojada. Tenía la vista fija en el agua del lago, como si esta contuviese todos los secretos del universo y quisiese que se los revelara. El viento alborotaba su cabello y Belle recordó aquel día en Hyde Park, cuando todos acabaron dentro del agua por culpa de...

Un pato se detuvo delante de ellos después de salir del agua con su bamboleante caminar. Belle lo miró fijamente, arqueando una ceja. El animal parecía estar evaluándolos. No podía ser el mismo pato, ¿verdad? Era imposible. El plumaje era parecido, eso era verdad, pero no eso no demostraba nada. Muchos patos eran iguales a sus compañeros. Como si quisiese reafirmar su identidad, el pato desplegó las alas y lanzó un sonoro cua en su dirección.

—¿Nos está hablando el pato? —Belle no se había dado cuenta de que Gabriel también miraba hacia el animal con cierta aprensión.

—Eso parece. —A su pesar, la joven sonrió—. Creo que no le gustamos.

—Quizá sea el que persiguió Pepper.

Se produjo un silencio incómodo, en el que Belle lo miró de hito en hito y Gabriel le devolvió una confusa mirada. El corazón de la joven latía con tanta fuerza que estaba segura de que él podía escucharlo.

—¿Te... te acuerdas?

Frunció el ceño, pensando su respuesta. Belle tenía ganas de zarandearlo, pero en cambio apretó las manos contra la falda del vestido, esperando con el corazón en un puño.

—Yo... No sé por qué he dicho eso, ha sido sin pensar. —Parecía mortificado—. ¿Tú estabas ahí?

La decepción fue como un jarro de agua fría y la caló hasta los huesos. Volvió a reclinarsse en el banco y trató de no parecer abatida. Gabriel no se lo merecía.

Él no tenía la culpa de haber perdido la memoria.

—Sí —respondió al fin—. Pepper es mi perro. Persiguiendo al pato, mi hermana y yo acabamos en el lago, empapadas.

Parecía pendiente de cada una de sus palabras, bebiendo de ellas. La miraba con desesperación y Belle sintió que el corazón se le encogía. Siguió hablando, era lo único que podía hacer.

—Tú y tu hermano Michael vinisteis a ayudarnos y también acabasteis en el agua —relató aparentando un entusiasmo que no sentía—. Fue un milagro que nadie nos viese.

Él sonrió ante sus palabras, pero pronto se le ensombreció el rostro. Se pasó la mano por el pelo, como si quisiese arrancárselo o darse cabezazos contra el suelo. La angustia apretó la garganta de la joven.

—No me acuerdo. No-me-acuerdo-de-nada. —Con cada palabra que pronunciaba se daba un nuevo tirón, hasta que aquello ya no lo satisfacía y le dio un tremendo puñetazo al banco para eliminar la frustración que lo envolvía.

Cuando vio la sangre en los nudillos de Gabriel, los ojos de Belle se llenaron de lágrimas incontenibles.

—¡Para! ¡Te estás haciendo daño! —Trató de sujetarle la mano, pero él se apartó bruscamente. Y aquel rechazó le dolió mucho más que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho o hecho.

—Lo siento —lo oyó susurrar, mortificado.

Para él no era más que una extraña y era entonces cuando comenzaba a asumirlo, como si antes de aquello hubiese sido algo irreal, algo que pudiera repararse. Pero estaba engañándose.

Así que, cuando Gabriel se marchó de allí sin decir una palabra más, ella no lo detuvo.

Capítulo 18

No son solo los hombres los que se determinan a conquistar a una dama. Cuando una mujer siente interés por un hombre, hace cualquier cosa por conseguir llamar su atención. Muchas veces funciona, pero siempre hay excepciones que confirman la regla.

**De la columna «The Golden Swan».
11 de julio de 1854**

Cuando Belle sospechó por primera vez que podía estar embarazada, su menstruación se retrasaba apenas una semana. A causa del accidente de Gabriel, se olvidó de sus temores y todo aquello pasó a un segundo plano, y achacó el retraso a los nervios por la boda.

Ahora, acostada en su habitación en penumbra, acababa de darse cuenta de que llevaba casi tres semanas de retraso y sus sospechas comenzaban a tomar la forma de nubes negras condensadas sobre su cabeza. Ella era muy regular, sabía que no era algo habitual.

Llevaba una semana sin ver a Gabriel, desde aquel horrible incidente en Hyde Park. Había ido a verlo dos veces, pero él no la había recibido. Su madre y sus hermanas le decían con la culpabilidad escrita en el rostro que no estaba, pero Belle sabía que era mentira. Lo sentía.

Él no quería verla, esa era la verdad. Y cómo dolía.

Había estado planteándose pedirle a su padre que rompiera el compromiso antes de que Gabriel lo hiciera, hecho que pasaría tarde o temprano, estaba segura. Tampoco podía culparlo. ¿Por qué iba a casarse con alguien a quien no recordaba?

Pero si resultaba que estaba embarazada... Si no se casaba con ella, su reputación acabaría destrozada, sin mencionar el hecho de que estaba deshonrada para cualquier otro hombre, embarazada o no. Aunque nunca podría haber otro hombre después de Gabriel, no importaba lo que le deparase el futuro. Belle sabía que no podría amar a otro.

Suspiró, frustrada. Tampoco podía decírselo. ¿Y si pensaba que era una estratagema para casarse con él, para obligarlo a atarse a ella? Él ni siquiera

se acordaba de lo que habían hecho, de que habían estado juntos. Era un crimen que él hubiese olvidado algo que ella recordaba con tanta claridad. Por enésima vez, Belle hizo un esfuerzo por contener las lágrimas que amenazaban con resbalar por sus mejillas cada dos por tres. No podía evitarlo.

La situación la superaba.

Se encogió sobre el colchón y enterró la cara en los almohadones. Estaba triste, abatida y no quería hablar con nadie, por eso no había bajado a cenar, alegando dolor de cabeza. Tenía un aspecto tan marchito últimamente que nadie le había discutido lo contrario.

Al menos había alguna ventaja.

Sintió la puerta abrirse suavemente, pero Belle no se giró. Su hermana no era, porque ella no era tan sutil; más bien era como un elefante en una cacharrería. Al final, fue su madre la que entró en su campo de visión. Llevaba en las manos un cuenco con lo que parecía sopa.

—Tienes que comer, Isabelle —dijo a modo de saludo, dejando el cuenco en la mesita de noche. La joven hizo una mueca de rechazo y la vizcondesa puso los brazos en jarras, dispuesta a no aceptar una negativa—. Ahora.

Sabiendo que era inútil discutir, Belle se incorporó, cogió el cuenco de sopa y comenzó a tomar lentas cucharadas. Su madre se sentó en el borde de la cama después de ahuecar amorosamente los almohadones en los que la joven se apoyaba. Aquel sencillo gesto casi la hizo llorar de nuevo; comenzaba a estar cansada de sí misma por su debilidad. Era una chica joven y estúpida.

—He hablado con Olivia —dijo su madre de repente. Belle arqueó las cejas en su dirección y dejó de comer—. Está muy preocupada.

—¿Se ha cansado ya de mentirme? —replicó la joven con enfado. Ante la mirada acerada de la vizcondesa, Belle siguió comiendo.

—Me ha dicho que odia mentirme, pero que Gabriel está trastornado —explicó con calma—. Recuerda casi todo su pasado, pero los últimos meses siguen prácticamente en blanco.

Belle se hundió un poco más en la cama. Por supuesto que no había cambiado nada. Ella seguía siendo una desconocida para él.

Durante un rato solo se escuchó el ruido de la cuchara al estrellarse contra el cuenco. Su madre la miró con tristeza.

—Isabelle, si pudieses...

—No, mamá. —La cortó ella, irritada. Dejó el cuenco de sopa casi vacío sobre la mesita—. Ya lo intenté, y me despreció. No quiere verme.

—Quizá no es todo como parece —apreció la mujer.

—¿Y cómo es? —exclamó Belle enfadada. Descargó toda su ira y frustración en su madre, que no lo merecía—. ¡Explícamelo, porque parece ser que no lo entiendo!

La vizcondesa endureció su expresión.

—Es un hombre que ha perdido los recuerdos y está indudablemente asustado —sentenció—. Creo que yo también olvidaría mis modales.

Eso la calló y la hizo sentir terriblemente culpable por su arrebato. Era egoísta por su parte sentirse así, pero no podía evitarlo. También estaba asustada. Por todo. Lo amaba y él ni siquiera se acordaba de ella. ¿Qué podía hacer? ¿Obligarlo a que la recibiese? No serviría de nada.

Y luego estaba el otro problema. Si de verdad estaba embarazada...

Un sonido estrangulado llegó a sus oídos y tardó unos segundos en darse cuenta de que era un sollozo que había escapado de su garganta. Todas las lágrimas que había contenido los últimos días se desbordaron como un torrente, destrozando el dique que se había construido para contener la tristeza. Su madre la abrazó con fuerza y Belle apoyó la cabeza en su hombro, como cuando era pequeña y creía que ella podía solucionarlo todo con solo un beso.

—Hay algo más que te preocupa, ¿verdad? —preguntó ella junto a su oreja, siempre observadora.

Belle cerró los ojos, derrotada, antes de separarse de ella. Entre sollozos se lo contó todo como pudo, farfullando palabras prácticamente ininteligibles. Pero su madre la escuchaba con atención, sin interrumpirla. Le contó su encuentro con Gabriel en su casa, que creía que estaba embarazada, y en ningún momento su madre la miró con enfado o decepción. Todo lo contrario, volvió a abrazarla, acariciándole el pelo con suavidad. Así, con ella, Belle se sentía protegida.

—¿Gabriel lo sabe? —preguntó su madre—. Lo que sospechas.

—No. —Sacudió la cabeza, abatida—. No he querido decírselo.

—¿Por qué? —preguntó. Parecía algo sorprendida.

Belle esbozó una sonrisa triste, desganada.

—Porque ni siquiera se acuerda de que estuvo conmigo.

Contuvo un suspiro. Gabriel se casaría con ella, estaba segura. Su honor no esquivaría esto, con amnesia o sin ella, porque no estaba en su naturaleza, pero no quería que pensase que estaba atándolo con un hijo cuando ni siquiera recordaba haber estado con ella. No le haría eso porque...

—Lo amas. —Su madre le había leído la mente, como siempre hacía.

Ni hizo falta que respondiese.

—Ay, mi niña... —le dijo con pesadumbre—. Sabes que tiene que casarse contigo. Tu padre no dejará que te calles.

—¡No se lo digas a papá! —exclamó Belle en respuesta, con los ojos muy abiertos—. Tengo que decírselo yo. Seguro que se decepciona.

La vizcondesa sonrió con cierta ironía.

—No lo creo —respondió—. Tu padre es más comprensivo de lo que crees.

Belle la miró con curiosidad y, por un momento, se olvidó de todos sus problemas.

—Papá me dijo que estabas enamorada de otro —empezó con cautela. Tampoco quería inmiscuirse en la vida de su madre.

Su madre la miró en silencio, algo sorprendida.

—Lo estaba —respondió al fin, adquiriendo una expresión distante—. Pero no pudo ser. Mis padres querían que me casara con un noble, y él no lo era.

No parecía querer dar más información, y ella no insistió. Pensó en sus padres, obligados a casarse sin amarse. Ella había decidido entregarle su corazón a Gabriel sin esperar nada a cambio y había terminado pisoteado por las circunstancias. Quizá estaba condenada, como su madre, a no estar junto a la persona de la que estaba enamorada.

—Lo siento, mamá —dijo con tristeza. Por ambas.

Jane sonrió con dulzura.

—Tu padre es un hombre maravilloso, no lo lamento —respondió ella—. Y os tuvimos a vosotras, que sois el mejor regalo.

Madre e hija se sonrieron, cómplices.

—Todo saldrá bien, cariño —dijo su madre acariciándole la mano—. Ya lo verás.

Belle quería crearla, pero le resultaba muy difícil.

—Anda, vamos.

Jane la levantó de la cama con rapidez y la sentó en el tocador, donde comenzó a cepillarle el pelo con extremo cuidado.

—¿Adónde? No me apetece salir hoy —preguntó una sorprendida Belle. Se dejó cepillar el pelo, era muy agradable.

Ella hizo caso omiso de su queja.

—De repente me han entrado ganas de ir a la ópera esta noche.

Su hija la miró a través del espejo con las cejas alzadas, como si la vizcondesa acabara de decirle que lo dejaba todo porque quería ser acróbata de éxito en el circo ruso.

—Mamá, a ti no te gusta la ópera.

—¿De verdad? —Parecía realmente sorprendida—. No lo sabía.

Se rio ante la cara que puso Belle.

—A la ópera se va a ver y ser visto, cariño —le explicó—. Y tú tienes que dejarte ver esta noche.

Belle comprendió cuando su madre dejó el cepillo del pelo y sacó del armario un vestido precioso de seda plateado con mangas hasta la muñeca. Era una prenda de la que se había enamorado meses atrás, antes de que comenzase la temporada. Por alguna razón, todavía no se lo había puesto. Quizá le parecía muy atrevido, porque el escote era algo más bajo de lo que ella solía llevar; sin duda, era ciertamente escandaloso.

Le pareció extraño que su madre quisiese que se lo pusiera para ir al teatro.

—Gabriel estará allí, ¿verdad? —preguntó a modo de confirmación.

Su madre no dijo nada, solo se puso manos a la obra para ayudarla a vestirse. Belle se dejó hacer, demasiado mortificada como para resistirse. Él estaría allí. ¿Qué le diría? ¿Y si él la ignoraba como había pasado durante esa semana?

—Mamá, él no quiere verme —gimió cuando por fin pudo encontrar la voz para hablar—. Ni hablar conmigo.

Jane sonrió con cierta ironía.
—Pero tú solo vas a ver la ópera, ¿no?
Belle no pudo contener una sonrisa.
—Claro, a eso vamos.



¿Qué demonios estaba haciendo allí? Gabriel resopló, apoyado en la pared, mientras observaba a su madre y a su hermana charlar con un viejo matrimonio que quizá debería conocer.

Pero, cómo no, lo había olvidado.

Fastidiado, se preguntó por enésima vez cómo se había dejado convencer por su madre para acompañarlas. Aunque la herida de la cabeza ya había sanado —al menos superficialmente—, no era de su interés pasar la noche en la ópera.

A él no le gustaba la ópera.

Además, de un tiempo a esa parte andaba con un humor de mil demonios y un acto social no ayudaba a suavizar su carácter, pero su madre podía ser muy persuasiva cuando se lo proponía. Al menos podía quedarse apartado sin necesidad de socializar con nadie; ventajas de ser un marqués desmemoriado.

Un movimiento a la izquierda le hizo girar la cabeza. Lo que vio lo dejó sin aliento, como si le hubiesen dado un puñetazo en pleno estómago.

Habían llegado los Clayton.

El vizconde iba de la mano de su esposa, pero no fue en ellos en quien Gabriel se fijó. Isabelle iba con ellos. Sintió que el corazón se le aceleraba ante su espléndida visión. Llevaba un vaporoso vestido plateado que se pegaba a su delgada figura y un escote escandaloso. «Dios santo», pensó fijándose en la cremosa piel que se asomaba por encima de la tela.

Debería ir a recibirla, era su prometida.

¿De dónde había salido eso?

Era verdad, por otro lado. Seguían estando prometidos, aunque no... hablasen desde hacía días. Gabriel había pensado mucho en ella, avergonzado por el comportamiento de la última vez que se vieron. Se había portado como

un asno y sabía que le debía una disculpa. Más de una, tal vez. Pero no había sido capaz de ir a verla ni de recibirla cuando ella se había presentado en Satherton House. Era doloroso estar junto a ella y saber que no podía recordarla. Fue como si un rayo lo atravesase cuando aquel día en Hyde Park vio en sus ojos lo único que no podía enfrentar: esperanza.

En el fondo era un cobarde.

Observó a Sophie ir a saludarla, como buenas amigas que eran. Le había preguntado a su hermana cosas de ella, intentando estimular su memoria, pero seguía sin poder desprenderse de la sensación de que estaban hablando de alguien muy distinto. De una desconocida.

No estaba siendo agradecido, lo sabía. Ella había ido a verlo, lo había ayudado a recordar con el ajedrez y su presencia, le había hecho compañía y respondido a sus preguntas a pesar de que también tenía que ser muy difícil para ella.

Era hora de que él moviese sus trebejos. Si estaban prometidos, tenía que ser por alguna razón e iba a descubrirla.

Con ese pensamiento en mente, se acercó a su hermana a paso vivo. Fue Isabelle quien lo vio primero y sus ojos se agrandaron cuando hicieron contacto visual. Su cabello rubio brillaba a la luz de las velas, pero no era comparable a su mirada. Esos ojos castaños le provocaron un vuelco en el corazón. Su cuerpo seguía sin resistirse a ella, como la última vez que se vieron.

—Buenas noches —dijo muy inteligentemente. ¿No se le ocurría algo más manido? Parecía un adolescente nervioso.

Ella no respondió, solo se quedó mirándolo con cautela, como si no confiase en él. Una nueva oleada de vergüenza por su comportamiento lo atravesó de pies a cabeza. Apenas fue consciente de que Sophie se disculpaba torpemente y los dejaba a solas. Estaba demasiado ocupado pensando qué podía decirle, qué podía hacer. Tenía el repentino deseo de arreglar las cosas para que ella dejara de mirarlo como si no lo conociese.

Aunque sería lo justo.

—Si tú lo dices... —dijo ella al final, con cierta ironía—. Fuera está lloviendo a cántaros.

Gabriel vaciló durante unos segundos, preguntándose si bromeaba o no.

La sombra de una sonrisa surcó los labios femeninos y él se encontró devolviéndole el gesto. Quizá no estaba todo perdido.

—Bueno... —carraspeó—. ¿Cómo estás?

Otra intervención inteligente. Bien hecho, Gabriel.

Isabelle alzó las cejas levemente, mirándolo como si de repente se hubiese vuelto loco y le hubiese preguntado si caían del cielo erizos rosas.

—¿De verdad quieres saberlo? —replicó ella algo cortante.

Él hizo una mueca de dolor, se lo merecía.

—Lo siento —continuó Isabelle suavizando la mirada—. No ha sido justo por mi parte.

Gabriel sacudió la cabeza. Se habían quedado a solas en el pasillo y apenas fue consciente de que había sonado el primer aviso para que el público se acomodase en sus asientos. Pero él no tenía ganas de moverse, y, al parecer, ella tampoco.

—No te disculpes —dijo al final—. Soy yo el que se comportó como un idiota.

—¿Vas a romper el compromiso? —le preguntó ella a bocajarro.

—¿Por qué piensas eso? —replicó.

Isabelle se encogió de hombros levemente. Supuso que le había dado suficientes motivos para dudar de él y de lo que tenían. Debía admitir que lo había pensado más de una vez a lo largo de aquella última semana, pero no por los motivos que ella creía. Gabriel le había pedido matrimonio por una razón, aunque no la recordase, y la persona que era antes sabía lo que hacía, estaba seguro. Sin embargo, no podía pedirle que se atase de por vida a un enfermo. Él no tenía la certeza de poder recuperar todos sus recuerdos, y eso lo preocupaba. ¿Y si se quedaba amnésico para siempre? ¿Y si nunca la recordaba?

—No tengo intención de romper el compromiso —dijo cogiéndole la mano enguantada—, a no ser que tú me rechaces.



—¿De qué hablas?

Sus ojos grises rezumaban tristeza y autocompasión. Belle lo miró con

las cejas alzadas, esperando a que se explicase. La había aliviado saber que no iba a romper el compromiso, pero todavía quedaba mucho por resolver. No sabía cómo decirle lo que sentía, lo que sospechaba. No cuando todavía la miraba como si fuese una completa extraña.

—Si no quieres casarte conmigo por... lo que me ha pasado —dijo con cautela—, lo entenderé.

Belle ya estaba negando con la cabeza antes de que él terminase de hablar. Lo miró enfadada porque no veía la verdad, porque pensaba que ella podía echarse atrás por que hubiera perdido sus recuerdos.

—No entiendes nada, Gabriel.

Él le devolvió la mirada y no supo describir lo que vio en ellos. Por primera vez desde que lo conoció, no pudo sostenérsela.

—En eso tienes razón. —La amargura salía por cada poro de su piel como un veneno.

Con un impulso repentino, Belle se acercó y unió los labios con los de él. No sabía qué esperaba obtener con eso, pero cualquier respuesta le habría valido. Pero fue su rigidez lo que le rompió el corazón una vez más. Cuando él no le devolvió el beso comprendió que no tenía nada que hacer allí.

Se separó de él con brusquedad.

—El problema aquí no es tu amnesia —le dijo ella furibunda, ignorando su mirada confusa—. Es que tú no quieres casarte con una desconocida. Porque, cada vez que me miras, es lo que veo reflejado en tus ojos. —Se alejó de él unos pasos, incapaz de seguir allí un segundo más. Si se quedaba, no podría evitar llorar delante de él—. Y soy yo la que no quiere que te ates a alguien por quien no sientes nada.

Cuando ya se marchaba dejándolo allí, oyó su voz una vez más.

—¿Y qué es lo que tú sientes por mí?

Paró, incapaz de girarse para encararlo, y apretó los dientes, cansada de ocultarlo durante más tiempo. Muchas veces nos da miedo decir *te quiero* por las consecuencias que se pudiese implicar tamaña confesión, quizá no ser correspondido, quizá el miedo a sentirse vulnerable. Y no nos damos cuenta de que deberíamos decirlo más a menudo, porque son palabras que se quedan para siempre en el alma. Valiosas y necesarias.

No era el momento ni el lugar, Belle lo sabía, pero no pudo evitar

decírselo, porque no sabía si tendría otra oportunidad de hacerlo. Ya estaba bien de guardar silencio.

—Yo te quiero desde hace mucho tiempo —dijo mirándolo a los ojos antes de reanudar su huida. Porque eso es lo que hacía, huir. Como una cobarde.

Y no se dio cuenta de que Gabriel la siguió con la mirada hasta que desapareció.

Capítulo 19

Sin embargo, queridos lectores, lo que en principio parece una derrota puede derivar en una victoria a largo plazo. No sé ustedes, pero yo creo firmemente que la esperanza es lo último que se pierde.

**De la columna «The Golden Swan».
11 de julio de 1854**

La biblioteca de Satherton House era claustrofóbica, y Gabriel no se había dado cuenta hasta ese momento, o quizá era que el marqués sentía que las paredes se le caían encima. Se sentó en su silla habitual, donde jugaba al ajedrez con sus hermanos desde hacía muchos años.

Donde jugó al ajedrez con ella.

La veía allí, sentada frente a él, moviendo las piezas con habilidad. No era más que un fogueo, pero la distinguía con nitidez, porque era algo que había recordado muchas veces. Sabía que ese momento había sido muy importante, su instinto se lo decía, pero no podía ver más allá.

Frustrado, analizó por enésima vez la conversación que habían tenido la noche anterior en la ópera, una conversación que lo torturaba una y otra vez.

«Yo te quiero desde hace mucho tiempo».

Demonios... ¿cómo no se había dado cuenta? La forma en la que lo miraba cobraba sentido para él, pero había estado tan pendiente de sus propios problemas que no se había dado cuenta de cuánto sufría ella. Isabelle estaba enamorada y no mentía, pudo verlo en su mirada angustiada.

Una vez más, como la noche anterior, sintió que el nudo que tenía en la garganta se apretaba hasta impedirle respirar.

¿Y él? ¿Qué sentía por ella? ¿Era la primera vez que ella se declaraba o no? Las preguntas se agolpaban en su cerebro como carretas llenas de paja que le impedían llegar a las respuestas. Su maltrecha mente no quería colaborar y él cada vez estaba más desesperado. ¡Necesitaba recordarla! Era demasiado importante como para que el universo se confabulase de esa forma contra él.

—¿Qué haces ahí sentado como un idiota?

Gabriel giró la cabeza con brusquedad y se encontró con la mirada furiosa de su hermana Sophie, que tenía los brazos en jarras como cuando su madre se enfadaba con ellos.

—Soph —la saludó antes de seguir mirando la silla vacía que tenía delante de él.

—¡Déjate de tonterías, Gabriel, y afronta la situación! —Los ojos de su hermana echaban chispas—. Deberías estar con ella en lugar de quedarte aquí languideciendo como un anciano achacoso.

Gabriel cerró los ojos, frustrado. Estaba demasiado cansado para discutir con su hermana pequeña.

—No lo entiendes...

—Lo que yo entiendo es que ella te quiere —lo cortó con un brusco ademán de la mano— y que tú no haces más que poner muros entre los dos.

La miró sorprendido.

—¿Tú lo sabías?

Sophie le lanzó una mirada de superioridad que solo podían adoptar las hermanas pequeñas.

—Por supuesto, no había más que mirarla —dijo como si fuese evidente—. Pero lo importante aquí es que tú también la amas.

Las palabras flotaron hacia él con lentitud, como si no estuviese preparado para asumirlas. Sacudió la cabeza, incrédulo.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó enfadado—. ¡Apenas me acuerdo de ella!

Sophie miró al cielo, quizá pidiendo paciencia para soportarlo o fuerza para estrangularlo. Fuera como fuere, estaba comenzando a ponerse muy furiosa.

—¡Estás tan obsesionado con recordarla que ni siquiera te has parado a pensar en qué es lo que sientes por ella! —Colocó una cajita de madera decorada sobre la mesa. Gabriel ni se había dado cuenta de que la llevaba en la mano—. Anoche en la ópera me dio esto para que te lo devolviese.

Gabriel se incorporó para coger la caja. Un cosquilleo en la base del cráneo le dijo que ya había visto aquella cajita con anterioridad, aunque no sabía dónde. ¿Por qué la tenía Isabelle y por qué quería devolvérsela? De repente, se le revolvió el estómago.

—¿Qué es? —Si su hermana sabía tanto, quizá podía darle más información sobre aquello.

—Ábrelo —dijo encogiéndose de hombros. Se alejó hasta la puerta y, antes de marcharse, lo miró una vez más—. Pero es muy importante para ambos. Tú mismo me lo dijiste cuando lo encargaste.

Dicho esto, lo dejó de nuevo a solas. Él miró la caja con cierta cautela, antes de abrirla despacio. En su interior había un hermoso trebejo decorado con exquisito gusto que reconoció de inmediato: la reina negra. Gabriel observó a la orgullosa monarca, obnubilado. Era una pieza muy hermosa. Tanto como...

Como ella.

«Tú siempre juegas con las negras, mi reina».

Lo vio. Vio como en aquella terraza ella abría la caja y se le iluminaba la mirada al ver el trebejo negro, el regalo que él le había hecho. Aquella noche... Gabriel cerró los ojos, tratando de concentrarse. Aquella noche se celebraba algo importante. ¿El compromiso, quizá? Sí, eso era. Era el baile de compromiso. Isabelle estaba radiante, como siempre. Brillaba con luz propia.

Isabelle.

Sí, aquel nombre sonaba ahora distinto en su mente. Volvió a centrarse en la noche del baile, esperanzado. Sujetó con fuerza la reina negra, como si esta fuese un talismán que le diese suerte. Él se sentía afortunado, podía recordarlo. También se sintió...

Otra escena llegó a su mente. Ella desnuda, con el rostro ruborizado y los ojos nublados por el placer mientras hacían el amor. Santo Dios... El pulso se le disparó todavía más mientras recordaba aquella tarde en la que estuvieron juntos; cómo se sintió cuando estuvo en su interior; la sonrisa de Isabelle cuando le dijo que sus ojos le parecían preciosos.

Y entonces lo supo.

No se lo reconoció a sí mismo antes del ataque, pero ahora podía verlo con tanta claridad que, por un momento, se sintió abrumado. Pero le daba igual.

Porque se había dado cuenta de que la amaba.

Su hermana tenía razón, estaba enamorado de ella. No se había dado cuenta hasta ese momento, porque le había parecido mucho más importante

recordarla que analizar lo que sentía cuando estaba cerca de ella. Cómo se le aceleraba el corazón al verla, cómo le hormigueaba la piel por querer tocarla.

Tal vez su mente no la recordase del todo, pero su cuerpo y, sobre todo, su corazón sí lo hacían. Y lo más importante de todo: ella también lo amaba a él.

Era más que suficiente.

Miró la reina negra, nuevamente fascinado. Pero esta vez no estaba centrado en la belleza de la pieza, sino en lo que esta había logrado. Como su propia reina, como Isabelle; había logrado recordarle lo más importante.

—Gracias —le susurró a la silenciosa mujer.



Belle también estaba en la biblioteca. Aquel refugio lector solía ayudarla a calmarse y ver las cosas de otra forma, pero aquella vez no estaba cumpliendo su función. La situación era mucho más complicada y ni siquiera había podido dormir en toda la noche. La confesión que le había hecho a Gabriel la perseguía como si fuese su sombra: incesante e inquebrantable.

No había hecho bien diciéndoselo, lo sabía; seguramente lo había complicado todo mucho más y él ya estaba muy confuso sin que ella lo empeorase todo. No obstante, no podía callarse por más tiempo. Y volvería a hacerlo. Hacía mucho tiempo que tendría que habérselo dicho.

Ahora llegaba tarde.

Él no iba a recordarla, estaba segura. No era algo que pudiese curarse de un día para otro, quizá ni siquiera se recuperase del todo nunca. Ella sintió que se había acabado cuando se marchó y él no la detuvo. Incluso le dio la reina negra a Sophie para que se la devolviese a Gabriel. Tenerla era demasiado doloroso, le recordaba lo que no podría tener. Al día siguiente era habría sido la boda y ella debería haber estado nerviosa pero feliz ante el acontecimiento.

Y ahora trataba de reunir valor para ir a hablar con su padre. Sabía que su vida estaba arruinada y que ella quedaría deshonrada, pero esperaba que su padre la ayudase a marcharse de allí. Y rezaría por no estar embarazada.

Era un plan de lo más desastroso, pero no tenía otro.

Tampoco ayudaba que fuese allí donde se habían conocido. Lo odió por quitarle también la serenidad que le daba esa habitación, a la que ya no podía entrar sin acordarse de él.

Exhausta, cerró los ojos y se acurrucó intranquila en su sillón favorito. Debió de quedarse dormida, porque, cuando se despertó, el sol comenzaba a esconderse para dar paso a la luna. Alguien había encendido velas por la estancia, que estaba tenuemente iluminada. Se estiró todavía confusa, agarrotada por haber estado tanto tiempo en la misma postura. Iba a levantarse cuando una voz la sobresaltó.

—¿Es posible que nos conociéramos en las mismas circunstancias?

Por poco no gritó del susto. Giró la cabeza a la vez que se levantaba del sillón como un resorte para encarar a un sonriente Gabriel que la miraba con algo parecido a la ternura. Su mirada gris brillaba de nuevo, podía verlo.

Sin embargo, todo podían ser imaginaciones suyas.

—¿Qué haces aquí?

—Me han dejado pasar hace diez minutos —respondió él con calma—. Pero estabas tan preciosa durmiendo que no he querido despertarte.

La joven frunció el ceño. Sin duda, algo había cambiado. ¿Era posible que Gabriel hubiese recordado? No, no podía permitirse ir por ese camino.

—Eso no explica qué haces aquí.

Gabriel se acercó un poco a ella sin dejar de observarla con atención. Parecía como si estuviera mirándola por primera vez, al igual que tras el accidente, pero esta vez como si le gustase lo que veía.

—Dime, ¿nos conocimos aquí?

Trató de no dejarse llevar por la decepción. No la había recordado.

—Sí, fue aquí —respondió ella intentando que su voz no rezumase tristeza—. Me asustaste, como hoy.

Gabriel sonrió ante sus palabras, una sonrisa de verdad, genuina; una sonrisa que no le había visto desde que despertó sin memoria. La dejó sin respiración y su pulso se aceleró sin remedio.

—He venido a buscarte —dijo por fin.

Belle negó con la cabeza. Estaba cansada de desear que recuperase la memoria, cansada de albergar esperanzas.

—¿Por qué? Tú no me recuerdas.

Antes de que pudiese ver lo que hacía, él se acercó a ella y la cogió por la cintura, estrechándola contra él. Sintió el calor del cuerpo masculino sobre el de ella, ambos encajando a la perfección. Alzó la mirada de su musculoso pecho y encaró su mirada gris, que la hizo temblar de pies a cabeza.

Oh, sí. Aquellos ojos eran un peligro.

—Recuerdo que te quiero, mi reina.

El corazón se le paró. La había llamado *reina*, como hacía antes. Belle lo observó sin poder pronunciar palabra y se dio cuenta de que no estaba bromeando ni nada por el estilo. Todo su ser rezumaba sinceridad y la joven tuvo que tragar saliva varias veces. Tan solo salió de ella una simple palabra que encerraba todo un mundo.

—¿Qué?

Él le rodeó la cara con las manos, sonriéndole con ternura.

—No recuerdo todo, lo sé. Quizá no lo haga nunca —le explicó sin ningún asomo de la tristeza que había teñido su voz durante los últimos días—. Pero sí sé lo más importante: estoy enamorado de ti, Isabelle Walls, y quiero casarme contigo mañana, como dijimos.

No podía ser verdad. Había soñado con aquel momento durante meses y, cuando estaba segura de que nunca ocurriría, él volvió a sorprenderla. La amaba, como ella a él. Sintió que las lágrimas le recorrían las mejillas, pero esta vez no eran de tristeza. Su corazón lloraba de felicidad.

Gabriel le enjugó las lágrimas con los pulgares antes de besarla. Fue un beso dulce, suave, corto. Pero a Belle le supo a gloria.

—Ya lo recuerdo —afirmó él con los ojos todavía cerrados, como si estuviese absorbiendo la sensación de acariciar sus labios—. Recuerdo lo que es besarte, lo que es tocarte... Lo mucho que me gusta hacerlo.

Belle ahogó un grito cuando él volvió a besarla, esta vez con mucha más pasión; bebiendo de ella, recuperando el tiempo perdido. Ella se aferró a él con fuerza, incapaz de dejarlo ir, de separarse de él ni un centímetro. La respiración de ambos se aceleró y la joven sintió como si flotara, todavía sin creer que volvía a estar entre sus brazos.

—No puedo creerlo —dijo en un susurro estrangulado.

—Me diste jaque mate hace mucho tiempo —respondió él—. Perdóname por no haberlo visto antes.

Ella sacudió la cabeza; no había nada que perdonar y así se lo hizo saber con la mirada, con los labios. Con todo su ser. Era suya, siempre lo había sido y siempre lo sería. Como el mar, que siempre acababa volviendo a la orilla porque no puede vivir sin ella.

—Te amo —le dijo de todo corazón.

Y su corazón se inflamó cuando él le respondió con la misma entrega.

—Y yo a ti.

Epílogo

¡Ya ha nacido la nueva generación Satherton! Las orgullosas abuelas han ido proclamando a los cuatro vientos que el nuevo miembro de la familia era un sano varón, de nombre Alexander. Muchas felicidades a la nueva *lady* Satherton y a su enamorado y totalmente recuperado marido. Seguro que serán muchos más, pues tendrán que mantener la tradición de familia numerosa.

Y eso es todo. Sin duda, la pasada temporada fue de lo más entretenida. ¿Qué nos deparará la próxima? Sea lo que sea, aquí estaré yo para contarlo todo, queridos lectores.

**De la columna «The Golden Swan».
28 de febrero de 1855**

Gabriel entró en la habitación donde su esposa se había pasado las últimas horas dando a luz. No lo habían dejado entrar, así que el marqués había intentado no volverse loco mientras esperaba la llegada de su hijo. Pensó en todo lo que habían vivido para llegar hasta allí y se sintió satisfecho al comprobar que sus problemas de memoria prácticamente habían pasado a la historia. Ya lo recordaba casi todo sobre su vida y sobre su hermosa Isabelle.

No podía levantarse cada mañana sin mirar a la extraordinaria mujer que tenía a su lado y pensar en lo afortunado que era. Ella había llenado su vida de amor incondicional y estaba seguro de que, estuviese donde estuviese, su padre se alegraba por él.

Y ahora su reina iba a darle un regalo maravilloso, un regalo que comenzó a llorar con fuerza, para sobresalto de su nervioso padre. Cuando corrió hacia la habitación principal, que compartía con Isabelle, el llanto se había intensificado hasta dejar patente que su hijo o hija tenía unos pulmones altamente desarrollados.

Su hijo. Algo se le hinchó en el pecho al pensar en esas dos palabras que eran tan comunes pero significaban tanto para él.

Su madre salió de la habitación, llorosa. Cuando lo vio, *lady* Olivia

abrazó a Gabriel sin decir palabra y este la estrechó a su vez, emocionado.

—Es un precioso niño —dijo ella cuando se separaron, antes de dejarlo entrar—. Y tu esposa está perfectamente.

Estaba impaciente. El marqués entró en la habitación como si flotase, como si estuviese observando una escena como un espectador más, ajeno a su cuerpo. Isabelle ya estaba esperándolo con una invitadora sonrisa en el rostro, cálida y feliz. Estaba hecha un desastre, pero Gabriel pensó que era la mujer más hermosa del mundo y que la amaba con toda su alma. Su mirada se posó en el pequeño bulto que sujetaba entre los brazos, y tragó saliva perceptiblemente.

—Alexander, ha venido papá —le canturreó ella al niño dormido, como si fuese una bella nana.

Papá. Dios Santo, era increíble lo mucho que podía amar a una personita tan pequeña a la que ni siquiera había visto todavía, pero que desde hacía meses, cuando supo que Isabelle estaba embarazada, se había convertido en alguien imprescindible para él. Alguien por el que era capaz de dar su vida.

Cuando sujetó a su hijo entre los brazos, bajo la atenta mirada de su esposa, Gabriel pensó que no le importaba si no había recuperado del todo la memoria; el hecho de poder crear nuevos recuerdos junto a su familia le parecía suficiente.

Un precioso regalo que le daba la vida.

Fin

Agradecimientos

Cuando los Daventry aparecieron en mi vida, de golpe y sin avisar, fueron como un torbellino que me devolvió la alegría por escribir. A veces nos encallamos, pero tenemos la capacidad de salir adelante. Y hay personas que te ayudan a levantarte. No hay mayor tesoro.

Papá, mamá... Sin vosotros no estaría escribiendo esto. Gracias por todo lo que hicisteis y hacéis por mí. Los kilómetros se reducen cuando se trata de familia.

Tata, gracias por apoyarme siempre. No podría desear una mejor hermana mayor ni una sobrina tan preciosa.

Lena, Desi, Lara... gracias por acompañar a los Daventry en sus locuras.

Lourdes, mil gracias por apostar a mi favor.

Meri, Lore, Miriam, Elena, Dani, Raquel, Eva, Andrea, Selene... No sabéis cuánto agradezco teneros en mi vida.

A Albert, por aparecer tan de golpe como los Daventry. Y, sobre todo, por quedarse.

A Ariadna, por ese dibujo que me enamoró al instante. Belle es más real gracias a ti.

Mil gracias al equipo de Ediciones Kiwi y a Teresa por confiar en mí y en esta historia.

A Gabriel, Simon, Sophie, Michael y Gwen. Sois la mejor familia victoriana del mundo.

Y a ti, que estás leyendo esto y has decidido conocer esta historia. Espero que nos veamos muy pronto.